

VOLUMEN II

Daniel Bernabé, Nativel Preciado, Aitana Castaño,
José Manuel Fernández, Jordi Amat, Martí Domínguez,
Marta Sanz, Andy Robinson, Ana Iris Simón,
Luisgé Martín, Olga Rodríguez, Ana Pardo de Vera







VOLUMEN II

Daniel Bernabé, Nativel Preciado, Aitana Castaño, José Manuel Fernández, Jordi Amat, Martí Domínguez, Marta Sanz, Andy Robinson, Ana Iris Simón, Luisgé Martín, Olga Rodríguez, Ana Pardo de Vera







VOLUMEN II

Daniel Bernabé, Nativel Preciado, Aitana Castaño, José Manuel Fernández, Jordi Amat, Martí Domínguez, Marta Sanz, Andy Robinson, Ana Iris Simón, Luisgé Martín, Olga Rodríguez, Ana Pardo de Vera





Conciencia de clase (vol. 2)

Historias de las comisiones obreras

Bruno Estrada (coord.)

Daniel Bernabé

Nativel Preciado

Aitana Castaño

José Manuel Fernández

Jordi Amat

Martí Domínguez

Marta Sanz

Andy Robinson

Ana Iris Simón

Luisgé Martín

Olga Rodríguez

Ana Pardo de Vera


fundación
1º de mayo


fundación
1º de mayo

diseño de cubierta: Pablo Nanclares

Fuencarral, 70

28004 Madrid

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

longares, 6

28022 madrid

www.1mayo.ccoo.es

Conciencia de clase (vol. II).

Historias de las comisiones obreras

isbne: 978-84-1352-259-3

ISBN: 978-84-1352-226-5

DEPÓSITO LEGAL: M-9.705-2021

thema: KNXU

Impreso en Artes Gráficas Coyve

Nota a la edición

Hemos querido que fueran dos relatos sobre un momento especialmente significativo de la historia de nuestro país los que iniciaran y finalizaran este volumen, poniendo en valor la estrecha vinculación de la historia de nuestro sindicato con la historia de la democracia en España: el cruel, cobarde y absurdo asesinato de los abogados laboralistas de Atocha un 24 de enero de 1977, cuando la democracia en nuestro país era tan solo un deseo.

El ataque por pistoleros fascistas a ese despacho vinculado a las luchas de miles de trabajadores de Comisiones Obreras, que todavía era ilegal, fue un intento, fallido, de hacer descarrilar todo el proceso democratizador.

Gracias a todas las autoras y autores por el compromiso y la voluntad expresados en estos once relatos sobre historias de las comisiones obreras, tiernos, duros, reales, como la vida.

Unai Sordo

y

Bruno Estrada

Prólogo

ENCONTRAR LAS HUELLAS DEL FUTURO

EN LAS VIDAS IGNORADAS DEL PASADO

“Me sujetaron las manos a unos torniquetes. Iban clavando alfileres en las hendiduras de las uñas […] El Chungo, enfurecido, hurgó con una astilla de madera. Pero ya no sentía nada”.

Luis González López

fue uno de los fundadores de Comisiones Obreras de Galicia. […] Con muchas adversidades, y con compromiso comunista, ha dedicado su vida a la lucha por la democracia y la libertad solidaria.

Manuel Rivas, El aprendiz

Quince relatos y un epílogo dieron forma a Conciencia de clase. Historias de las comisiones obreras, un libro ya convertido en imprescindible lectura para quienes consideramos que el sindicalismo y su lucha histórica han sido uno de los mayores logros de la historia universal en el marco de los derechos humanos; que las y los trabajadores necesitamos estos derechos como al trabajo mismo si queremos que, aparte de ofrecernos un salario digno, ese empleo transcurra en la dignidad inherente al cumplimiento de la Carta Internacional de las Naciones Unidas.

Comisiones Obreras (CCOO) ha concluido, muy acertadamente, que es en sus historias donde mejor se puede tomar conciencia de la necesidad de su existencia y la de otros luchadores por el trabajo justo o la justicia en el trabajo, individual y colectivo. Conciencia de clase. Historias de las comisiones obreras es un libro que hacía falta, del mismo modo que este segundo volumen que ahora vas a empezar a leer. La aridez y complejidad del derecho laboral, de sus negociaciones con la patronal, con el Ministerio de Trabajo, de las huelgas, las manifestaciones, la celebración del Primero de Mayo, los estatutos… cobró vida, lucha, pasión y hasta dolor en los relatos de Elvira Lindo, Manuel Rivas, Benjamín Prado o el propio secretario general de CCOO, Unai Sordo. El primer

libro, sin duda, llamaba a este otro que tienes en las manos con once nuevos relatos de otros autores (Daniel Bernabé, Nativel Preciado, Aitana Castaño, José Manuel Fernández, Jordi Amat, Martí Domínguez, Marta Sanz, Andy Robinson, Ana Iris Simón, Luisgé Martín y Olga Rodríguez); y es probable que a un tercero, pero también a nuevos proyectos que pongan al sindicato y sus raíces al lado de la gente, como parte de su identidad como sociedad: “No somos el papel arisco que te da a firmar la parte contratante para tener tu empleo; somos la historia de ese trabajo y la lucha por tus derechos; somos carne dolorida y la sangre derramada de compañeros en torturas y asesinatos contra quienes te querían sometido a condiciones favorables solo a esa parte contratante y del poder económico. Somos estos relatos y muchos más, perdidos en la dureza de la dictadura de Franco, entonces, o el neoliberalismo trumpista, hoy”, nos recuerdan estos textos.

Los derechos conseguidos se valoran más frente al relato histórico y palpable, vivible, de la batalla por tenerlos. Es la empatía la que nos une a todos y todas en luchas que, a veces, no necesitamos como seres individuales (“Tengo un buen trabajo, ¿por qué iba a meterme yo en esta huelga?”), pero que se revelan indispensables ante la incertidumbre del futuro y ante la necesidad del bien común como paso previo al de cada uno y cada una. Inseparables.

El siglo XXI se ha mostrado de una crudeza implacable. Fruto de los desmanes globales de unas fuerzas productoras y mercantilizadoras sin medida, junto al consumismo inagotable para el que nos seducen, asistimos a cotas de desigualdad, precariedad y pobreza inéditas en 40 años. Junto a todo este tsunami hipercapitalista, el privilegio sostenido de las elites españolas desde la transición y su batalla por mantenerlo agrandan una brecha que cuenta con un poderoso aliado: el desempleo de nuestro país, líder en Europa, y la precariedad y temporalidad de la mayor parte de los trabajos asociados a la principal fuerza productiva de España: el turismo (12,5% del Producto Interior Bruto antes de la pandemia de 2020, cuando ha caído de forma fulminante a menos de la mitad, 5,5%). La vulnerabilidad de nuestra economía y del mercado laboral (16,2% de paro) es difícilmente superable en un país que se dice potencia de la UE junto a Francia (8% de paro), Alemania (4,6%) e Italia (9%), una vez fuera el Reino Unido (5%).

Si a los más de cuatro millones de desempleados le sumamos la calidad del empleo, sometido a la temporalidad y los bajos salarios propios del sector servicios asociado al turismo, la ecuación en España nos lleva a preguntarnos:

“¿Cómo diablos hemos llegado hasta aquí si la conciencia sindical forma parte de nuestro decálogo de mandamientos del buen empleo?”. La pregunta, no obstante y a día de hoy, debe ser otra: “¿A qué resistencias se enfrentan las fuerzas sindicales para que el mantra sobre su indispensabilidad encuentre tantas dificultades para tatuarse en el alma misma del colectivo obrero?”.

Este segundo volumen, como el primero, abre un camino muy importante que, si bien ha sido explorado en multitud de ocasiones desde la creación de CCOO, probablemente no ha llegado a encontrar la total complicidad del citado colectivo. Esa ruta es la de la memoria que se engrandece y limpia de la grandilocuencia de la política partidista y las siglas —de las que, por cierto, vamos sobradas en estos tiempos de vorágine—, al acceder, sin más, al relato novelado, al cuento verdadero, ora emocionante, ora cruel, ora furioso y desatado. Nos recuerdan Daniel Bernabé y Olga Rodríguez desde diferentes perspectivas, estremecedoras ambas, la matanza de los abogados de Atocha en una fría noche de enero de 1977. José Manuel Fernández nos narra las difíciles situaciones por las que pasaban los obreros españoles emigrados a Europa en los años sesenta. Jordi Amat describe minuciosamente el proceso a un líder obrero en 1966, en los albores de las comisiones obreras de Cataluña. Marta Sanz y Ana Iris Simón nos recuerdan en sus relatos el desamparo de los trabajadores cuando los sindicatos desaparecen. Andy Robinson recrea en un relato casi en paralelo las luchas obreras de la reconversión en la España de los ochenta con las de los mineros ingleses con la Thatcher. Luisgé Martín nos trae al inmediato presente de la mano de la creciente precariedad de los jóvenes.

“Hay que recuperar, mantener y transmitir la memoria histórica, porque se empieza por el olvido y se termina en la indiferencia”. Anular la indiferencia a la que alude el maestro Saramago es, precisamente, la clave de estos textos escritos por personalidades destacadas de todos los ámbitos del pensamiento, el sindicalismo, la cultura, la política, la justicia, el periodismo o el activismo en España. La implicación de todas ellas y de todos ellos viene a confirmar la preocupación y a la vez el acierto de reivindicar a CCOO y la lucha y el compromiso sindical en esta “modernidad líquida” que acuñó Bauman.

Hay que apuntalar la memoria y hay que insistir en el conocimiento de sus historias, hoy más que nunca: disponer de todo tipo de tecnologías para consultar quién o qué lugar ocupó cada persona o cada cosa en el transcurrir de la humanidad, si bien es útil, no supone nada más que instante y olvido. La memoria es conocer, profundizar y asimilar a nuestro ahora los hechos pasados,

para mejorarlos, en su caso, o recordarlos cuando los interrogantes acucian. España tiene una deuda con nuestra memoria histórica y los dos libros Conciencia de clase. Historias de las comisiones obreras empiezan a saldarla de la mejor manera posible: con conciencia, con ilusión y con humanidad. Buena prosa, buen relato, buen argumento… mejor memoria.

***

“Entonces, Pilar, mi tía y mi madre, Rosa, se pusieron cada una a un lado. Me pusieron a mi niña entre los brazos. Y las cuatro devolvimos la mirada al barrio.

Por ti primera, y por todas las compañeras.

Hasta siempre, comandantes”.

La fábrica Rok

contó con un grupo de mujeres especialmente activo y reivindicativo. […] El conflicto de esta fábrica durante diciembre de 1975 y enero de 1976 fue ilustrativa del auge de la creciente participación sindical femenina.

Amaya Olivas Díaz, Gloria y la Rok

Los sindicatos, como toda organización política y social democrática, ya no pueden concebirse sin mujeres; sin mujeres que, además, sean feministas, como ellos. Transversales a todas las luchas por los derechos humanos y la igualdad, las reivindicaciones de las mujeres también tuvieron que entrar, golpe a golpe (literal y figurado) y venciendo multitud de resistencias, en las organizaciones que se decían defensoras de los derechos laborales de todos… pero de los que, al parecer, solo los hombres tenían conocimiento y autoridad. En este segundo volumen, Nativel Preciado nos hace un hermoso semblante de Josefina Samper, del mismo modo que Elvira Lindo lo hizo de Petra Cuevas en el primero. Martí Domínguez nos cuenta en estas páginas el encierro de 300 mujeres y niños durante un mes en la iglesia de Sant Andreu para defender los puestos de trabajo

de sus maridos en Motor Ibérica en 1976. Aitana Castaño nos describe la lucha sindical y política de las mujeres en las cuencas mineras, que no en las minas, del mismo modo que en el primer libro la magistrada Amaya Olivas nos narraba la lucha feminista-sindical de las mujeres del sector textil, concretamente de la fábrica Rok. Estos relatos ilustran en toda su crueldad la aplastante superioridad masculina en las organizaciones sociales, sindicales y políticas. Y hablamos de 1975-1976, hablamos de anteayer.

Las únicas revoluciones destinadas a triunfar en el siglo XXI son la feminista y la ecologista. Lo son por su idiosincrasia esencialmente horizontal y pacifista y por la necesidad apabullante de sus postulados: igualdad de derechos, igualdad de condiciones e igualdad de trato, en síntesis con un planeta al que, por la lógica ventaja humana de la racionalidad, nos corresponde el deber del cuidado de lo vulnerable y frágil y no su explotación y destrucción por derecho. Precisamente, esa ausencia de cuidado es lo que nos ha traído hasta aquí, hasta una pandemia que anuncia otras.

Feminismo y ecologismo no se conciben sin lucha sindical y por la dignidad obrera, que no es más que la dignidad humana, de empleadores y empleados. El neoliberalismo, el trumpismo, los neofascismos y otros ismos negacionistas de la política, ideologías que no pasan de tiranías bien financiadas y abrazadas a épocas de tormento y miedo —como la actual—, han intentando demonizar a los sindicatos y a sus reivindicaciones de justicia laboral, lo que indica que estas organizaciones obreras van por el buen camino. Esto también señala, no obstante, la necesidad de luchar contra un poderoso entramado de poder autoritario a través de una movilización global, pero no solo. Las grandes contiendas ganadas en materia de derechos humanos empiezan con pequeños símbolos instalados en el imaginario local como un orgulloso monumento. Una Rosa Parks en Montgomery o unas trabajadoras de la fábrica Rok en Madrid hacen más por la memoria y la continuación del esfuerzo por los derechos laborales que un gran tratado marxista, por luminosa que sea la vidriera que lo guarda.

De eso se trata y eso te cuentan las Historias de las comisiones obreras. Cada relato es un monumento a la lucha sindical, además contado por personalidades cuya credibilidad y compromiso están fuera de toda duda. Reivindicar al sindicato es reivindicarnos a nosotros y nosotras mismas en una lucha interminable de la que nunca se debe bajar la guardia. No quiero citar al “lado oscuro de la fuerza” en estos tiempos en que caminamos a trompicones, con el

camino lleno de piedras; solo leed, ved y entended lo que nos jugamos.

Ana Pardo de Vera

EL ECO DE SU VOZ

Daniel Bernabé

1

Estamos a mediados de junio de 1976, en el barrio madrileño de Usera. Los bloques de pisos, de unas seis alturas, se agolpan en sus estrechas calles como la vegetación en una selva tropical donde apenas hubiera espacio. Aquel es un barrio en el que la gente parte a otros lugares por la mañana y vuelve tarde por la noche, el trabajo es lo que sustenta el latido de miles de personas que llenan la gran ciudad, que fueron llegando de otras partes del país y que hoy mezclan su acento en esos rincones de la capital que nunca aparecen en las guías turísticas.

En la cocina hay un transistor que anima la estancia, en las paredes unos azulejos marrones con cenefas cada tres espacios, un crío en un cochecito mueve los pies intentando, con una adorable torpeza infantil, seguir el ritmo de la música: y allá en el otro mundo, en vez de infierno encuentres gloria, y que una nube de tu memoria me borre a mí. La voz del cantante, con acento norteamericano, apenas distrae a una mujer que está tendiendo la ropa, mirando con inquietud a la plaza que se extiende bajo su terraza.

Normalmente vería algún viejo, de boina y chalequito, charlando en el banco. Las palomas y el perro de la Puri, la del quinto, jodiendo con ese ladrido de rata endomingada que tiene. Las mujeres yendo y viniendo de la compra. Los críos a punto de salir del colegio, llenando el aire de algarabía de bandada de gorriones con cartera. Y la parroquia, un edificio de ladrillo y portada moderna, al menos mucho más que la parroquia del pueblo que ella dejó atrás hace cinco años.

Pero hoy no es así. Hoy esa parroquia tiene uno de sus muros hecho trizas, los ladrillos aún andan desperdigados por el suelo, alguno llegó lejos, demasiado.

Hoy no hay viejos, ni perros, ni palomas. Hoy las mujeres andan con prisa y se paran cuando se ven, agarrándose una a otra del antebrazo: ¡vaya susto, hija!

Ayer dos explosiones rompieron el normal devenir del barrio y de su parroquia que, además de las cosas de Dios, alberga un huerto y un club juvenil y lo de los abogados. Abogados para cosas de la faena o de los vecinos. Que no te cobran si no ganas.

El cura, con jersey de punto bajo el que asoma el alzacuellos, está hablando con un periodista de una nueva cabecera que ha aparecido a principios de mayo:

—¿Y de dónde dice usted que viene?

—De el periódico El País.

—Los nuevos, ¿no? Qué de cosas están cambiando.

—Ya ve… entonces me decía que ya habían sufrido antes ataques, ¿verdad?

—Varios, creemos que de esos que se hacen llamar los Guerrilleros de Cristo Rey. Curioso. Lo poco que les gustamos algunos curas.

—¿Qué más les ha pasado? —el periodista sujeta un micro que sale de una grabadora a pilas que lleva colgando del hombro por una correa marrón de polipiel—. ¿Cuándo empezaron los ataques?

—Los atentados comenzaron en el barrio cuando nos ocupamos nosotros de la parroquia; nos han amenazado por teléfono y por escrito. Hace un año dieron una paliza y amenazaron con una pistola al párroco de la parroquia Virgen de la Fuensanta, con la que trabajamos; después, golpearon a Florián Lorio, párroco de nuestra iglesia; hace mes y medio quemaron el Seat 850 de mi propiedad y vinieron cuatro personas a buscarme a casa, por esta razón tuve que marcharme unos días fuera de Madrid y lo último que han hecho fue quemar un Simca 1.200 de un miembro de nuestra comunidad católica.

La entrevista, que será publicada al día siguiente en el periódico, no hace más que poner testimonio a la última tropelía de la ultraderecha. O, mejor dicho, de la ultraderecha que no está sabiendo leer el momento histórico y pretende que, a pesar de la muerte de Franco, sucedida en noviembre de 1975, nada cambie en España. Otros, igual de ultras pero algo más listos, ya han empezado a buscar en

el catálogo ideológico europeo qué nueva denominación tomar: democratacristiano, conservador o incluso apolítico, pero de orden. Los adictos al pasado siguen en el frente ruso, como si nunca hubieran vuelto de allí.

Uno de esos renuentes se llama Leocadio Jiménez y, si alguien le pregunta, lo dice sin ningún sonrojo: yo soy nazi. Delgado, de cara, más que de facciones marcadas, cadavérica. Bigote y gafas negras. Un exdivisionario que ve que el barrio se le está llenando de rojos y de gentuza. Un tipo que se pasea con la camisa azul mahón y si alguien le tose no duda en enseñar la pistola, con una calavera en la empuñadura. Es uno de los que ha metido fuego a los coches de los curas y, con otros camaradas, ha puesto dos bombas que han reventado la parroquia, a la que antes, antes de que llegaran los nuevos curas, él y gente como él eran devotos. Un tipo sin mayor oficio que el de la muerte, uno que sabe apretar el gatillo, uno que siempre cumple órdenes.

El crío en la silla llama a la madre, apenas un balbuceo sonriente. Ella se gira y le coge en brazos. “Venga”, le dice, “bajamos a por el pan y así te da el sol un poco, guapo”. Pero esta mañana le abraza más fuerte, le huele el pelo y casi se le hace un nudo en la garganta. En la radio, con voz triste, un hombre de Cuenca le canta a un amor perdido: quisiera contarte que tengo abierta una herida, que todo el tiempo y la vida nunca lograron cerrarme.

2

Es mitad de diciembre de 1976. Un hombre conduce un Renault 8 naranja, que sus amigos llaman “el butano”, cosa que a él no le hace ninguna gracia. Mira por el retrovisor a cada rato. Lleva un itinerario memorizado e incluso alguna alternativa en el caso de que las cosas se tuerzan. Frente a un hotel de la calle Felipe II recoge a un par de ingleses, cree, y se los lleva de excursión por la ciudad, más con el objetivo de despistar a quienes pudieran estar siguiéndole que por enseñarles Madrid. Sabe que la jornada es importante y sabe que tiene que llevar a buen puerto la misión que el Partido le ha encomendado.

Los pasajeros, corresponsales extranjeros, se conocen entre ellos, pero apenas intercambian palabras según se dirigen a su destino. No es cuestión de

competencia profesional, tampoco un problema de idioma —ambos dominan el español fluidamente—, sino que las expectativas les hacen querer salir pronto del pequeño utilitario que atraviesa el Retiro a una velocidad moderada. Los árboles que se levantan a los lados del paseo están pelados por el invierno, y la mañana, que está a punto de llegar a las diez, es soleada pero fría.

Ambos, en sus crónicas, cuentan que el país ha entrado en una fase decisiva. El presidente Suárez está intentando sacar adelante la Reforma Política, lo que supondría la legalización de los partidos, que ya operan prácticamente al descubierto pero que aún pueden ser objeto del peso de la ley franquista. Un par de meses antes, un exministro del Gobierno de la dictadura, Manuel Fraga, ha constituido Alianza Popular, una organización de derechas a la que la banca ha dado no solo el visto bueno, sino una generosa financiación. El Partido Comunista de España ha hecho entregas públicas de carnés a sus militantes. Los socialistas, liderados por un joven Felipe González, son parte también de un complicado puzle partidista que aún no ha echado a andar institucionalmente.

El coche llega a las inmediaciones de la calle Alameda y el conductor les hace un gesto para que se bajen. Una mujer, de unos treinta años, con una trenca marrón, el pelo recogido en un moño y una falda de pana les acompaña hasta un portal, a la espalda de un ministerio de ladrillo rojo que se levanta imponente sobre las casas de cinco alturas de mitad del siglo XIX. En el piso, amplio pero vacío, como recién reformado, se están agrupando los periodistas mezclados con los militantes del partido. Algunos, como Vázquez Montalbán, están allí en las dos condiciones. El escritor catalán bromea con una fotógrafa sobre el nombre de la operación “Vía Láctea”. Ella le pregunta por qué han elegido ese nombre. “Por qué va a ser, mujer”, dice Montalbán moviendo el bigotón, “por el Camino de Santiago”.

Cuando es mediodía, uno de los miembros de la organización les informa que ya falta poco. Algunos reporteros se sientan sobre unas sillas de tijera, la mayoría, alrededor de los setenta congregados en aquel salón, permanecen de pie. A Santiago Carrillo le abre paso a través del gentío su escolta, de forma educada pero tajante. Se dice que son trabajadores de la Pegaso. Le acompaña parte de la dirección comunista, no toda, por motivos de seguridad. No lleva la peluca con la que ha accedido a España de incógnito unos meses antes. Vive, aunque este dato es desconocido para la mayoría, en una casa de El Viso, a buen recaudo de miradas indiscretas pero ya en la ciudad que le vio partir en 1939. Y aquella es su primera rueda de prensa ilegal pero pública.

Carrillo, flanqueado por dirigentes y escolta, se sitúa sobre la mesa, se quita la gabardina y, de forma un tanto cáustica, añade: “Perdonen ustedes que les haya hecho esperar, pero ya comprenden mis circunstancias”. En los siguientes cinco minutos no puede hablar porque las cámaras y los flashes no paran de tomarle fotos: es parte de la historia de España pese a que, como tantos otros, ha pasado media vida fuera del país. Los destellos se reflejan en sus gafas. Las contraventanas de madera permanecen cerradas. Carrillo pide a los reporteros gráficos que se agachen y comienza su intervención.

La reforma no es la democracia, ni la soberanía del pueblo. Ya lo dice uno de los eslóganes con que nos abruma la televisión: solo se reforma lo que se quiere conservar. Tomado al pie de la letra: se reforma el franquismo, para conservarlo. A eso, los demócratas no podemos decir sí. Tampoco podemos decir no, para no confundirnos con la minoría ultra. Por otro lado, votar en blanco es inhibirse. En consecuencia, la única actitud demostrativa de nuestra voluntad democrática es la abstención.

El PCE sabe que los militares están en contra de su legalización, por supuesto todo aquello que se llama el búnker. Pero saben que su fuerza, tanto la política como la sindical que se ha ido formando las pasadas décadas agrupada en torno a las Comisiones Obreras, es decisiva para que el país pueda tener una democracia homologable a las europeas. No se va a aceptar una reforma que les deje de lado. Suárez sabe que no pueden quedarse fuera, pero aún no se atreve a meterles dentro.

Yo no atribuyo la responsabilidad de la crisis económica a este Gobierno, sino al régimen franquista, en general, y a la coyuntura internacional en Occidente. El Gobierno tendría responsabilidad en la crisis si deja fuera de la legalidad a partidos obreros, y el nuestro es representativo de una gran parte de la clase trabajadora. Nosotros no hablamos de pacto social, es un término desprestigiado. Hace falta un acuerdo entre las fuerzas obreras y los capitalistas inteligentes para elaborar un plan económico progresivo a tres o cuatro años, que permita solucionar los problemas. No amenazo a nadie, pero si eso no se hace, la clase

obrera no jugará, y la situación de nuestro país podría ser muy, muy grave.

No es que los sindicatos, los de verdad, no el vertical franquista, sean imprescindibles, es que la situación de crisis económica, derivada de la crisis del petróleo de 1973, y la particular configuración española, donde todo se hace con la inercia de los cuarenta años de dictadura, está causando problemas por todas partes, por lo que las organizaciones de los trabajadores han tomado una relevancia impostergable.

A pesar de que en la calle es diciembre dentro del piso parece ya verano. Nadie sin embargo retira la mirada de Carrillo, que habla con una cadencia pausada pero segura. Todos, los que toman notas, los que asienten a las explicaciones de su dirigente, los que apuntan con sus cámaras en alguna breve pausa, sienten el peso del momento. "¿Tiene usted miedo?", pregunta un brazo alzado al fondo de la sala, algunas caras se giran ante la cuestión.

Yo no soy un héroe, pero uno de los gajes de este oficio es que pueden matarle a uno, como a Grimau y tantos otros. Si no me protege el Gobierno, espero que pueda protegerme yo mismo. Existe la posibilidad de que vengan a matarme, pero es posible que alguien caiga antes.

Estoy en Madrid desde el 7 de febrero pasado. He salido de España tres o cuatro veces desde entonces, por obligaciones propias de mi cargo. Pero ahora he decidido que no volveré a marcharme hasta que el Gobierno me dé un pasaporte con el que pueda hacerlo legalmente.

Al día siguiente de la rueda de prensa, cuando la información ha sido publicada en algunos periódicos españoles, pero sobre todo extranjeros, el Ministerio de la Gobernación emite una orden de busca y captura. Carrillo es detenido unas semanas después, el día que por los transistores suenan las voces de los niños de San Ildefonso, como una letanía que recuerda a ese país de braseros, gasógeno y visillos que ocultan miradas inquisitoriales. El gordo cae en Vilagarcía de Arousa.

—Setenta y dos mil doscientos cuarenta y seis.

—Cuarenta milloooones de pesetas.

3

20 de enero de 1977. A las tres de la madrugada finaliza una huelga del transporte privado que ha durado siete días, con victoria de los trabajadores. Logran una subida lineal de 5.250 pesetas, además de un incremento de las dietas. La reunión ha sido larga y correosa, pero se ha impuesto la organización de clase sobre la de una patronal, que no es solamente la confluencia de los empresarios defendiendo sus intereses, sino una auténtica mafia que, además de lo económico, mezcla opacas fortunas personales y una cerrazón ideológica que se alinea con lo más intransigente del régimen. El golpe ha sido durísimo: no solo los empresarios han perdido el conflicto, sino que lo ha perdido un franquismo decadente que está dejando de tener el control de un país al que ha considerado un cortijo desde siempre.

La huelga ha durado tan solo una semana, pero ha sido una semana intensa de asambleas, piquetes y fraternidad. Los sindicalistas de UGT y Comisiones Obreras se han jugado muchas cosas, entre ellas las condiciones laborales, pero también su libertad, ya que sus organizaciones, al igual que los partidos, siguen siendo ilegales. El último día, cinco trabajadores de un piquete son detenidos por un coche de la policía que cierra el paso a su vehículo. En aquel momento, una detención policial podía acarrear consecuencias más graves que una multa o pasar una noche en el calabozo. Una vez que la puerta de la DGS se cerraba, lo sucedido dentro caía bajo lo incógnito. De allí se podía salir por la puerta, de allí se podía salir con los pies por delante.

Marcelino Camacho, secretario general de CCOO, opina que el régimen “considera subversivo todo lo que se orienta hacia la libertad y la justicia social. La resolución de ir a una huelga se toma en asamblea”.

El dirigente sindical de mayor importancia en el conflicto que ha afectado a 5.200 autobuses se llama Joaquín Navarro. En la calle San Bernardino, donde se

ubica una de las sedes del Sindicato Vertical franquista, que sigue siendo el lugar donde en último término hay que cerrar acuerdos para que tengan consideración legal, Navarro se encuentra con algunos ultras que discuten acaloradamente. Algunos de ellos, vestidos de falangistas, le miran con gesto desafiante cuando le ven pasar. Días después, el secretario del Sindicato Vertical del Transporte, un oscurísimo tipo llamado Francisco Albadalejo, amenaza con su pistola a Navarro para que se vaya del edificio. Era ir a la guarida del lobo para negociar con gente que te quería ver muerto, así de sencillo, así de terrible.

Blas Piñar, el líder de la organización ultraderechista Fuerza Nueva, califica "la oleada salvaje de huelgas que tratan, por razones políticas y no económicas, de perturbar el correcto funcionamiento de nuestra industria" como una de las mayores amenazas para la nación. Para su nación, siendo más concretos, esa que basaba su fuerza en la amenaza de enterrar en una cuneta a quienes no eran como ellos.

4

Es el domingo 23 de enero de 1977, una manifestación proamnistía tiene lugar en los alrededores de Plaza de España. Alrededores, porque aquello no se desarrolla como una protesta con un punto de salida y llegada donde los manifestantes realizan un recorrido y, quizá, en algún momento del trayecto enfrentan las habituales cargas discrecionales de la policía. En ese momento, en aquel país, las convocatorias se extendían trabajosamente a través de las redes que partidos, sindicatos y asociaciones vecinales y estudiantiles habían ido construyendo con el sacrificio de muchas personas. Los que se atrevían a acudir sabían, de antemano, que los temidos grises les disolverían sin miramientos. Por todos los medios a su alcance.

A menudo los manifestantes emprendían por las sinuosas calles del centro de la capital una carrera para evitar los porrazos, los culatazos con las armas largas, ser detenidos. Cuando parecía que todo se empezaba a tranquilizar se reagrupaban para seguir con la protesta. Se trataba, efectivamente, de romper aquella anormalidad cotidiana en la que se debía fingir que no pasaba nada para evitar problemas. La Gran Vía, ese domingo, muestra un aspecto donde las

realidades se entrecruzan: la de aquellos que fingen no enterarse, la de los que quieren cambiar las cosas y la de los que están dispuestos a evitar ese cambio a cualquier precio.

Grupos de jóvenes, algunos con barba, cazadoras marrones y pelo largo, bajan por una de las aceras de la avenida levantando el puño, otros simplemente acompañando, coreando “amnistía total”. Algunos coches bajan hacia Plaza de España, ocupando los carriles del centro. Grupos de policías piden la documentación a los transeúntes por los alrededores, el criterio que siguen es meramente estético: determinada ropa marca la adicción a lo que los uniformados tratan de mantener en pie, algo que se resquebraja cada mes, pero que no acaba de caer. Comienzan las carreras en las que los manifestantes pasan fugaces por debajo de los carteles de los cines, pintados a mano, con las estrellas del momento ajenas, en su descomunal tamaño, a lo que sucede en el mundo bajo sus miradas petrificadas. Sirenas, confusión, detonaciones. Aún de munición de fogueo, de balas de goma, de botes de humo.

Entre aquellos que corren y gritan “amnistía y libertad” está un joven de Granada, Arturo Ruiz, de 19 años. Lo que más destaca es su pelo rizado, como huracanado. Estudia y trabaja de albañil. En su bolsillo lleva 75 pesetas y un llavero con la foto de los hermanos Kennedy. No solo es la policía la que está hostigando a los manifestantes. Bandas de ultraderecha se apostan en las calles adyacentes a la Gran Vía, esas en las que casi siempre da la sombra, esas que siempre han sido refugio del hampa, esas que albergan lo que la ciudad biempensante no quiere ver. Cadenas, porras, todo aquello que valga para golpear y atemorizar. Suelen vestir de negro, anunciando quiénes son, cuervos de mal agüero. Alguno va armado y es prácticamente íntimo de la policía. José Ignacio Fernández Guaza, conocido como “el Posturas”, de 29 años, pertenece a la Triple A. Hace todo aquello que la policía no puede hacer a cara descubierta. Reconoce a Arturo Ruiz y dispara dos veces, por la espalda, al grito de “¡Viva Cristo Rey!”. Una de las balas impacta en el cuerpo del manifestante que cae asesinado. En el periódico El País leemos lo que sucede tras el suceso:

Según las declaraciones de los vecinos, la policía no se presentó en la zona durante el incidente del asesinato, y solo después de que unos jóvenes pusieran unos ladrillos en círculo alrededor de la sangre del muchacho muerto, y una cruz con dos palos y una cuerda que les tiraron los vecinos, aparecieron tres policías

de las brigadas antidisturbios.

“Empezaron a quitar los ladrillos, tiraron la cruz y restregaron la sangre con sus botas”. Minutos después aparecían tres coches patrulla con algunos inspectores de Policía y un chico que les llevaba a donde habían matado a Arturo Ruiz. “Empezaron a preguntarle al muchacho que dónde estaba el muerto, que allí no había nada. Nosotros les dijimos que si no había nada era porque los guardias lo habían quitado todo”.

Sobre las dos de la tarde, unos cien jóvenes que se habían enterado de la noticia se presentaron en el lugar, algunos de ellos con flores. Tras dibujar una figura en el suelo pusieron en medio del corazón dibujado dos casquillos de bala. La policía que continuaba en la zona ordenó disolverse a los concentrados, motivo por el que dos de ellos, uno con un pañuelo blanco, intentaron pedir permiso para poder quedarse “donde había muerto un compañero”. Los dos jóvenes volvieron y comunicaron a los demás la decisión policial. Instantes después una lluvia de botes de humo rompió algunas lunas de la citada calle al tiempo que los policías antidisturbios realizaban una carga.

“Aunque muchos de los jóvenes corrieron hacia la calle de los Libreros, unos veinte o treinta se quedaron de rodillas y en silencio alrededor de la figura que habían dibujado. Todavía estamos impresionados por la escena. Uno de los jóvenes que estaba de rodillas levantó los brazos en cruz y gritó: ¡matadnos a todos!”.

A mitad de diciembre otro joven había sido asesinado, esta vez a manos de la policía. Ángel Almazán, un militante de 18 años del PTE, que estudiaba y trabajaba de administrativo, protestando en la jornada del referéndum sobre el Proyecto de Reforma Política. En la plaza de Callao, cerca de donde cae abatido Arturo Ruiz, los uniformados la emprendieron a culatazos con el muchacho. La ambulancia tardó una hora en trasladarlo al hospital. En el informe se explicaba el incidente aludiendo a que Ángel se había golpeado la cabeza con una farola estando ebrio. El historial médico del ingreso desapareció. Los días que duró su agonía a la familia no se le permitió el contacto con su hijo. El certificado de defunción se entregó directamente al juez de guardia. La violencia y la violencia de la impunidad.

El asesinato de Arturo, los que ya se habían cometido los meses anteriores, provocan una nueva protesta el lunes 24 de enero. Se realiza un paro en las universidades madrileñas que es secundado de una forma abrumadora. El centro de Madrid vuelve a ser tomado por miles de personas, entre ellas Mari Luz Nájera, una estudiante de Sociología en la Complutense, vecina de la Alameda, 20 años, pelo corto, sonrisa amable. Antes de que el reloj marque las cuatro de la tarde, un bote de humo, lanzado por la policía a muy poca distancia, le impacta en la cabeza. La chica muere antes de llegar al hospital, en brazos de sus compañeros que la trasladan inútilmente.

Ese mismo lunes 24, el GRAPO secuestra al general Emilio Villaescusa, presidente del Consejo Superior de Justicia Militar, que se suma a Antonio María de Oriol y Urquijo, presidente del Consejo de Estado.

Un día antes, Joaquín Navarro, el sindicalista de CCOO dirigente de la huelga del Transporte, está en la calle Atocha. Se dirige a un despacho de abogados laboralistas situado en el número 55 para tratar con otros compañeros la vuelta al trabajo de su sector y hacer balance del conflicto. Dos policías, de paisano, le abordan en la calle saludándolo por su nombre, con esa familiaridad que cuando es mostrada por un desconocido solo implica amenaza: sabemos quién eres, te tenemos controlado. Le preguntan si va a lanzar a su gente a la calle por la manifestación proamnistía que en esos momentos tiene lugar en Plaza de España y sus alrededores.

Un día después, el lunes 24, sobre las diez de la noche, finaliza una nueva reunión del secretariado de Transportes de CCOO. Ha tenido lugar en ese mismo despacho de la calle Atocha. Joaquín lo abandona y se cruza con Ángel Rodríguez, un despedido de la Telefónica que trabaja ahora como administrativo para los abogados laboralistas. Se saludan. Ángel le dice que ha subido un momento porque se ha olvidado su número de Mundo Obrero, el periódico del PCE, pero que le espere en el bar Brasilia, donde está con unos compañeros. Se ha dejado la caña a medio terminar en la barra.

Será la última vez que Joaquín vea a Ángel con vida.

5

La reunión pudo haber tenido lugar en una casa de campo, apartada de la vista de todos, tras una jornada de caza. El olor de la pólvora de los cartuchos, como el de la sangre, tarda en irse de las manos, aunque laves y frotes a conciencia. Quizá es que se queda indeleble, más allá de la piel, en esa parte de nuestro cerebro que reacciona, primaria, a la alerta.

Varios hombres hablan en una sala, antes de la cena, con el sol cayendo, despidiendo su luz entre las cortinas gruesas de las ventanas. Las puertas de la estancia están cerradas, el servicio en la cocina, preparando lo que los guardeses han despellejado. Varios de ellos fuman, todos beben, su rostro es serio, pensativo. Uno mueve la copa con licor y el hielo tintinea contra el cristal grueso y labrado.

Podría haber un magistrado y un obispo, un terrateniente y un industrial, un militar y un policía, ambos con galones. Quizá también un duque y un alto funcionario, encorvado, con gafas de pasta negra que se sostienen sobre una nariz afilada. Podrían estar todos o algunos de ellos. Lo que sabemos seguro es que en aquella sala de aquella casa de campo estaba el poder. El poder de un régimen que agonizaba, del que una parte había decidido ser otra cosa, del que la otra se negaba a mover un milímetro las estructuras del país. “No ganamos la guerra para volver a ver a los comunistas en el Congreso, coño”, se pudo repetir en varias ocasiones.

En aquella sala de aquella casa cayendo la tarde se escuchan palabras como “desestabilizar”, como “asesinato”, como “golpe de efecto”, también “de Estado”, pero para eso es aún demasiado pronto. También se repiten los nombres de Suárez y de Carrillo, unidos a los conceptos de “mira telescópica” y “calibre”. Demasiado alto. Se pide mesura, se pide contención, se pide realismo.

—Lo que hay que hacer —dice uno de ellos— es provocarles para que incendien Madrid. Si conseguimos que los comunistas salgan a la calle y se líe, se líe una buena, a los militares no os quedará más remedio que intervenir.

—El traidor de Suárez no lo permitirá. Y el rey…

—Al Borbón de momento dejadlo a un lado. Estará con quien tenga que estar llegado el caso.

—¿Seguro?

—Señores, señores —interrumpe el primero que ha hablado, calmando los murmullos—. Si lo hacemos como hay que hacerlo los comunistas no tendrán más remedio que vengarse. Hay que poner en pie de guerra al enemigo, que las armas las tenemos nosotros. Y de ahí reconducir la situación que ya se nos ha ido de las manos.

—¿Y cómo se hacen las cosas?

—Hay muchos jóvenes patriotas dispuestos a darlo todo por España. ¿La manera? Pues como ya hemos hecho unas pocas, pero esta vez a lo grande. Como la cacería de esta mañana.

—No nos podemos ver implicados —habla el hombre del dinero, en silencio hasta ahora—. Yo tengo unos intereses que mantener.

—No habrá forma de relacionarnos.

—¿Y el casus belli? —se hace el silencio por unos instantes.

—He escuchado que los autobuses van a ir a la huelga. Conozco a nuestro responsable en el Transporte. Un tal Albadalejo, un pieza de cuidado.

—Pues ya lo tenemos. Solo hay que dejarle las miguitas de pan para que las siga.

—Albaladejo es un cretino, eficiente, pero cretino.

—Entonces hay que meter por medio a los italianos, que esos seguro que le dan algunas ideas.

—Yo solo digo que hay que dejárselo prácticamente en bandeja…

—Pues no hay más que hablar. Seguro que aquí, estos señores —y señala a uno de los uniformados— sabrán ultimar los detalles.

—La decisión está tomada. ¡Arriba España!

6

Calle Marqués de Leganés, Madrid. Una pizzería de nombre El Appuntamento. Un local al costado de la Gran Vía, sin nada de particular salvo para el que observa atento. Tres jóvenes hablan en una mesa con un italiano, que no hace nada de provecho en el negocio, pero siempre anda por allí. No comen, pero tienen unas cervezas en la mesa. A esas horas ya han echado la persiana, pero ellos siguen dentro. Sus nombres son José Fernández Cerrá, de 31 años, Carlos García Juliá, de 21, y Fernando Lerdo de Tejada, de 23. Se acaban de constituir en el “Comando Hugo Sosa”.

A petición de Albadalejo, de la mafia franquista del Transporte, tienen que buscar a Joaquín Navarro, de CCOO, y asesinarle. El italiano les explica cómo, cuándo y dónde hacerlo: estará el lunes 24 de enero por la noche en el despacho de abogados laboralistas de Atocha 55. Las armas se las entregará en Usera un excombatiente de la División Azul, Leocadio Jiménez. Carlo les ultimará los detalles un día antes.

—¿Habrá más gente en el despacho? —pregunta Lerdo de Tejada.

—Probablemente —responde el italiano.

—¿Y qué hacemos con ellos? —dice frío Cerrá.

—Vosotros veréis. Pero si os delatan en la huida os meteréis en problemas. Atocha es zona roja y lo mismo de allí no salís vivos.

—Está claro —sentencia Cerrá.

7

Manuela Carmena, que dirige el despacho de Atocha 55, está organizando el lunes. Esa tarde va a haber una reunión de los del Transporte para valorar los

resultados de la huelga que han conseguido ganar la anterior semana. Ha decidido que, como no hay sitio suficiente para todos, se va a marchar un par de portales más arriba, al 49, donde tienen un segundo despacho. Allí se reunirá con Paquita Sauquillo y José María Mohedano. Recoge sus cosas. Tras la asamblea de los huelguistas habrá una segunda reunión de algunos compañeros abogados; hasta mañana no vuelve, que ponen esto de humo que no hay dios que pare, piensa.

Décadas después, uno de los abogados cuenta al programa Documentos RNE cuál era la labor de aquel equipo jurídico, cómo trabajaban:

Lidiábamos con la legislación laboral franquista para defender a los trabajadores. Retorcíamos sus leyes, creábamos jurisprudencia. Pero también trabajábamos en los barrios como defensa del movimiento vecinal. Nosotros trabajábamos en equipo, no solo en las actuaciones jurídicas, judiciales o puramente administrativas, sino también en la cuestión del salario. En el despacho de Atocha todo el mundo cobraba lo mismo, el personal de secretaría, los abogados, los administrativos… del primero al último. Este sistema de trabajo igualitario se extendía también en la toma de decisiones. Todos los que trabajaban en Atocha tenían voz y voto, idéntica posibilidad de decisión.

La reunión de aquella noche del lunes 24, que tenía previsto su inicio cuando terminara la asamblea de sindicalistas, iba a estar centrada precisamente en el movimiento vecinal.

El comando fascista se da cita en la cafetería Milo, cercana a Plaza España. De ahí tienen andando media hora hasta la calle Atocha. Al llegar descubren que el portal está abierto pero el ascensor estropeado. Suben por las escaleras, antiguas, de madera, y escuchan aún las conversaciones de demasiada gente dentro del piso que alberga a los abogados. Llegan hasta la última planta, que ya da con la azotea, y esperan en silencio que el panorama se despeje. Dos van armados, pero no se atreven a irrumpir en un piso que no esperaban tan concurrido. En silencio se escuchan solo sus respiraciones. Dos de ellos miran al suelo. Cerrá a un punto fijo en la oscuridad. La luz de la escalera se enciende y se apaga mientras aquello parece que se va vaciando.

Cuando todo parece más tranquilo alguien sube las escaleras justo cuando otra persona abandona el despacho. Escuchan cómo se saludan. Algo de un “mundo obrero” y que en un rato se vuelven a ver. Deciden que es el momento de irrumpir por la fuerza.

Dentro del piso hay nueve personas. Andan departiendo en el salón esperando a los que faltan para comenzar la reunión. Uno de ellos, con el periódico del día en las manos, habla del asesinato del chaval del día anterior. Alguien dice que en la manifestación de por la mañana ha habido también jaleo. Madrid está eléctrica, como antes de una tormenta de verano, donde se puede notar en el aire lo que se avecina, a pesar de que estamos en pleno invierno.

Alguien llama a la puerta, abren sin mirar, pensando que es alguno de los compañeros que aún faltan por llegar.

Entran dos hombres armados, Cerrá y Juliá. Un tercero, Lerdo de Tejada, se queda en la puerta vigilando. Cerrá, con una trenca verde, les encañona con el arma. El grupo observa atónito, más que asustado, la inesperada aparición. Juliá, con un chubasquero azul, lleva puesta la capucha para intentar ocultar su rostro y se dirige a peinar el resto del despacho y cortar el hilo telefónico. Cerrá pregunta insistente por Joaquín Navarro, el líder sindical, a quien han ido a matar. Acaba de abandonar el piso minutos antes de que lleguen los terroristas, pero sus compañeros simplemente dicen que no está allí. Entre el asaltante y los abogados hay unos dos metros y medio de distancia.

Cerrá, que no para de repetir la frase “esas manitas bien arriba” en un tono amenazante y chulesco, se golpea con un mueble y sin querer dispara la pistola. Juliá, que ya ha terminado su labor para dejar incomunicada la sala, alertado por el sonido de la detonación, aparece de nuevo en el salón acompañado de un estudiante que ha encontrado en una habitación contigua, el cual colabora en el despacho. Lo lleva al salón y lo pone por delante de sus compañeros.

Los dos terroristas observan a los abogados. Uno de ellos está fumando, les pide si puede bajar el brazo para apagar el cigarrillo.

“Tanto vivimos en común que compartimos la muerte. Oigo el timbre de la puerta. Me arrastro hasta ella. Trato de llegar a ese sonido nuevo. Somos restos de nosotros mismos. Escombros de vida”.

Luis Javier Benavides Orgaz. Abogado. 26 años. Asesinado.

Enrique Valdelvira Ibáñez. Abogado. 34 años. Asesinado.

Francisco Javier Sauquillo. Abogado. 29 años. Asesinado.

Ángel Rodríguez Leal. Administrativo. 26 años. Asesinado.

Serafín Holgado de Antonio. Estudiante de Derecho. 27 años. Asesinado.

Los abogados Miguel Sarabia Gil, Luis Ramos Pardo y Alejandro Ruiz-Huerta Carbonell son heridos de diversa consideración pero sobreviven al asalto. Dolores González Ruiz, abogada, mujer de Francisco Javier Sauquillo, es herida de gravedad en la mandíbula. Aunque sobrevive pierde al hijo que la pareja esperaba.

Los terroristas utilizan munición de 9 mm de velocidad retardada para reducir el sonido de las detonaciones, pero también para causar un mayor daño al evitar que la bala salga del cuerpo. El dueño de una pensión contigua, uno de los primeros en llegar al despacho, junto con un barrendero y un policía municipal, dijo que lo que vio en aquel salón, de sofás rojos con pintas blancas, le recordaba al cuadro de Los fusilamientos del 3 de mayo.

Esa misma noche un despacho de la UGT, en la calle Fernando VI, fue también asaltado, aunque se encontraba vacío.

9

Para el presidente Suárez, que se entera del suceso cuando está reunido con el ministro del Interior, Rodolfo Martín Villa, es esencial controlar una situación

que ya lleva demasiado tiempo descontrolada. “Esto puede zozobrar”, le dice Martín Villa a Suárez. El vicepresidente del Gobierno y general Manuel Gutiérrez Mellado llama personalmente a Juan Luis Cebrián, director de El País, para comunicarle el atentado. Su periódico titula: “Pistoleros de extrema derecha siembran el terror en Madrid”. A la mañana siguiente, martes 25 de enero, España, conmocionada, contiene la respiración.

La madrugada del 24 al 25 es larga y tensa. Miembros del PCE se reúnen con Juan José Rosón, gobernador civil de Madrid. Los comunistas relatan que Rosón está superado por las circunstancias, desconcertado, y que les pide calma una y otra vez. Les cuenta que el Gobierno cree que se pueden producir nuevos atentados y que van a prohibir la capilla ardiente ya que se ven incapaces de garantizar la seguridad y evitar un nuevo baño de sangre. “Yo no sé cuántas reuniones de militares hay ahora mismo en España”, dice Rosón echándose las manos a la cabeza.

En los hospitales, los familiares han ido poco a poco llegando para acompañar a los heridos. En esos momentos no se sabe el número de víctimas. En el Gregorio Marañón, hospital que en ese momento lleva el nombre del dictador, un médico sale a la sala de espera y pregunta al aire, con desprecio:

—¿Quién es el de las barbas?

—Mi marido —responde la mujer de Enrique Valdelvira.

—Pues ese es el muerto.

Camaradas de CCOO y del Partido acuden también a los hospitales para proteger a los supervivientes. Se teme que aparezcan nuevos pistoleros que quieran rematar la faena que los terroristas han dejado inconclusa. Gastaron toda la munición disponible. A Joaquín Navarro, el líder sindical de la huelga del Transporte, al que los pistoleros han ido a ejecutar en el despacho, se le saca de su casa apresuradamente para esconderle en casas de camaradas y evitar que le asesinen. Días después, un compañero conductor de autobuses recibe una misiva donde se lee: “Navarro, tarde o temprano serás fusilado”. A Ruiz-Huerta, uno de los abogados heridos, le llega un anónimo al hospital: “Curita comunista, acabaremos contigo”.

En la plaza de París, el martes 25, tiene lugar una tensa reunión en el Colegio de Abogados. Los letrados allí reunidos deciden si acatar la orden del Gobierno que

prohíbe el funeral público o llevarlo adelante ubicando la capilla ardiente en su edificio. Un veterano abogado, Jaime Miralles, de simpatías monárquicas, que cinco años antes había tenido una actuación ejemplar en demanda de justicia por el homicidio del albañil y sindicalista Pedro Patiño por parte de la Guardia Civil mientras repartía octavillas convocando a la huelga de la Construcción, toma la palabra:

Es la abogacía la que ha de salvaguardar el derecho de la sociedad entera. No hay poder público, mientras tal se llame y por tal pretenda tenerse, que pueda no prohibir sino dejar de garantizar, que medios tiene, la plena tranquilidad y el perfecto orden de esta capilla ardiente y de este entierro que con nuestro dolor, con nuestra serenidad y con nuestra firmeza hemos de realizar. Que resuelva y reconsidere el Gobierno.

10

El silencio puede ser el anuncio de la soledad, del desamparo e incluso del frío. Aquel miércoles 26 de enero de 1977 el silencio fue muestra de dolor, de respeto, de compañerismo, de fortaleza y disciplina. Fue un silencio imponente e imperturbable. El silencio de doscientas mil personas que rodeaban la capilla ardiente del Colegio de Abogados. Una multitud que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, un bosque de puños alzados, de ojos llorosos, de abrazos con el desconocido y, sin embargo, hermano.

Trabajadores de todo el país paran la producción en sus empresas. Las coronas de flores no caben en los pasillos del edificio: de los partidos de la oposición democrática, de los sindicatos, de las asociaciones de vecinos, de las organizaciones juveniles. Muchos de los que allí se congregan conocían personalmente a aquellos abogados: les ayudaron en sus problemas laborales, les prestaron apoyo en los conflictos de sus barrios. Muchos otros no, pero les muestran su último respeto de la forma en que se despide a una buena persona que se ha preocupado por los demás.

Cinco mil militantes del PCE forman el servicio de orden. Ninguno ha querido dar un paso atrás. Es la primera vez que el Partido actúa pública y masivamente en España desde 1939. No se produce un solo incidente, no se escucha un solo grito pidiendo venganza. A pesar de que aún son una formación ilegal, nadie puede impedirles que den el último adiós a sus compañeros. La fuerza sindical y política que se despliega aquel día hace imposible que se pueda prescindir del PCE y de las Comisiones Obreras en la construcción de la democracia española. El 9 de abril de 1977, jueves santo, se legaliza el partido. El 24 de abril del mismo año, el sindicato.

11

Llueve. Es primavera en Madrid y el cielo muestra ese ajetreo de nubes que van y vienen dejando pasar los rayos del sol algunos instantes. Casi como la plaza de Antón Martín, a mitad de la calle Atocha, donde el movimiento, poco antes de la hora de comer, es constante. Un hombre con paraguas, unos cuarenta años y cazadora de cuero anda apresurado para tomar el metro. Sin embargo, mira a su derecha y se detiene un instante. Observa el monumento que corona el final de la plaza triangular, más un cruce de calles con el globo de la farmacia como referencia que una plaza realmente. Es El abrazo, de Juan Genovés, pasado del lienzo a la escultura. A los pies de la obra una placa: “A los abogados de Atocha. Si el eco de su voz se debilita, pereceremos”.

El hombre sonríe y saca el teléfono:

—¿Sí? ¿Quién es? —responde una voz de mujer mayor al otro lado, aún con un ligero acento sureño que se pierde entre los años y la capital.

—Quién va a ser, yo, tu hijo.

—Hola, guapo —responde ella sin disimular la alegría.

—Mamá, ¿te parece que coja el metro y vaya hoy a comer contigo?

—¡Anda! Pues claro… si no tienes esta tarde ningún caso y te tienes que

volver…

—Creo que esta tarde me la puedo coger libre, que además seguro que tienes preparado algo rico.

—Venga, pues ya estás tardando.

El hombre cuelga y según baja las escaleras del metro piensa cuál es la conexión más rápida para llegar a casa de su madre.

Ella vive en Usera.

Cuando en España llovían piedras

Nativel Preciado

Hace algunos años le pedí a Josefina Samper, ya viuda de Marcelino Camacho, que me contara los recuerdos de toda una vida junto al histórico líder sindical. Pretendía que su testimonio sirviera para reflejar la lucha de los españoles que nunca se doblegaron, ni se acobardaron, ni se sometieron al poder de un dictador que, durante casi cuarenta años, impuso su ley por la fuerza. Tuve la suerte de elegir al personaje idóneo, porque a través de su relato logré mi objetivo plenamente. El testimonio de Josefina, una mujer comprometida, que hizo toda clase de esfuerzos y sacrificios, demuestra la teoría que defendí en Nadie pudo con ellos, el libro que dediqué a los héroes anónimos que entregaron su vida a la lucha por la libertad. La teoría, ya compartida por muchos, es que la transición fue posible gracias a las protestas y manifestaciones de trabajadores, sindicalistas, universitarios, curas obreros, abogados laboralistas, movimientos vecinales, organizaciones feministas, mujeres de presos políticos, periodistas y corresponsales extranjeros. La movilización popular contribuyó a que los dirigentes políticos, algunos a su pesar, se inclinaran por un proceso abiertamente democrático que impidió la continuidad del régimen franquista. El proceso político se marcó desde abajo hacia arriba y se llevó a cabo, la mayoría de las veces de forma pacífica, entre los de dentro y los de fuera, los de cerca y los de lejos, los radicales y los moderados. Tenían, probablemente, distintos intereses, pero empujaban en la misma dirección: acabar con la dictadura.

Entre todos organizaron la resistencia desde el interior que hizo posible la democracia. Es cierto que una mayoría del pueblo vivió sin libertad, sometida a toda clase de arbitrariedades, pero muchos de los que permanecieron en silencio tenían una ideología contraria al régimen y estaban al lado de los vencidos, aunque hubieran caído del lado del ejército vencedor.

Tras ganar una guerra, Franco impuso un clima de terror, envió al exilio a cientos de miles de españoles y practicó una política de venganza en el interior. Se produjeron insalvables circunstancias históricas adversas, regímenes

aberrantes como el nazi, el fascista o el estalinista, unidos a la indolencia de los países democráticos que abandonaron a su suerte a los republicanos. Todo ello hizo que la liberación llegase con demasiado retraso. Tan tarde que el dictador no fue derrocado por el adversario, ejerció el poder hasta el final de sus días y murió en la cama. Es una realidad indiscutible, pero eso no implica que los españoles se sometieran mansamente a la dictadura, que Franco dejase todo atado y bien atado, que la transición fuera una chapuza y que gracias al rey y a unos cuantos políticos generosos que diseñaron el régimen del 78 en una pizarra y pactaron una Constitución, tenemos una democracia en España.

La transición no la hicieron solos el rey, Torcuato Fernández-Miranda y unos cuantos notables en sus reuniones de palacio. La historia no fue exactamente así y es bueno hacer memoria para recordar que los hechos no pueden ser tan simplistas y esquemáticos como pretenden los fustigadores de la transición. Hubo una oposición al régimen firme y constante, desde el principio hasta el final de la dictadura. El largo camino a la democracia estuvo lleno de aristas, peligros y dificultades, como dejó constancia el testimonio de Josefina Samper a través de un relato sencillo, sin nostalgia, sin rastro de resentimiento, donde cuenta su vida cotidiana, sus horas de oscuridad, la dureza de la vida clandestina y las dificultades para sobrevivir en un entorno hostil.

Conciencia de clase

“A los once años ya sabes si te someterás o te rebelarás”, decía Jean-Paul Sartre. Pues bien, me contó Josefina que a los doce años se hizo militante de la Juventud Socialista Unificada (JSU). Su familia había emigrado desde Almería a Argelia porque a su padre le cerraron la mina donde trabajaba y no tenían para comer. Al llegar a su destino en Orán se encontraron con muchos emigrantes procedentes de España. Recuerda que se sintió muy mal recibida. Argelia, todavía en aquellos momentos, era una colonia francesa y las autoridades habían decretado una ley que solo permitía entrar a un diez por ciento de los extranjeros en las escuelas y en las fábricas. El resto de las plazas quedaban reservadas para los franceses que tenían prioridad en todo. Aquello del diez por ciento a Josefina le pareció indignante, pues le impedía tener acceso a la escuela.

También recuerda el impacto que le produjo ver, un tiempo después, que los franceses no dejaron atracar en el puerto de Orán a un barco procedente de Alicante cargado de refugiados españoles, ya al final de la Guerra Civil. Solo dejaban desembarcar a los que tenían familia trabajando en el país, así que los emigrantes españoles se dedicaron a inventarse parentescos para evitar lo que ahora llamaríamos “devolución en caliente”. La historia se repite.

Entre la indignación que le producía sentirse marginada y la rebeldía que le inculcó su padre, fue consciente, desde muy niña, de todas aquellas injusticias y se sintió obligada a combatirlas. Cuando cumplió los 14 años, conoció en Orán a Roberto, hermano de Santiago Carrillo, quien le dijo que era mayor para seguir en las Juventudes, que ya tenía edad para afiliarse al Partido Comunista.

La vida en Orán era muy difícil en aquellos tiempos y había que buscarse el sustento de cualquier forma. Más de una vez tuvo que falsificar los papeles para que le dejasen trabajar, pues estaba prohibido para los menores de 14 años. Josefina fabricaba y vendía unas primorosas sandalias de esparto con los moldes que le había dado un zapatero. Todas estas peripecias fueron previas al encuentro con el hombre junto al que pasaría el resto de su vida.

Primer encuentro

Cuando conoció a un escuálido Marcelino Camacho, tenía 25 años y pesaba menos de 45 kilos, pero ya estaba curtido en mil batallas. Lo habían sometido a un consejo de guerra y, tras un juicio sumarísimo, le cayó una sentencia de doce años. Los carceleros ignoraban sus verdaderas responsabilidades dentro del PCE, y no tenían ni idea de que había organizado el Socorro Rojo, así que le trataban con el mismo rigor que a cualquier otro desafecto al régimen. Tras largas peripecias, indultos, reincidencias y persecuciones, pasó por varios campos de concentración. Los franceses quisieron alistarle en la Legión Extranjera, pero como él se negó le llevaron de calabozo en calabozo, hasta que fue a parar al cuartel de Orán, que estaba en lo alto de una colina. También de allí logró escapar gracias a un soldado comunista que le facilitó la fuga y le puso en contacto con la emigración española.

Fue entonces cuando los camaradas le pidieron a Josefina, de 17 años, que le recibiera en el local del Partido con un refrigerio. Y después de una bienvenida rutinaria, pasado un tiempo, se hicieron novios, a los cuatro años se casaron y pronto llegaron los hijos, Yenia y Marcel. Al regresar del exilio a Madrid, tuvieron que soportar una represión política que se prolongó hasta la legalización del PCE e incluso un tiempo después, cuando le tocó el turno a Comisiones Obreras.

Camacho fue un dirigente obrero y, como tal, tuvo breves fogonazos de gloria y prolongados momentos de oscuridad. Durante casi tres lustros estuvo encerrado en campos de concentración y cárceles franquistas. Pero la historia de los líderes es de sobra conocida. Lo que me interesa resaltar es el heroísmo de lo cotidiano; el sacrificio de mujeres como Josefina que se dedicaron a coser, a tejer, a limpiar y a trabajar con dureza en los otros frentes que quedaban al descubierto.

Hace falta especial fortaleza para perseverar en un modo de vida que se convirtió en un fin en sí mismo. Ella no trataba de cumplir un sueño o alcanzar un objetivo político; simplemente atendía las necesidades que surgían en cada momento. Ocuparse de la educación de los hijos, mantener la clandestinidad, esquivar la vigilancia policial y defender a los familiares presos, para lo cual no dudaba en organizar caceroladas, informar a los corresponsales extranjeros o presentarse ante el juez que le decía: “señora, yo no puedo cambiar las leyes. ¡Déjeme tranquilo!”. Llegó incluso a la sede de la Dirección General de Seguridad para pedir explicaciones al jefe de la policía política.

Aunque el cabecilla de la represión sindical, un policía llamado Conrado Delso, se encargaba personalmente de vigilar de cerca todos los asuntos relacionados con la familia Camacho, Josefina decidió presentarse un buen día en el despacho de Saturnino Yagüe, el temido comisario jefe, para pedirle cuentas y afearle la conducta por el mal trato que los policías habían dado a su suegra en una de las incursiones a la casa familiar. “No les da vergüenza —le dijo— asustar de mala manera a una anciana indefensa”.

La única explicación para que la dejasen llegar hasta él, sin duda, era su tenacidad. Josefina se armó de valor al recordar que el comisario había interrogado violentamente a su hijo Marcel y quiso plantarle cara. Sabía por experiencia que el tal Yagüe era un hombre gélido, de carácter férreo, pero el comisario se dio cuenta de que la mujer que tenía delante estaba dispuesta a movilizar a la prensa internacional para que se hiciera eco de sus protestas o a

organizar un encierro en una iglesia. Y, a partir de los años sesenta, al régimen le producía una cierta incomodidad las protestas internacionales, porque los tecnócratas querían limpiar la imagen de la dictadura para lograr una mejoría en la renqueante situación económica.

La Iglesia antifranquista

Las mujeres de los presos se encerraban en las iglesias porque los obispos no autorizaban a la policía a que entrase en el recinto sagrado a disolver la reunión. Los encierros, que se prolongaban durante varios días, tenían una enorme repercusión en las capitales europeas. Para fortalecer la protección, Josefina pedía ayuda al inefable padre José María Llanos para que, junto a Joaquín Ruiz-Giménez, les enviaran refuerzos. Una vez logró que fuera a visitarlas el arzobispo para convencerlas de que abandonaran el encierro, lo que les garantizó un buen titular en Le Monde.

Imposible entender la ayuda eclesiástica si se desconocen ciertos detalles históricos. Hay que saber que en un momento crucial del franquismo se produce la ruptura entre la jerarquía eclesiástica aliada con la dictadura y la corriente renovadora partidaria del Concilio Vaticano II. En la España franquista convivían obispos integristas como José Guerra Campos o Casimiro Morcillo con cardenales aperturistas como Vicente Enrique y Tarancón, apoyados por los movimientos de base y organizaciones sindicales obreras cristianas cada vez más radicales. Estos últimos liderados por personajes tan emblemáticos como el padre José María Llanos, apodado “el Cura Rojo”, que vivía en la barriada marginal del Pozo del Tío Raimundo y se afilió en su momento a Comisiones Obreras. El padre Llanos, junto al que fue canónigo de la catedral de Málaga, José María González Ruiz, organizaban reuniones clandestinas en sus respectivas barriadas, uno en Vallecas y el otro en Carabanchel.

No hay que olvidar que la Iglesia católica bendijo el golpe militar contra la legalidad republicana, se alineó con los vencedores, se identificó con el dictador y consintió todas sus exigencias. La sublevación pasó a llamarse “la Santa Cruzada” y permitió que las monedas llevasen acuñada la efigie de Franco con la inscripción “por la gracia de Dios”, que se exhibiera en público cubierto bajo

palio sagrado, un ritual religioso reservado para las imágenes de la Virgen y de los santos, y que en las lápidas de los muertos franquistas figurase la inscripción de "gloriosos caídos por Dios y por España".

Que un sector de la autoridad eclesiástica se enfrentase al nacionalcatolicismo fue una de las muchas contradicciones internas que abrían grietas en el sistema. Por ellas se colaban soplos de libertad que aprovechaban personas como Josefina, que no dejaban escapar ni una, capaz siempre de resistir. Y muchas otras mujeres como ella que soportaron privaciones, incluso palizas físicas, morales y políticas, sin desfallecer.

No los doblegaron

Me he preguntado reiteradamente: ¿en qué se diferencian las personas que luchan por los demás de las que luchan contra los demás o, en todo caso, solo para sí mismas? ¿De dónde nace la necesidad de ser solidario? ¿Es una cuestión de conciencia, de decencia o, incluso, de conveniencia? ¿Influye el ejemplo familiar? ¿Por qué hay gente, como Josefina, que se compadece desde niña del dolor ajeno y se rebela contra la injusticia?

Durante una de las conversaciones que mantuvimos en torno a la mesa camilla, donde pasó sus últimos años tricotando jerséis para sus nietos, le pregunté a Josefina de qué pasta estaba hecha, cómo había resistido tantas penurias en condiciones de extrema dureza y si la lucha había merecido la pena. Me miró con cara de incredulidad y, sin parpadear, me dio una respuesta contundente, el lema de su marido:

Cada vez que a Marcelino le decían que éramos tontos, que no íbamos a conseguir nada, que los ricos siempre tuvieron el poder y siempre lo tendrán, él respondía lo mismo: "ni nos domaron, ni nos doblegaron, ni nos van a domesticar". La verdad es que alguna vez, cuando me sentía muy machacada con tanta persecución, tenía ganas de llorar, pero lo hacía a escondidas, nunca delante de los carceleros, que se hubiesen alegrado un montón de verme flojear.

Y mucho menos delante de mi marido. Claro que costaba, pero había que hacer un esfuerzo, sobre todo durante los encierros, pero yo les decía a todas las mujeres que apretasen los dientes y pusieran una sonrisa, aunque fuera falsa. Que era lo menos que podían hacer por sus compañeros presos. Teníamos que echarle coraje, porque nuestra obligación era demostrar que estábamos a su altura.

Josefina se mantuvo firme en todo momento. Siempre fue una mujer capaz, una sindicalista combativa y una luchadora infatigable en la actividad política y en su propia casa. Cuando les expulsaron de Argelia no fue fácil instalarse en Madrid. Después de la discriminación que soportaron en Orán, iban a sufrir un segundo rechazo como refugiados. A los emigrantes sin recursos se les retornaba a su lugar de origen. Cada día llegaban a la capital de España miles de emigrantes que se instalaban en las barriadas chabolistas de las afueras de la ciudad. Tal era la presión que el Gobierno franquista dictó un decreto para impedir la entrada de todas las personas que carecían de alojamiento previo y para derribar las instalaciones ilegales y evitar así nuevos asentamientos.

El jersey de Marcelino

Marcelino tuvo que pedir a su prima Felisa que alojase a su familia en su casa del barrio de Lavapiés hasta que pudiesen costearse el alquiler de un piso. Vivían literalmente hacinados en muy pocos metros y durante el día Josefina tenía que salir a la calle con Yenia y Marcel. No solo se ocupaba de ellos y de su marido, también de la solidaridad con el resto de las mujeres de los presos políticos. Su función era mantenerlos en contacto con el exterior, organizar turnos de visitas, establecer enlaces, pasarles información camuflada y llevarles comida. Marcelino pasó demasiados años encerrado y tuvo varias enfermedades graves por culpa del frío y la humedad. Las condiciones materiales en la cárcel eran desastrosas: los camastros duros, las mantas sucias, los retretes dentro de la celda siempre atascados y malolientes, las ventanas sin cristales por donde se colaban vientos gélidos… Por eso Josefina le hacía jerséis de cuello alto con cremallera para que se tapase hasta la nariz y así evitar las bronquitis. El "marcelino" se

puso de moda y se convirtió en un símbolo que todos querían llevar, hasta el punto de que un empresario se presentó en casa de Josefina para pedirle que lo patentara. Ella se negó a comercializarlo y siguió tricotando jerséis gratis para los presos.

También se encargaba de llevarles ollas gigantes de comida para compensar el repugnante rancho de la cárcel de Carabanchel, que consistía en “un par de huevos fritos fríos, más duros que una piedra, y excepcionalmente un poco de carne más tiesa que la suela de un zapato”. Un preso sevillano había habilitado una celda para recalentar la comida y alargar los guisos, mezclando la bazofia del rancho con los menús de Josefina, que servían para abastecer a su marido y a veinte compañeros más. Una de sus especialidades hecha a base de restos y de latas la bautizaron con el nombre de “coalición de ternera socialista con vaca reaccionaria”. Pero su mayor éxito culinario fue su peculiar paella. El primer intento fue un auténtico fracaso, porque cuando les llegó a los presos, al cabo de las horas, los ingredientes se habían diluido en un amasijo denso y viscoso donde no aparecía ni un grano de arroz. Marcelino insistió en que tenía el capricho de probar una autentica paella. La necesidad agudiza el ingenio. Josefina quiso complacerle y un buen día se levantó a las tres de la mañana para pelar las patatas, limpiar las verduras y cocinar el resto de los ingredientes para preparar el guiso. Se le ocurrió hacer un experimento: envolver la olla en una gran bolsa y cubrirla con una manta y papel de periódico para que mantuviera el calor. Al salir hacia la cárcel le echó el arroz que se fue haciendo lentamente ya sin el fuego. Y así, los granos llegaban ni duros ni blandos, al dente, como unos buenos espaguetis. Fue tal el éxito que tuvo que hacer paellas hasta el aburrimiento.

Para llevar las ollas a la cárcel había que organizar una compleja infraestructura. No era fácil ni barato conseguir los ingredientes para tantas raciones, así que Josefina acudía al carnicero y al frutero que le reservaban los recortes de los filetes más tiernos y las verduras sobrantes. En un acto de generosidad, no le cobraban ni una peseta. Había en aquel barrio mucha gente bondadosa y solidaria. Su vecina Amparo, que vivía en la puerta de al lado, le ayudaba a bajar los recipientes. Los taxistas, por su parte, contribuían al traslado gratis de las ollas gigantescas hasta las puertas de la cárcel. No las hubieran admitido en ningún otro medio de transporte. Y ya, por último, tenía que convencer a los funcionarios para que fueran pasando los controles. En las puertas de Carabanchel estaban las mujeres de los presos que hacían cola de pie durante cinco horas, con temperaturas extremas, para superar todos los trámites hasta

que les permitiesen ver a sus compañeros. Una vez resueltos, aún tenían que esperar un buen rato hasta llegar al locutorio para hablar con el preso a través de una doble barrera metálica.

Esforzadas rutinas diarias de las mujeres sin las cuales, como reconoció Marcelino Camacho, después de tantos años de cárcel y de lucha, la supervivencia de Comisiones Obreras hubiera sido bastante improbable. El heroísmo de lo cotidiano es agotador, porque se trata de un trabajo esforzado que casi pasa inadvertido, pero es el más necesario. Josefina nunca le dio demasiada importancia; no se situó ni delante ni detrás de su marido, ni se consideró ni más ni menos valiente. “Caminamos uno al lado del otro, porque las responsabilidades eran distintas, pero yo siempre estuve muy orgullosa de él”. Hasta tal punto era consciente del papel que había elegido que, cuando se instalaron definitivamente en Madrid, Josefina buscó una vivienda en el barrio de Carabanchel, cerca de la cárcel, porque estaba convencida de que, inevitablemente, su marido pasaría allí largas temporadas y sería el destino que iba a marcar gran parte de su vida. Ella quería estar cerca para ayudar y así lo hizo. Camacho entró en Carabanchel, su tercer destino carcelario, siendo ya dirigente de Comisiones Obreras, la organización cuya fundación muchos revindican, pero nadie en exclusiva se puede atribuir. Marcelino conservó como oro en paño su carné de miembro nº 1 de CCOO.

Lugares de culto

Hace una década organizamos una expedición formada por Josefina Samper, sus dos hijos y su nonagenaria cuñada Vicenta Camacho para recorrer los lugares emblemáticos del Madrid antifranquista. El primero que visitamos fue la vieja cárcel de Carabanchel, es decir, el solar que quedó tristemente vacío tras la demolición del edificio que construyeron presos políticos sometidos a trabajos forzados en los años cuarenta del siglo XX. Entre los muros de aquel edificio, que fue durante cincuenta y cinco años el símbolo más emblemático de la represión, estuvieron encerrados miles de luchadores contra la dictadura.

Josefina se estremeció al ver la inmensa explanada vacía. Solo quedaba en pie una pequeña parte de la puerta de acceso a la prisión. Su hijo Marcel llegó a

compartir celda con su padre. No habían perdido la esperanza de que sobre aquellos escombros se levantase un Centro de la Memoria que recordase lo que fue, como homenaje a los que dejaron allí parte de sus vidas. Nada ha cambiado desde entonces.

La siguiente parada fue en la Puerta del Sol, actual sede de la Comunidad de Madrid y antiguo Ministerio de la Gobernación, donde se habían instalado las dependencias de la Brigada Político-Social, y en cuyos sótanos estaban las celdas donde se encerraba a los detenidos sin amparo legal ni conocimiento judicial. En esta ocasión fue Vicenta, la hermana de Marcelino, la que recordó su paso por las dependencias.

El siguiente punto del itinerario fue la calle de Atocha número 55, donde unos pistoleros de extrema derecha abrieron fuego indiscriminadamente contra las personas que participaban en una reunión y asesinaron en el acto a cinco personas y a otras cuatro las dejaron gravemente heridas. Fue el 24 de enero de 1977, en los albores de la transición, donde se producían frecuentes atentados por parte de bandas neofascistas que fueron cambiando de siglas en acciones sucesivas.

Al entierro asistieron más de cien mil personas en un silencio impresionante. La prensa internacional señaló la extraordinaria responsabilidad de los participantes. Era la primera manifestación multitudinaria de la izquierda que se realizaba en España, con la autorización del Gobierno, desde la muerte de Franco. Durante los días siguientes al entierro, se produjeron protestas y huelgas en todo el país. Comunistas y sindicalistas, todavía no legalizados, salieron abiertamente a la calle sin que la policía actuase contra ellos.

Ante la placa conmemorativa, Josefina recordó aquella matanza que la dejó conmocionada, no solo porque había tenido mucha relación con las víctimas, abogados laboralistas que se ocuparon de la defensa de Marcelino, sino porque su hijo estuvo en el despacho diez minutos antes de que entrasen los pistoleros.

Dimos unos cuantos pasos hasta la plaza de Antón Martín para visitar la versión escultórica que Juan Genovés realizó de El abrazo, cuyo cartel estaba colgado en una de las paredes del despacho donde se perpetró la matanza. Aquel cuadro, que pintó Genovés para exigir la amnistía y la libertad de los presos políticos, le costó su detención y una semana de estancia en los calabozos de la Puerta del Sol. Se convirtió en el símbolo de la transición democrática y Josefina me contó

que, según le dijo el artista, ella es la mujer que aparece de espaldas con los brazos abiertos.

La pequeña comitiva terminó en la casa de Carabanchel donde vivió la familia Camacho tras su regreso de Argelia. Solo la abandonaron cuando Marcelino, ya en los últimos meses de su vida, se puso enfermo y no podía subir las escaleras. Así que, en dicho lugar, los recuerdos salían a borbotones, porque los vecinos y los tenderos de la zona salieron a saludar a Josefina y a sus hijos con especial afecto y a contar viejas anécdotas compartidas.

En este breve testimonio de Josefina Samper, sencillo, directo y excepcional, se funde su propia historia con una serie de acontecimientos que dan idea de la hostilidad del mundo que la rodeaba. Ella fue, como tantas otras, una tenaz militante antifranquista que se rebeló pacíficamente contra un régimen de terror, unas leyes injustas que se mantuvieron por la fuerza y una represión salvaje. Pertenece a los numerosos españoles que lucharon, resistieron y dieron ejemplo para que los demás siguieran avanzando. Como se ha dicho tantas veces, el dictador murió en la cama, pero la dictadura murió en la calle gracias a estos héroes anónimos.

LA SOMONTANA

Aitana Castaño Díaz

A Aída y a todas las mujeres

que defendieron la justicia,

los derechos y la memoria

a través del sindicalismo.

Colocó las medias bien dobladas en la caja sin dejar de poner el oído en la conversación que llegaba desde el primer piso. Y resopló. El sonido que se colaba por la puerta entreabierta del despacho del gerente de los almacenes hizo que el suspiro de Zulima cargara el ambiente de más rabia que otra cosa. Había llegado el día. Sí. Estaba harta.

Allí mismo, tocando con los guantes las medias de nylon recién llegadas de París-Francia o como a ella le gustaba decir: "de París miscojones", Zulima se dio cuenta de que su hartazgo también se podía, de alguna manera casi mágica, tocar. Los abusos a los que las sometía el nuevo gerente que había nombrado la familia propietaria de Almacenes Ponte había agotado la paciencia de ella y también la de sus compañeras en la tienda, aunque para decir verdad, la de ellas se había consumido mucho antes.

En el vestuario hacía semanas que solo se hablaba de las tropelías del cerdo del gerente, que eran laborales, pero también alguna incluía su mano larga. Ella había permanecido callada todo este tiempo.

Le causaba desazón verse allí en medio de una discusión en la que se hablaba de cosas que, personalmente, le producían angustia. Palabras como "huelga" o

“derechos” o “asamblea”. Era una congoja ancestral que conocía desde que, siendo una niña, su abuela la había reñido por preguntar en voz alta, a la puerta de la iglesia: “Güelita, ¿dónde está tío Ovidio? ¿ye verdad que nosotros somos rojos?”. Ese día, la vieja le apretó tan fuerte el brazo y cargó de tanta gravedad su voz cuando le susurró al oído: “Nunca más vuelvas a mencionar a ese hombre ni a decir esa palabra porque haces llorar a la Virgen del Rosario y no te lo va a perdonar en la vida nunca jamás, ¿me oyes?”, que el miedo se quedó instaurado de por vida en su cuerpo cuando escuchaba ciertas cosas, aunque ni siquiera supiera a ciencia cierta a qué se referían la mayoría de ellas.

Fuera lo que fuese, a Zulima le bastaba con oír palabras sueltas para que le ardiera en el cuello la medalla de la Virgen del Rosario que le colgaba desde niña. Si lo pensaba mucho, aún sentía los dedos en el brazo de su abuela apretándole y los ojos abiertos cargados de miedo. Así que cuando sentía que su cabeza estaba empezando a atender a los argumentos de sus compañeras más revolucionarias, para sus adentros se decía: “¡Fute, fute!”.

Ya se lo habían advertido en el Montecorvo justo antes de marchar. Que tuviera mucho cuidado, que la villa era difícil y escondía muchos peligros.

—Sí, eso, que se vaya para Sama y que se junte con toda la gente perdida que hay allí, que entre los mineros y los comunistas, ya verás… —había rezado su abuelo, dándole la espalda, el día que ella se fue. Lo escuchó y estuvo a punto de correr, meterse en la cama y no moverse de allí nunca. Morir pensando que el resto del mundo no era tan bueno como ella lo imaginaba y que lo mejor era quedarse allí, no salir nunca, como había hecho su tía.

Pero no lo hizo. Respiró hondo. Miró por última vez la espalda del viejo por si finalmente se levantaba a despedirla y, después de unos segundos, se fue.

El paisano tampoco se asomó a la puerta. Gritó su presagio sentado en su sillón orejero, con el periódico en una mano sin levantar la vista, con la bombona de oxígeno a su lado apagada y puede que con algo de arrepentimiento, pero nunca lo sabremos.

De algún sitio había sacado ella la terquedad, estaba claro.

Todas las demás habitantes de Casa Antuña sí fueron a despedir a la niña. Y mientras el taxista esperaba, montaron su particular drama, claro. La madre, la abuela y su tía. Las tres la ayudaron a preparar la maleta y la acompañaron hasta

el coche. En todo el tiempo no habían dejado de llorar ni un segundo. Pero ahora era cierto, era la despedida real. La tía Menchu le metió cien pesetas en el bolso:

—Ni se te ocurra decirle a tu madre que te las di… —le había susurrado, y al apartarse le guiñó un ojo lleno de orgullo. Fue el único gesto que Zulima pudo interpretar como un apoyo firme a su decisión de ir a trabajar en los Almacenes Ponte de la villa.

—No hables con gente rara. De los almacenes para casa y de casa para los almacenes. Y vienes todos los domingos a vernos —le dijo su madre apretando un pañuelo de algodón entre las manos.

—Y hazles caso a las mujeres de Ponte, que ellas sí saben. Pero a las viejas, eh, no te juntes con las jóvenes que esas andan perdidas en cosas que tú y yo sabemos que no le gustan a la Virgen del Rosario —sentenció la abuela.

“Las mujeres de Ponte” eran sus compañeras. Así las conocían en la comarca. Parecía que eran todas iguales, pero dentro había categorías. En concreto en los Almacenes Ponte había tres clases, una por cada planta: tejidos en la primera, textil en la segunda y lencería en la tercera, donde se compartía espacio con las oficinas de la gerencia. (Algo, esto último, que por la comarca bien que se comentaba. Se habían dado varios casos de clientas que se quejaban de que el nuevo gerente de la tienda pululaba por los probadores mientras ellas se cambiaban. ¡Jesús, María y José!). En esa planta noble en la que se vendían encajes estaban las más veteranas, las de primera división dentro de la casa. Las que llevaban más años y tenían hilo directo con la familia Ponte.

—Tú hazles caso a las mujeres de Ponte, que ellas sí saben… Pero a las viejas, eh… ¡A las viejas! Que las otras hacen llorar a la Virgen… —repetía la abuela en su cabeza como si estuviera allí mismo.

Así que ella siempre callada. Y si alguna vez, ya sin remedio, tuvo que posicionarse con algún bando en aquel cuartucho donde se cambiaban las dependientas fue con el de las viejas. Por si acaso. Que nunca se sabe. Y ellas lo tenían claro. Allí se estaba para trabajar, adorar y servir a la familia propietaria Ponte. “Todas a callar, que lo que la señora Obdulia dispone se ha de acatar sin remilgos”, decían. Zulima escuchaba agazapada sobre su taquilla lo que respondían las otras, las jóvenes que aseguraban sin ninguna duda que “si la señora Obdulia supiera todo lo que este cerdo hace, sería la primera en echarle,

ella que es de ir a misa diaria no iba a permitir tal escándalo en sus almacenes". Cuando la joven Antuña se daba cuenta de que su cabeza le daba la razón a las segundas decía en voz alta: "¡Fute, fute!".

Así había sido los primeros meses en Ponte, hasta que dejó de ser. El día que se le agotó la paciencia mientras tocaba el nylon de las medias de "París mis cojones" se dijo a sí misma que esa vez no, que no iba a apartar sus pensamientos, no. Iba a escuchar, y muy bien, lo que allí se decida.

—La huelga es la única solución, compañeras. ¿No veis a los mineros? A ellos les ha servido… Llevamos más de cinco años cobrando lo mismo, echando cada vez más horas y aquí nadie viene a ayudar, las ventas suben como la espuma, se van a ampliar los almacenes en dos plantas más, lo que será más trabajo y ahora, aún encima, llega el nuevo gerente, que es un cerdo… ¡Joder, que le tuve que quitar dos veces la mano de mi culo esta mañana!

La que hablaba era Isabel "la Gallega", y mientras lo hacía se recogía el pelo en un moño bajo. Con la boca llena de horquillas las miraba a todas sin dejar de enfadarse:

—¿Por qué me miráis así? ¿Ahora me vais a decir que con vosotras no? Es un cerdo y encima pretende convertirnos en sus esclavas… De esclavas nada, a la huelga teníamos que ir todas y que vieran lo que es bueno. ¿A ver qué iba a hacer la familia Ponte sin estas manos que cortan los telares? —apuntó a la vez que insertaba la última horquilla en su cabeza.

Zulima no siguió escuchando, en realidad llevaba un rato sin escuchar. Entonces, ¿no le ocurría solo a ella? Los tocamientos a los que el gerente la sometía cuando se quedaban solos en el almacén, los roces con la mano en sus pechos a la que se acercaba a buscar algo a la caja o la vez que él se acercó tanto por su espalda que sintió su miembro en las nalgas… ¿Todo eso le había ocurrido también a las demás?

No se podía quedar con la duda. Se acercó a Isabel y le tocó en el hombro.

—Eso que has dicho…

La mujer se dio la vuelta y abrió los ojos.

—¡Coño, si la niña tiene lengua! No me digas que quieres apoyar la huelga.

—No… yo… ¡Nada!

Cogió su bolso y salió sin despedirse. “De los almacenes para casa, de casa para los almacenes”. Empezó a colocarse el abrigo ya en la calle. Hacía un frío helador y los guantes… ¿Los guantes?

—Te has olvidado esto…

Isabel le tendió las manoplas. La miró y endulzó su gesto.

—Zulima, ¿no? ¿Quieres venir a tomar un café?

—¿Vais a hablar de la huelga?

La mujer soltó una carcajada a la vez que cogía por los hombros a su compañera.

—Por supuesto que hablaremos de la huelga, y te voy a presentar a unos compañeros que no saben hablar de otra cosa que no sea de huelgas. Son comunistas y te van a sorprender. No tienen ni rabos ni cuernos.

Zulima se paró en seco. Se zafó del brazo de Isabel y acabó de colocarse los guantes. Levantó la vista y vio la luz del despacho del gerente encendida. Dentro había dos personas: él y… alguna de las chicas jóvenes… pobre.

—Bueno, un café tomo… ¡Pero solo uno! Que ya es muy tarde…

Isabel la agarró del brazo.

—Es que Almacenes Ponte nos quita la juventud, miña reina.

Los pasos de las dos mujeres pronto se acompasaron con las de otras tres compañeras que, desde lejos se veía, adoraban el liderazgo de Isabel. No era de extrañar. Era una de las mejores trabajadoras en la planta de telas, la más baja y también la de menor rango, que obligaba a cargar con pesos y a tener los brazos preparados para las tijeras. Isabel llevaba muchos años, pero había caído en desgracia cuando, después de ser nombrada enlace sindical por el propio señor Ponte, encontrara en este puesto la vía perfecta para demandar y exigir una serie de medidas que mejoraran el trabajo. Por lo pronto, había conseguido que la empresa cerrara la tienda los días de Nochebuena y Nochevieja. Algo insólito en el valle. Su paso del sindicalismo institucional a la lucha obrera la dejó para

siempre en la laboriosa planta de telas. Nunca medró hasta el tercer piso. El dueño de los almacenes la respetaba porque era una excelente trabajadora y porque la conocía desde niña. Al fin y al cabo había sido él mismo el que la había enviado a la primera asamblea sindical en representación de su plantilla, cuando de sobra se sabía que aquellos encuentros, de unos años para acá, estaban atestados de comunistas y socialistas entre las Comisiones Obreras y UGT; “clandestinos mis cojones”, decía cada vez que, sin saber muy bien cómo, en su despacho aparecían (no tan por casualidad como todos creían) algunos de los pasquines que con una “vietnamita” habían impreso en algún tugurio.

Pero no era un tugurio el lugar de la multicopista. Era el trastero escondido de la Librería Saldeana, regentado por un viejo maestro republicano de igual apellido del que pocos más datos sabía nadie. Tampoco se preguntaban.

Cuando Isabel le señaló a Zulima la callejuela que daba a la parte de atrás de la tienda, la joven abrió los ojos:

—Pero ¿dónde vamos a tomar un café con las demás?

—Con unos amigos, ya te dije. Pero no te preocupes, son menos fieros de lo que parecen… —apuntó antes de dar cuatro golpes en la puerta, dos seguidos y dos espaciados. Zulima se fijó en ello porque con su abuelo tenía un código de golpes con el bastón en el suelo por medio del cual la niña sabía si tenía que llevarle al paisano el periódico o un vino.

Dos golpes seguidos y dos espaciados. La puerta se abrió. Frente a las mujeres, un joven de pelo demasiado largo con un jersey de cuello vuelto demasiado verde. Ella lo conocía. El chaval acompañaba a su madre a los Almacenes Ponte para ayudarla a llevar las telas al taller. Porque la señora era modista, Luisa, una de las más reputadas de la comarca con cerca de cincuenta aprendices de costura que llenaban los dos pisos de la casa. Luisa era viuda y tenía un hijo, el del pelo más largo que el cuello de su jersey. El chico era el único hombre de aquella casa y, según Zulima había escuchado en conversaciones sueltas, estudiaba para notario en la Universidad de Oviedo.

—Hola… ¿nuevo fichaje para la causa, Gallega? ¡No paras! —dijo el chaval sin dejar de mirar a la joven.

—No la molestes, García, no la molestes que me la asustas. ¿Os conocéis? —preguntó.

—Sí… —respondió él.

—No… —respondió ella.

—Pero ¿cómo que no me conoces si voy todas las semanas a ayudar a mi madre a cargar telas que me tiene como una mula? —apuntó él abriendo mucho los ojos.

—Bueno, sí..., vale —se recompuso Zulima—. Usted es el que va para notario, ¿no? —añadió disimulando.

—En realidad no voy para notario. Estoy estudiando para ser abogado. Y no me trates de usted que debemos tener la misma edad. Notario es lo que quiere la Luisa que sea, pero prefiero luchar por las causas justas y eso también lo sabe ella, que para eso me parió y me crio escondiendo enlaces del Partido Comunista en el desván desde antes de que yo naciera…

—¡García! —lo interrumpió Isabel—. ¡Que te digo que no me la asustes!

—¡A mí no me asusta ningún hombre tan fácilmente! —se revolvió de repente la aludida. Los dos la miraron con renovado interés.

Una voz grave sonó al final de la sala en la que había, al menos, otras seis personas. El hijo de la costurera, del que Zulima después supo que se llamaba José María o también “Coste”, se fue a sentar junto al que hablaba. Isabel se acercó a su oído.

—¿Lo conoces? Es un abogado buenísimo. Antes tenía el despacho en El Entrego, ahora anda para Madrid y viene de vez en cuando, tiene un cargo importante en las Comisiones, es comunista, y eso que sus padres son duques o marqueses o algo así…

Todo el mundo se había callado, así que el final de la frase se escuchó con nitidez.

—¡No te pases, Gallega! Mis padres son condes… pero venga, anda, siéntate y preséntanos a la compañera…

Casi una hora después, tres golpes en la pared interrumpieron la conversación sobre el nuevo convenio de los trabajadores del comercio, charla que estaba

interesando a Zulima mucho más de lo que en un principio le podía parecer.

—¡Mierda! Nos tenemos que marchar. Ya me había dicho Saldeano que andaba el capitán Caro caliente… ¡Toma! ¡Salid, rápido! —dijo José María tendiéndole a Isabel un fajo de papeles empaquetados que ella recogió sin dudar y guardó en el bolso que no lograba esconderlos del todo. Después agarró a Zulima de la mano y salió corriendo. Delante de ellas dos chicos escoltaban al “Conde” (así lo llamó Zulima toda su vida para sus adentros). Apenas habían cruzado el umbral de la puerta cuando a lo lejos, frente a la iglesia, las dos mujeres vieron caminar hacia ellas a un grupo de policías.

—Frena, Zuli, y no digas ni Pamplona.

—¿Qué?

—¡Que te calles!

Dos minutos después, el temido capitán Caro, del que hasta Zulima había oído hablar en el pueblo, se plantaba frente a ellas mano en alto.

—¡Señoritas! ¿No es muy tarde para andar solas por la calle? Miren que a estas horas las compañías no pueden ser buenas.

Isabel no le bajó la mirada.

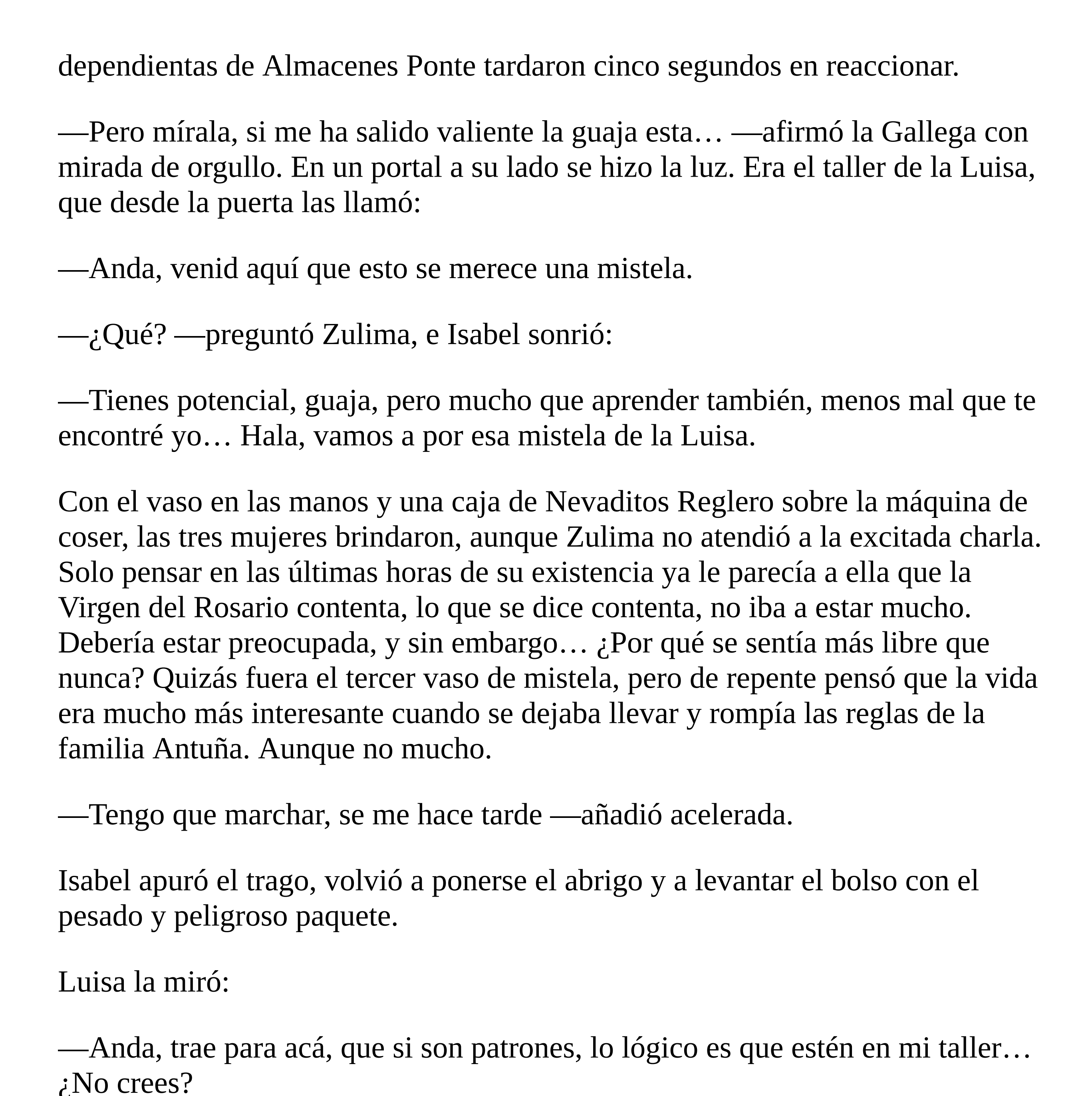
—Sí, señor. Hay que tener cuidado, se puede una encontrar a cualquiera a estas horas en la calle —dijo mirando a todos los guardias, uno a uno.

El policía bufó, miró al frente y gritó una orden incomprensible. A lo lejos, en el callejón de atrás de la Librería Saldeana, una última sombra se escaqueaba en la oscuridad. El capitán Caro frenó su marcha.

—¿Qué lleva en el bolso, señorita? —dijo apuntando a Isabel, que apretaba tanto las asas que tenía los nudillos blancos. Zulima miró por primera vez al policía, metió la mano en el bolso de su compañera, tocó el paquete y puso la voz más cándida que se le ocurría:

—¿Esto? Son patrones para una enagua… ¿quiere verlos?

El hombre dio un manotazo al aire y marchó sin despedirse. Las dos



dependientas de Almacenes Ponte tardaron cinco segundos en reaccionar.

—Pero mírala, si me ha salido valiente la guaja esta… —afirmó la Gallega con mirada de orgullo. En un portal a su lado se hizo la luz. Era el taller de la Luisa, que desde la puerta las llamó:

—Anda, venid aquí que esto se merece una mistela.

—¿Qué? —preguntó Zulima, e Isabel sonrió:

—Tienes potencial, guaja, pero mucho que aprender también, menos mal que te encontré yo… Hala, vamos a por esa mistela de la Luisa.

Con el vaso en las manos y una caja de Nevaditos Reglero sobre la máquina de coser, las tres mujeres brindaron, aunque Zulima no atendió a la excitada charla. Solo pensar en las últimas horas de su existencia ya le parecía a ella que la Virgen del Rosario contenta, lo que se dice contenta, no iba a estar mucho. Debería estar preocupada, y sin embargo… ¿Por qué se sentía más libre que nunca? Quizás fuera el tercer vaso de mistela, pero de repente pensó que la vida era mucho más interesante cuando se dejaba llevar y rompía las reglas de la familia Antuña. Aunque no mucho.

—Tengo que marchar, se me hace tarde —añadió acelerada.

Isabel apuró el trago, volvió a ponerse el abrigo y a levantar el bolso con el pesado y peligroso paquete.

Luisa la miró:

—Anda, trae para acá, que si son patrones, lo lógico es que estén en mi taller… ¿No crees?

La joven titubeó y la costurera se le acercó al bolso.

—A ver si te crees que no sé que el que os mete en estos embolados es mi José María. Lo sé de sobra, que para eso lo parí y me conozco bien al señorito, pero ¡qué quiero!, si llevo toda la vida escondiendo comunistas en el d… —Isabel no la dejó acabar la frase.

—Está bien, doña Luisa… —apuntó con la mirada para Zulima, que a su vez

miraba al suelo—. Vamos a meter a la guaja en el mundo de la clandestinidad, pero poco a poco.

La vieja sonrió.

—Tampoco soy tonta… —replicó la joven al ver las miradas de las dos mujeres puestas sobre ella. Ambas ensancharon sus sonrisas.

Ya en la calle, la chica terminó de abrocharse el abrigo.

Las dos chicas caminaron en paralelo durante un rato. Isabel frenó a Zulima cogiéndola del brazo cuando esta torcía en la calle de la pensión:

—Nena, no permitas que el cerdo del gerente te toque, ¿me oyes?

La joven bajó la cabeza.

—No puedo, me quedo paralizada… —murmuró antes de armarse de valor y subir los ojos hasta encontrarse con la mirada de su compañera—. ¿En el sindicato de esos amigos tuyos nos van a ayudar a que no lo haga?

Isabel sonrió por esa mezcla de valentía e inocencia tan incoherente que demostraba aquella chica de pueblo de la que, hasta ese día, apenas había oído hablar.

—No te voy a mentir, Zulima. No. Mis amigos del sindicato no nos van a ayudar a que el gerente deje de ser un cerdo. A ellos como mucho se lo podremos explicar y alguno intentará entendernos. Pero, fuera de ahí, nadie nos va a ayudar a que no lo haga porque consideran que tampoco es tan malo. Es nuestro jefe y está en su derecho. Creen que somos unas exageradas y que lo que tenemos que hacer es oír, ver y callar. Pero, ¿sabes qué? Lo que sí podemos es tocarle los cojones por otros lados, y ahí sí nos van a ayudar mis amigos del sindicato. ¿Has visto La naranja mecánica?

—No, yo nunca… —empezó a decir Zulima.

—¿Dime que no ibas a decir que nunca fuiste al cine? —la interrumpió.

—Bueno, sí… En el pueblo tenemos el cine de Mari Luz, pero nunca en uno de aquí de la villa… de los grandes.

—Eso tiene fácil arreglo. Una tarde que descansemos, vamos… Aunque bueno, La naranja mecánica no creo que la pongan porque…

—Pero si no tenemos tardes libres… —interrumpió Zulima.

—Eso ya lo veremos, ya lo veremos —sentenció Isabel antes de guiñarle un ojo y gritarle como despido “muchas gracias”.

Antuña entró en la pensión temblando de frío o de pura emoción. No sabría decirlo. La posadera, en la cocina, charlaba amigablemente con alguien que Zulima no llegaba a distinguir.

—Pasa, pasa, niña, que tienes visita… —le dijo la señora cediéndole el paso en la puerta y dejándola a solas con el inesperado visitante. Era Coste, el hijo de la Luisa, que al verla se levantó con unos guantes en la mano que le tendió a la joven.

—Creo que los olvidaste con las prisas… —señaló el chaval. Ella sonrió. Le causaba una extraña sensación el chico de Luisa. No era mala ni buena, era distinta. Como si se conocieran de hace tiempo. El caso era que a Zulima, sin saber por qué, le daba confianza aquel hombre largo y de melena poblada. Se sentó en la silla tras coger los guantes.

—¿Siempre son así las reuniones vuestras?

Él la imitó mientras apuró el vaso de vino que la mujer de la posada le había dejado sobre la mesa. Zulima pensó que aquel parecía un buen momento para seguir bebiendo, después de todo había resultado una tarde de locura, ¡y todo por unos malditos guantes! Los apretó en sus manos. La mistela le había templado el cuerpo y acelerado la cabeza.

Embobada en sus pensamientos casi no escuchó a José María explicarle:

—Está la cosa jodida, Zulima. Van a por nosotros y cualquier día nos joden. Hoy sabían dónde estábamos, pero no tenían ni idea de quién estaba en esa reunión. La detención de…. —bajó la voz— Ya sabes… Hubiera sido un desastre, un desastre.

Al escuchar la palabra “detención” a Zulima le quiso dar un vahído. Eso sí que no había Virgen del Rosario que se lo perdonara. O bueno, sí, en eso tenía sus

dudas que ya iría aclarando. Volvió a la realidad, buscó en la encimera un vaso limpio y se echó dos dedos que se bebió de un trago ante la expectante actitud de Coste, que a bocajarro le dijo:

—En los Almacenes Ponte, ahora con la ampliación de personal, tendrán que elegir otro delegado sindical para las asambleas, deberías presentarte. Tienes madera y pareces… —se lo pensó un poco— … honrada.

Zulima, que bebía en ese momento el último trago, pegó un brinco.

—¡Muy honrada! Eso ni lo dudes. ¿Tienes algún problema con eso?

El chaval rio con ganas.

—Y encima eres valiente. Tu familia tiene que estar muy orgullosa de ti —apuntó antes de marcharse.

¡Madre mía, la familia!, pensó Zulima. Si alguno de ellos se llegaba a enterar mínimamente de las compañías que, al menos esa tarde, había frecuentado, la habrían enviado a París (“miscojones”) lo más cerca.

Ni siquiera sería la primera de la familia en desaparecer. Así había ocurrido años atrás con el tío Ovidio, al que un día había venido la Guardia Civil a buscar. Nunca lo encontraron, ni ellos ni nadie. Fue antes de que naciera Zulima, y aunque la niña supo siempre de la existencia de un “tío” de nombre Ovidio —que de repente había desaparecido de la faz de la tierra— no fue hasta los ocho años, cierta tarde en catecismo, cuando Merceditas, su vecina, le contó la verdad, o lo que se rumoreaba en el pueblo, sobre “la desaparición del mayor de los Antuña”.

—Mi madre me ha dicho que en tu casa erais rojos…

Al día siguiente le preguntó a la abuela a la puerta de la iglesia por Ovidio y por eso de ser rojos. Y ya sabéis en qué acabó la cosa, con los dedos de la vieja clavados en su brazo y en su corazón para siempre.

Zulima había escuchado en silencio a Merceditas, tan en silencio como nunca antes había estado en la vida. Su vecina le contó cómo Ovidio, el primer hijo de sus abuelos y metido ya en los cuarenta, había sido enlace del Partido Comunista durante mucho tiempo, ni se sabía cuánto, desde después de la guerra hasta que...

se esfumó.

Sin que su familia lo supiera, escondía comunistas en una cabaña que tenían en el monte, en una majada a la que por la zona todos conocían como “Somontana”, y que pillaba cerca de la ruta que llevaba a Tarna, y después de allí… ¡A donde fuera! ¡Al mundo!

Cierto día, la Benemérita, de ronda por los montes en busca de maquis, se había encontrado a uno de los rojos en la choza y allí mismo lo torturaron hasta que acabó cantando el nombre de Ovidio. Para ese momento, Antuña, que había visto desde lejos a los guardas irrumpir en su propiedad de la Braña, ya se había esfumado como un fantasma. Siempre había sabido que ese día podía llegar y estaba preparado. Los susurros en el pueblo decían que se había marchado camino de Francia, o que se había muerto y los carroñeros hicieron el resto. También se mantuvo, durante mucho tiempo, la teoría de que Ovidio se había convertido en un fantasma que, de cuando en vez, se le aparecía a alguien del pueblo de borrachera en Sama en algún bar de mala muerte o junto a la Virgen María, en la cabaña de los Antuña de Somontana. En cualquier caso, la marcha del heredero había provocado tantas habladurías en Montecorvo que los abuelos optaron por encerrarse en casa y no volver a mencionar su existencia ni ninguna palabra que recordara lo más mínimo a ello.

Zulima puso los ojos en blanco. Su familia no iba a estar nada contenta de las nuevas compañías que ella se había echado en la villa. Estaba claro.

Dos días después miró con cara de susto hacia el cristal en el que se reflejaba la cara de Isabel

—¿Yo delegada sindical? ¡Ni en sueños! Yo no soy nada de eso —dijo.

—Tú eres todo eso. Claro que lo eres. Eres perfecta. Valiente, decidida y discreta —respondió la mujer, que añadió sonriendo—: Algunas cualidades, como la de perfecta, las tengo yo también, pero otras no. Por ejemplo, de discreta no puedo presumir y, bueno, es que además tienes pinta de ser una chica honrada.

—¡Y dale con lo de honrada! ¿Por qué os ha dado a todos por decir que tengo cara de honrada? Pero si además no sé nada de eso. No me interesa. Yo solo quiero vivir tranquila, cobrar el dinero y…

—Cobrar dinero, esa va a ser una de tus labores en el sindicato. De ahí que nos

venga muy bien que seas una niña honrada de Montecorvo.

—¿Dinero de qué? ¡Ay, no!

—Pues ¿cómo de qué? —bajó la voz y atrajo a la chica hacia ella—. Pues de las afiliadas, de qué va a ser, yo ya tengo 200 mujeres que me pagan una cuota y con la que las Comisiones imprimen pasquines y pagan a los abogados de los detenidos.

—¿Detenidos? —Zulima no lo dijo, pero pensó “¡Fute, fute!”.

Isabel se giró despacio.

—Contigo hay que ir poco a poco. Eso ya lo veo yo. Lo primero que voy a hacer será hablar con la familia Ponte para posicionarte como enlace sindical, al fin y al cabo ellos van a ser los que elijan a la persona; le diré a la señora Obdulia que eres buena chica y muy obediente y trabajadora. Lo segundo, enseñarte a llevar las cuentas del sindicato, aunque ya te vi hacer cuentas en la caja y veo que eres rápida. Lo tercero que vamos a hacer es cortarle las manos al cerdo del gerente; lo cuarto, que nos den las tardes libres para que puedas ir al cine, y lo quinto, más sueldo para poder pagar las entradas, ¿te parece bien?

Zulima resopló. No podía negarlo. Sí, le parecía bien todo. Claro que le parecía bien. Porque era justo.

¿No tendría que ser la “justicia” lo que moviera el mundo? Eso decía el párroco de Montecorvo: “Los justos brillarán en el reino de los cielos”.

Más sueldo, que el que tenían era absurdo, más tranquilidad, más horas libres para poder ver a Gary Cooper en pantalla grande y sobre todo a aquel miserable del gerente con las manos quietas. Era totalmente justo y no hacía daño a nadie (esperaba que lo de cortarle las manos al “cerdo” fuera un decir). Cogió aire. Algo se movía dentro de su estómago que no sabía explicar bien.

—¡Está bien!, ¿nos ayudarán tus amigos? —casi podríamos decir que Zulima se asustó al escucharse hablar a sí misma.

—Sí, claro que nos ayudarán. Y no son mis amigos. Son los camaradas. Puedes decirlo sin temor a que se te caiga la lengua o venga el diablo a buscarte. No vendrá el demonio a buscarte ahora, créeme, como poco esperará a que

acabemos de trabajar para que no perdamos la jornada…

La joven Antuña rio con ganas.

Y así, con una sonrisa en la boca, comenzó su periplo de tienda en tienda por toda la comarca para conocer a las dependientas que estaban afiliadas a las Comisiones. Con discreción, con mucho tiento. Ella cobraba y guardaba el dinero organizado en sobres que escondía con esmero entre su ropa interior y una libreta en la que apuntaba cada detalle. Después se lo entregaba a José María, que llevaba, a la vez, su propio cuaderno de cuentas. Siempre lo hacían en la habitación de la posada, a solas. La dueña del local era muy amiga, casi pariente, de la Luisa. No había peligro.

El chico repasó los billetes del cobro de la última cuota y le tendió uno a Zulima.

—Toma, para que te pagues el autobús cuando vayas a ver a vuestras afiliadas —le dijo.

—No, no, no… —contestó ella nerviosa. Ya le molestaba suficiente el hecho de andar con dinero de otros y con tanto a la vez como para encima quedarse con ello.

José María se lo metió entre las manos.

—Compañera, debes coger este dinero. El trabajo que estás haciendo por el sindicato es fundamental y tu sueldo no da para tanto. No es justo que gastes un dinero que no tienes en moverte de acá para allá. Como veo que te gustan mucho las cuentas, vamos a hacer una cosa: apunta cada uno de los viajes que hagas y no recibirás ni una peseta de más de los gastos. ¡Es lo más justo!

Otra vez la justicia, pensó Zulima, y afirmó.

A partir de ahí comenzó a guardar los billetes de todos los trayectos que hacía cuando iba a cobrar las cuotas. Línea de autobús arriba, línea de autobús abajo. Sin parar, hasta que un día decidió que necesitaba un coche.

Zulima fue de las primeras mujeres en Sama en matricularse para sacarse el carné. Su historia salió en los periódicos. El abuelo Antuña, sin que nadie lo viera, recortó la hoja y la metió en un libro de su extensa biblioteca. Solo él sabía cuál.

La aparición en prensa fue un día de San Juan. Así que la súbita fama pilló a Zulima intentando convencer a Isabel de que no quería ir a Mieres a la fiesta.

—¡Que sí! Que vamos con José María y llevas tú el coche.

—Pero si yo no tengo coche. ¿Y además San Juan no fue anoche?

—El coche nos lo deja mi hermano. Y en Mieres celebran San Juan hoy todo el día, los camaradas han organizado una comida y tenemos que ir…

La joven Antuña no discutió más. La experiencia le había enseñado que la cabeza de Isabel era tan dura e implacable que intentar convencerla era toda una odisea y casi nunca surtía efecto. A estas alturas ya lo sabía el gerente de los Almacenes Ponte, despedido en persona por la muy cristiana y buena señora Obdulia Ponte en cuanto descubrió las tropelías a las que sometía a sus muchachas, y también lo sabían el resto de enlaces sindicales de las asambleas de cuadros del Comercio y Textil. Muchos, que más que representar el sentir de sus compañeros, servían de voz de su amo, tuvieron que admitir de uno en uno los puntos que defendió Isabel en las intermitentes reuniones. Acataban y admiraban por igual a la Gallega. Al fin y al cabo, ella y “sus mujeres” sumaban, según los rumores, más de 500 afiliadas en todo el valle para las Comisiones. Y era cierto que la mayoría de ellas no hacía mucho más que pagar una cuota, pero a la hora de la verdad, si Isabel les decía “so”, se paraban todas. Si decía “arre”, se ponían al galope. Era una fuerza escondida. Como la vez que las mandó trabajar a destajo para hacer mucho más de lo que les correspondía y colapsar las tiendas. “Huelga a la japonesa”, le habían dicho los camaradas del sindicato. “Stajanovismo”, había añadido el repipi de José María. Pero no había triunfado. La verdad. Se ve que eso de trabajar de más colapsaba los talleres y las minas, pero en los almacenes y tiendas solo servía, exactamente, para eso, para trabajar más…

Isabel tenía un poder de convicción casi infinito. Eso pensaba Zulima mientras hacía cima en la carretera de Santo Emiliano, camino de Mieres. Sus dos acompañantes no hablaban mucho. Fue el chico el que interrumpió el silencio.

—Estoy preocupado… No sé si pasaría algo en Madrid.

—¿En Madrid? —preguntó Isabel mirando hacia el asiento de atrás donde estaba José María.

—Sí… Marchó para allá Juanín hace unos días y no sabemos nada de él. Se reunía la dirección de las Comisiones. A ver si los camaradas de Mieres saben algo… —añadió mirando por la ventana.

No tardaron en averiguarlo. Apenas se bajaron del coche se encontraron a un hombre que, al verlos de lejos, se acercó corriendo.

—¡Coste!

—¡Quilino! —gritó José María contento. Una alegría que contrastaba con la dureza de los ojos del señor.

—¿No te has enterado? ¡Los han detenido! ¡A todos!

—¿A todos? ¿A quién? ¿En Madrid?

—Sí, a todos, a Marcelino, a Nicolás, a Soto, a Zamora, a Juanín… al nuestru Juanín también. ¡A todos!

José María se tapó la cara con las manos. Muñiz Zapico detenido. No podía creerlo.

—¡Me tengo que ir! Tengo que volver a casa y recoger cosas. Como vaya la Guardia Civil a casa y se encuentre a la Luisa, ella no puede… no puede —se puso muy nervioso.

Isabel lo cogió por los hombros.

—¡Coste! Tu madre está bien. Nadie le va a hacer nada. Sabe de sobra lo que hay que hacer. ¿O quieres que te recuerde quién es tu madre? Así que estate tranquilo. Nos volvemos a Sama.

Después miró para Zulima, que volvió a arrancar el coche. En la radio, durante todo el trayecto de vuelta, sonó la misa retransmitida en directo desde la iglesia de San Juan El Real. De vez en cuando se colaba algún “joder” que salía de la boca del hijo de la modista. Aparcaron frente a la casa. Todo parecía tranquilo. Lo estaba.

La Luisa cosía junto con cuatro de sus aprendices de los sábados con la única luz que entraba por el gran ventanal.

—¡Mi vida! —gritó la mujer al escuchar a su hijo. Al verle subir las escaleras de dos en dos salió con disimulo de la estancia para encontrarse a las dos chicas en la puerta.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó en voz baja.

—Los han detenido. Han detenido a toda la dirección de las Comisiones. En Madrid.

La señora se tapó la boca con la mano. Ya hacía tiempo que era conocedora de los pormenores del "trabajo" de su primogénito. Y no le sorprendía, al fin y al cabo, era lo que ella le había enseñado cuando, durante años, escondía a comunistas en su desván y dejaba al niño jugar con ellos. Al fin y al cabo, hasta el propio padre de José María, el único hombre del que la Luisa se había enamorado, era uno de ellos.

Igual no fue el más guapo ni el más joven, que cuando apareció por Sama buscando ayuda ya no era ningún niño, pero sí el que a ella le había dado lo mejor de su vida: la sensación de estar viva después de unos meses viuda, que llegaron después de unos años de repudio de su marido porque no le había podido dar hijos. Cuando, doce meses después de morir su esposo, la Luisa parió un varón, nadie hizo cuentas del exceso de gestación. O sí, pero nadie lo dijo.

La mujer miró para el techo y dijo con firmeza:

—José María se tiene que ir ahora mismo de aquí a un lugar seguro. Van a venir a por él.

Sin pensárselo dos veces, Zulima dijo:

—Yo sé dónde. Mi familia tiene una cabaña en una braña en el monte; suben los pastores, pero son todos amigos míos y no pasará nada.

Luisa la miró como viéndola por primera vez.

—¿Y esa cabaña dónde está?

—A tres kilómetros de Montecorvo, en la Mayá Somontana… Solo se llega andando. O a caballo. Es un sitio muy remoto…

Luisa se apoyó en la barandilla de las escaleras para evitar caerse del mareo que le dio al escuchar nombrar el sitio donde ella y Ovidio se escaparon dos noches antes de que él se fuera definitivamente para Francia, donde engendraron a José María.

Y después sonrió.

Ovidio Antuña no había conseguido huir. Se murió de unas fiebres en Bilbao. O eso creía ella desde que escuchó en la Pirenaica que “un incendio devastador había acabado con todo rastro de vida humana en la Somontana”.

Ese, Somontana, era su nombre en clave.

La Somontana es un relato de ficción basado en hechos reales que pone en valor la acción sindical y política que desarrollaron anónimamente cientos de mujeres durante el franquismo, en un entorno muy masculinizado como eran las cuencas mineras de Asturias. Un fiel reflejo de cómo la lucha política y social impregnaba toda la vida de esas comarcas, incluso en sectores como el comercio y el textil.

Paso de fronteras

Remembranzas de anteayer

José Manuel Fernández

Todo recuerdo es el presente; todo lo que se ha vivido existe ahora.

Novalis

Corría que se mataba el año 1969 y en Lieja hacía un frío que pelaba. Las aguas del Mosa se habían congelado y las gabarras yacían amarradas a los muelles, convertidos en improvisados cementerios de elefantes. Los jóvenes patinaban sobre el hielo del ancho río, dibujando con sus arabescos una estampa invernal de Brueghel resucitado.

Antonio Chacón Montilla era el delegado de las Comisiones Obreras de Solidaridad en Bélgica. Sevillano de Pruna había sido jornalero en un cortijo, como su padre y sus abuelos. Hambriento de pan blanco, en 1951 emigró a Asturias con lo puesto y trabajó de campanero en la cimentación de la planta avilesina de Ensidesa. Día tras día, lo bajaban en una campana neumática para horadar la tierra pantanosa y retirar el fango antes de su drenaje y cimentación. Decenas de campaneros murieron por implosión de la cámara de descompresión, roturas de tímpano, embolias y derrames. Luego dio el salto a Lieja y, tras cumplir los cinco años obligatorios de minero de fondo, obtuvo el permiso de trabajo en superficie. Desde entonces, era un obrero más en la fábrica de laminados de zinc en Prayon. Los cirujanos le habían cortado el pabellón de una oreja, podrida por los vapores metálicos. Con el sombrero con el que siempre cubría su cabeza creía disimular su defecto, pero pronto empezaron a llamarle Van Gogh.

Listo como un lince y ágil como un gato montés, sus ojillos traspasaban a quien

se le acercara, calibrando con la mirada su valía. Era un espíritu curioso, un alma libre, y todo despertaba su interés.

A mediados de diciembre, me buscó en el Club García Lorca y me pidió que durmiera esa noche en su casa, sin decirme por qué. Pedí tres días de baja en la universidad y al anochecer me presenté en Trooz, donde vivía con su familia.

—Levántate, Estudiante. Es la hora. —Me despertó a las cinco de la madrugada.

Aún brillaban los últimos luceros. Tiritaba la ventana temblona y se desperezaban crujientes los muebles del dormitorio. Me afeité y en la diminuta cocina desayunamos un tazón de café con un bocadillo de jamón. Narcisa, su esposa, bajó de su habitación vestida con bata y nos preparó dos grandes termos de café hirviente cargado de coñac.

—Llevad estos carajillos, los necesitaréis.

Me entregó una zamarra forrada de lana, una gorra, calcetines gruesos y unas botas pertenecientes a su hijo mayor. Protesté porque me asaba con tanta ropa y el frío no era para tanto. Mis dos anfitriones se miraron y sonrieron con una complicidad que no alcancé a descifrar.

Subimos a la furgoneta Volkswagen de Chacón y paramos frente a la casa de su hermano Francisco. De ella salieron dos desconocidos, cargados con sendos macutos de piel a la espalda, abrigados con pellizas y guantes y calzados con botas altas. Cargamos el equipaje en el maletero y lo cubrimos con una manta. Una vez dentro del vehículo, rodando hacia Lieja por el valle del Mosa, mi amigo me desveló el objetivo del viaje:

—Ambrosio y Rafael vienen de Salamanca y vamos a llevarlos a Alemania, donde pronto encontrarán trabajo. Aquí ya es imposible por el cierre de las minas y el declive del metal. Ayer hablé por teléfono con nuestra organización en Aquisgrán y nos esperan hoy en un punto de la frontera.

Los dos fugitivos, con barba de tres días y oliendo a tigre, se apretaban nerviosos uno contra el otro en el asiento trasero, escudriñando el despertar de las fábricas, sus chimeneas humeantes o llameantes y la interminable fila de coches cargados de obreros, cuyos focos encendidos se asemejaban a una gigantesca luciérnaga que reptaba en sentido contrario al nuestro. Los salmantinos no paraban de mirarnos y bebían nuestras palabras, como si viniéramos de otro planeta.

Parecían niños desvalidos, desconcertados y desorientados, aunque eran hombres hechos y derechos.

—Ya no hay marcha atrás; no nos queda un duro para volver a España —se resignó Ambrosio, encomendándose a la buena suerte.

Rodeamos Lieja y atravesamos las Ardenas por Welkenraedt, antes de arribar a los cantones de habla alemana. Pasada su capital, Eupen, llegamos a una zona cercana a la frontera. Para evitar la vigilancia de las policías, decidimos aparcar en Raeren. Respiramos el aire frío a bocanadas y, cargando los macutos que pesaban más vacíos que llenos de ilusión, trepamos hacia las tierras pantanosas de las Hautes-Fagnes y nos adentramos en el bosque, cubierto de un espeso manto de nieve.

Habíamos penetrado en el reino de las brujas, de las leyendas rebosantes de gnomos, pactos con el diablo, posadas rojas y fuegos fatuos. Los escasos moradores de aquellos andurriales heredaban de padres a hijos muchos cuentos medievales, quizás para espantar a los extraños. Uno de ellos aterrorizaba a los niños:

Una noche, nueve lobos salieron del bosque y se cebaron a dentelladas con el conde del lugar. A ocho les rompió las patas con su bastón; al último lo apuñaló, lo cargó a la espalda y regresó al pueblo. Creía que lo recibirían como triunfador, pero vio como todos huían de él, arrancando gritos de horror. ¡Ya no tenía cara! Y un ojo le colgaba por la mordedura de las bestias. Cuando se vio en un espejo, se ahorcó.

Silenciosos sobre la nieve y la hojarasca mojada que amortiguaban nuestros pasos, iniciamos la ascensión, entre arbustos sacudidos por el viento y tronchados por el peso de la cellisca. Más de una vez tropezamos en la oscuridad de la alta noche. Una luna mortecina pintaba nuestros rostros con su cara de muerte.

—Todavía no amanece. Hasta los matorrales me parecen arañas descomunales —decía Rafael.

—El día para los del día y la noche para los de la noche. Somos como los animales, que no respetan fronteras —sentenciaba Chacón.

Pronto amaneció y los trinos de los pájaros saludaban nuestro andar. El sol parecía el reflejo de un mundo onírico y lejano, un rubí como el ojo nublado de un gato. Sorprendía ver las campánulas anémicas de los narcisos de las nieves y las estrellas rosas y perfumadas del matacabras, la flor que mata y encandila por su belleza. Emergiendo de aquella túnica de nieve, la esperanza seguía viva en el tallo de las flores y en el corazón de los hombres.

Más arriba, los esmaltes de la arboleda cuajada de pinos oxidados, las hojas de los robles coloreados de esmeralda y las más plateadas de los abedules, contrariaban con su alegría la tristeza del cielo lívido y plomizo. Saltando de piedra en piedra, cruzamos un arroyo caudaloso, en cuyas aguas sangraba el sol rojo del amanecer.

A media mañana, divisamos una cabaña de agentes forestales. Estaba vacía. Estalactitas de plata colgaban de la techumbre, espolvoreada de azúcar cristalizado. Habíamos llegado a la raya de la frontera verde.

—Aquí es —avisó Chacón—. Ya estamos en Alemania.

Un hombre de baja estatura, vestido con un anorak blanco, emergió de la parte trasera de la cabaña y vino a nuestro encuentro. Abrazó a nuestro guía, como si se conocieran de toda la vida.

—Hoy es un buen día —dijo Olegario—. Con esta nieve, la Guardia Fronteriza no habrá salido de caza. ¿Estos son los Gastarbeiter?

—Estos son, Ambrosio y Rafael.

—Ya les tenemos preparada su casa y un trabajo en la Ford de Colonia. Mañana firman el contrato. Empezarán como peones para distribuir piezas en los talleres de montaje y ganarán mil marcos al mes.

Entre los cuatro vaciamos los termos y engullimos los bocadillos.

Le encantaba contar historias:

—El año pasado nos llegó un malagueño que nunca había trabajado fuera del

campo. Un compañero de la Opel de Rüsselsheim le dijo que fuera a pedir trabajo en la empresa y que si le preguntaban por su profesión se hiciera pasar por fresador. Así fue y empezó a trabajar en una máquina al lado de nuestro camarada. Solo tenía que taladrar un agujero en una cruz trazada con tiza en medio de una placa de metal.

»A los pocos días, los ingenieros bajaron al taller porque la cadena de montaje no encajaba y tenían que encontrar el fallo. Cuando llegó a la fresadora del malagueño, el recién llegado se desmoronó y confesó su culpabilidad. Resulta que borraba la cruz de tiza, perforaba el agujero más o menos en el centro de la placa y después trazaba sobre él una nueva cruz con una tiza que escondía en el bolsillo. Pero no le echaron. Admirados por su creatividad, los ingenieros soltaron una carcajada y le facilitaron un curso de formación que supo aprovechar.

Todos nos reímos, pero de pronto empezó a nevar. Los dos fugitivos nos abrazaron, cargaron sus bultos y se alejaron cuesta abajo hasta perderse entre los árboles con Olegario. Dimos media vuelta y regresamos a la furgoneta. Emprendimos el retorno a Lieja y caí en un sueño profundo.

***

Blanca era su tez, tibia su piel. Tan solo unas horas antes, Dionisio Villar era un joven de apenas veintisiete años, esbelto y lleno de vida, de complexión delgada, alegres ojos, pómulos regulares, frente amplia, nariz chica y labios carnosos. Ahora su cuerpo yacía sobre la cama, vestido con su único traje, el mismo que lucía los domingos en el baile de La Marina. Los botones de la chaqueta estaban cuidadosamente abrochados, pero se adivinaba su torso dislocado por múltiples fracturas.

La habitación desprendía un olor dulzón, atemperado por el aroma de las tacitas de café que sus hermanas y su novia nos servían de vez en cuando sin desfallecer, durante tres días y sus noches.

Las más de las veces reinaba el silencio o las voces apagadas y amortiguadas por el chasqueo de la lluvia que golpeaba la ventana. Tras los cristales, empañados

de vaho, aún colgaban del tejado unos hilos de agua helados, como cuerdas de arpa.

Sus compañeros se turnaban a su lado. Aunque le habían lavado la cara con una esponja, en su frente hundida aún se observaban rastros de sangre y trozos de huesos y de masa encefálica. Las primeras manchas violáceas y cierta rigidez del rostro afeaban su fugitiva lozanía. El párpado izquierdo se negaba a cerrarse, como si el ojo velado por el polvillo de carbón quisiera ver lo que sucedía en rededor, en el mundo de los vivos. Todas las pasiones y las penas que habían agitado su corazón le habían abandonado.

—Cuando un minero enciende su lámpara, la muerte le llega a casa antes de que se apague —dijo Leopoldo, su amigo del alma.

Más atrás, al fondo del dormitorio, se habían agrupado sus seis hermanos y hermanas. Los siete eran extremeños y los varones habían sido peones en la mina de Barredos, a orillas del río Nalón. La represión que se abatió en la “Huelgona” de 1962 los arrojó a Lieja, donde fueron contratados en la Petite Bacnure, un pozo en el que ya trabajaban decenas de mineros españoles. Dionisio era un excelente picador a destajo, que avanzaba siete metros diarios en una estrecha rampa a quinientos metros de profundidad. De vez en cuando, paraba para apartar los trozos de carbón y cada paletada medía el espacio y el tiempo que le quedaba por vivir.

Aquella mañana había avanzado dos metros y bajó a comer un tentempié en la galería. Mirando hacia la entrada, reconoció cómo se acercaba el capataz por el fulgor de su lámpara minera y trepó de nuevo por la rampa con el hacha al cinto y la luz del casco encendida. Arrastrándose por el angosto pasadizo de apenas medio metro de altura, volvió a la talla, empuñó el martillo neumático y apretó el gatillo. El aire no estaba bien calibrado y el martillo saltó hacia el techo. El impacto provocó su derrumbe, la losa se abalanzó sobre él y lo aplastó. Instantes después, una docena de hombres liberaron su cuerpo aprisionado en las rocas y salieron del pozo como espectros negros.

A los tres días se celebró el entierro. Tres mineros, entre ellos Leopoldo, su amigo del alma, y otros tantos compañeros de su célula Las Trece Rosas portaban a hombros el ataúd. Encabezaban el cortejo los seis hermanos, cogidos de la mano, seguidos de cientos de españoles. De trecho en trecho, las mujeres prorrumpían en un mismo grito:

—¡Ay! ¡Aaaay! Nisio, Nisín… ¿Por qué te vas?

A los hombres se les helaba la sangre y el vello se erizaba entre flores y llantos, abrazos y silencios en el ascenso al cementerio de Herstal, a lo largo de un trayecto interminable, caminando por una carretera perdida.

En el camposanto, sin cura ni sermón, alguien entonó La Internacional, coreada por los asistentes. Por fin Dionisio volvía a las entrañas de la tierra que había vulnerado. A falta de cremación, su cuerpo fue enterrado en una sencilla tumba anónima. Al cabo de cinco años, sus restos serían arrojados a una fosa común. Fue en el invierno de 1963.

***

Lieja duerme tranquila, custodiada por siete colinas. No son las de Roma ni se alzan a orillas del Tíber, ni siquiera del Mosa. Son las altas escombreras de sus siete pozos, siete pirámides perfilando el horizonte; memoria de la tierra y de sus bosques antiguos. Siete pozos, siete españoles muertos. Desde lo alto de sus castilletes decrépitos ya se atisbaba la decadencia del valle.

También en el 63, recibimos a Montes en la Ciudad Ardiente. Era su nombre de guerra. El de pila era Jesús Redondo Abuín, un destacado sindicalista gallego. Perseguido por la policía, cumplió doce años de prisión en distintos penales del país. En Canarias, había sido detenido en una playa junto con otros camaradas, entre los cuales se encontraba el pintor Pepe Ortega, también encarcelado y exiliado a Francia. Al salir de España, Montes fue enviado a un curso de formación en Moscú. A su regreso trabajó en Francia y finalmente lo destinaron a Lieja, donde se encuadró en un círculo de la Juventud.

Tenía veintiocho años. Curtido en mil luchas, decidido y peleón, era más rojo que una llama incandescente. Un fuego extraño lo habitaba y el pulso le ardía en un fragor de rebeldía.

Enseguida entró en la mina y armó la de Dios. Cuando estalló una huelga en el pozo Hasard, se unió a los compatriotas que la encabezaban y subieron en tropel al despacho del director. Uno de ellos, el mierense Mino Fernández, clavó el

hacha en la mesa de caoba mientras otro huelguista que chapurreaba el francés leyó sus demandas al grupo de gerentes reunidos en la estancia.

—Con esta gente, poca broma —advirtió el director.

Pero no se atrevió a denunciar los hechos a la Policía y accedió a parte de las reivindicaciones.

Tras su apariencia bravía, Montes escondía un espíritu solidario: enseñaba a leer y a escribir a otros mineros.

Un buen día, desapareció por donde había venido. Se esfumó como el gran Houdini, dejando su huella en cada uno de nosotros. Nos dijeron que había vuelto a España para reforzar la acción sindical.

Los de Lieja íbamos con frecuencia al Club García Lorca de Bruselas. Un camarada llamó enseguida nuestra atención. Siempre trabajando detrás de la barra, ayudando a su compañera Ana en la cocina o sentado en un corro con la juventud, disertando como un sabio, tenía madera de líder. Se llamaba Casimiro Bayón, más conocido como “el de La Camocha”. Algunos le admiraban por su destreza en escanciar la sidra como buen langreano, sin saber que era un héroe de leyenda. En la huelga de La Camocha de 1957 junto a Galache, Tenreiro y El Quicu, paró la mina gijonesa y organizó la primera comisión obrera de España, venciendo al miedo y haciendo frente a la dictadura. Llegó a Bélgica en 1964, después de su exilio en Francia huyendo de la cárcel donde su padre había sido condenado a muerte. Recordaba con modestia su trabajo de picador y otros asturianos le recitaban:

La mina La Camocha dicen que va baxu el mar

que por eso los mineros oyen les oles bramar.

Montes y Bayón eran hombres verticales, con el rostro negro y el corazón rojo, duros como el acero.

***

En diciembre del 71 llegó en tren a Lieja un personaje singular. El compañero Muñoz le acogió en su casa y nos lo presentó al día siguiente. Era un hombre diminuto, de mirada alegre y risueña, con gran sentido del humor. Medía apenas un metro veinte y no hacía mucho que había salido del penal de Burgos por su incansable labor en el movimiento obrero catalán. Se llamaba Ángel Rozas. Perseguido por la policía, partió al exilio y se refugió en París, donde se puso al servicio de la Delegación Exterior de las Comisiones Obreras (DECO).

De Francia traía una caja de tarjetas de Adhesión y Solidaridad del Emigrante Español con CCOO para su reparto entre los trabajadores de nuestra ciudad. El acto fue muy concurrido y hubo que subir al orador encima de un cajón para que su cabeza emergiera por encima del atril.

—Solo en eso me parezco a Franco —decía, riéndose de sí mismo.

La curiosidad que suscitaba su estatura se trocó en entusiasmo al escucharle hablar de la lucha contra la dictadura en España. Aquel geniecillo hizo vibrar las fibras de unos hombres fuertes, forjados en las fraguas de carbón y acero. Las lágrimas asomaron en los ojos de los más valientes. El reparto de carnés fue todo un éxito en un terreno abonado. Eran cartulinas rojas donde un círculo con la letra “C” movía once aspas, como el eje mueve los radios de una rueda.

Más tarde, Rozas nos informó en petit comité del nombramiento de Antonio Chacón, nuestro compañero, como delegado para Bélgica. Le invitó a conocer la sede de la DECO y aceptó que le acompañara por si mi conocimiento del francés pudiera ser de utilidad.

Unas semanas después, subimos a la furgoneta y nos plantamos en París. Rodeando la capital, nos presentamos en la dirección que Ángel Rozas nos había proporcionado, en una calle tranquila. Era un edificio de dos plantas, anejo al Ayuntamiento de Montreuil, con la fachada recién pintada de amarillo miel.

Pulsé el timbre y salió un gigante de gesto adusto, con cara de pocos amigos. Le preguntamos por Rozas, dio una voz y apareció nuestro pequeño amigo. Se alzó de puntillas y nos inclinamos para abrazarle. Entramos los cuatro en una pequeña cocina, donde nos ofrecieron una taza de café. El gigante se llamaba

Carlos Elvira y era el director de la Delegación. Pasaba el tiempo a caballo entre París y Ginebra, donde oficiaba de embajador de las Comisiones clandestinas ante los sindicatos libres del mundo. Siempre de pie, acentuando su natural superioridad, nos contó algunos sucesos de su azarosa vida.

Al término de la guerra había sido internado en los destacamentos penales de Valdemanco y Bustarviejo, en la Sierra de Guadarrama, donde los presos perforaban túneles, dinamitando y barrenando a maza en roca viva, paleando el balasto y tendiendo las vías del ferrocarril Madrid-Burgos. De aquel campo de trabajo forzado se fugó con cuarenta compañeros y se incorporó a la lucha. Pronto volvió a caer y recorrió un calvario de presidios. En la cárcel de Porlier, condenado a muerte, conoció al poeta Marcos Ana, y de prisión en prisión pasó veintidós años de su vida tras los barrotes.

Mientras desgranaba su vida, Ángel Rozas le escuchaba embelesado y sin pestañear. La extraña pareja se me antojaba como una estampa del Caballero de la Triste Figura y de su fiel escudero. Nos enseñaron un cuartucho donde guardaban una imprentilla de ciclostil con manivela, cilindros de tinta y boletines rudimentarios, en los que recopilaban informaciones de las innumerables empresas españolas en huelga. Comprobé que varios de ellos estaban traducidos al francés y al inglés para su difusión en los organismos internacionales.

De un despacho rebosante de papeles salió un hombre pequeño, más ancho que alto, vestido con un jersey de lana y un pantalón arrugado, con las perneras plegadas como un fuelle. Su cálida mirada traspasaba los cristales de sus gafas de culo de vaso, que atenuaban su miopía. Su inabarcable musculatura y su cuerpo hercúleo eran el recuerdo de su juventud madrileña como aficionado a la halterofilia. Se llamaba Leónides Montero y, si no fuera por su físico, podría haber sido el famoso espartano, por tantos combates como había librado en la emigración. Había iniciado su periplo metalúrgico en Alemania, donde su activismo sindical en el IG Metall puso de relieve su inagotable capacidad organizativa.

Pronto se interesó en él la Oficina Federal de Protección de la Constitución. En una manifestación antifranquista la policía intentó detenerlo. Nevaba y Leónides iba en jersey, como siempre, pues nadie le conoció chaqueta ni abrigo alguno. Le bastaba el espeso vello que cubría sus brazos y su extenso pecho. Era tan famoso que un jefe antidisturbios empezó a gritar:

—¡Aquel, aquel! ¡A por el Buda!

Pero los manifestantes escondieron a su líder tras un escudo humano y una boca del metro se lo tragó como a Jonás la ballena. Poco después apareció en Ginebra y de inmediato enhebró la prodigiosa aguja con la que tejía la urdimbre y la organización de los luchadores. Así nació la Asociación de Trabajadores Españoles Emigrantes en Suiza, que agrupaba a cientos de asociados, decenas de secciones y centros culturales en toda la Confederación Helvética, asesorada en Ginebra por un núcleo de intelectuales como Jaime Echanove y Miguel Candel.

Metódico, estudioso y viajero incansable, había venido a París con el propósito de cooperar con las Comisiones Obreras del interior.

Si alguien le preguntaba de dónde era, contestaba orgulloso:

—Soy zamorano de Villafáfila. —Aunque allí solo había pasado los nueve primeros años de su vida.

Carlos Elvira nos comentó las duras condiciones de trabajo de los temporeros en el norte de Francia. Nos ofrecimos a conectar con ellos de vuelta a Lieja y Rozas nos proporcionó un contacto, un tal Guzmán, y la dirección de una finca cercana a Valenciennes. Cargamos en la furgoneta dos paquetes de propaganda sobrante, almacenada en la Delegación. Compramos unas vituallas y nos recogimos en el piso donde se alojaba Rozas. Era la balsa de la Medusa donde se refugiaban los sindicalistas que llegaban de vez en cuando de España huyendo de la Brigada Político-Social.

A las siete de la mañana del día siguiente, salimos de Montreuil por Saint-Denis, camino de Valenciennes.

****

Con la ayuda del mapa, llegamos a la finca a mediodía. Era un terreno inmenso, en el municipio de Marchiennes, un mar verde cuajado de remolachas. Cerca y lejos se esparcían los jornaleros, orbitando en torno a tres camiones. Armados de hoces o cuchillos, doblados sobre la tierra, arrancaban las remolachas por el

cuello, cortaban las ramas, decapitaban sus hojas en un rápido y certero corte y arrojaban los tubérculos violáceos y carnosos a un remolque que, una vez lleno, partía hacia la azucarera más cercana.

Entramos en la nave donde malvivían. Uno de ellos, llamado Fulgencio, preparaba un potaje en tres cacerolas gigantescas. Le preguntamos por Guzmán y salió del viejo edificio. Dio una voz y al poco vimos llegar a un joven de piel tostada, más alto que nosotros. A medida que se acercaba, parecía un fantasma caminando en un mar de niebla.

—Venimos de parte de Rozas a repartir propaganda de la nuestra.

—Sabía que vendríais por aquí algún día. Los demás lo saben y no se sorprenderán. Esperad un cuarto de hora a la hora de comer.

Fulgencio apagó los fuegos de gas, tapó las ollas y nos enseñó la enorme estancia única que albergaba a la cuadrilla.

—En esta nave guardaban el ganado antiguamente. Nosotros heredamos su pocilga. Dormimos en esos catres, hacinados y sin ventilación. Así pillamos catarros y alguna neumonía. En las viñas del sur, vivíamos entre pulgas y ratas. Pero muchos tienen miedo a que no les contraten el año que viene. No tienen otra cosa pa' comer.

Miró su reloj de pulsera y salió a la puerta.

—Pronto pararán para almorzar y reponer fuerzas. Desayunaron a las nueve y estarán en el campo hasta la caída del sol.

De todas partes fueron llegando más de veinte trabajadores, salpicados de barro de los pies a la cabeza y con la ropa mojada de sudor. Algunos, con la nariz y las orejas rojas de frío, tosían para aclarar la garganta.

Casi todos eran malagueños de la Sierra de Yeguas y solo cinco venían de Teruel. Guzmán nos presentó y nos invitó a comer con ellos. Nos sentamos en cuatro bancos corridos, frente a frente. Fulgencio ya había dispuesto escudillas, cucharas soperas y canastillas de pan sobre dos mesas alargadas de madera. Nos servimos el puchero y dimos buena cuenta de él. Guzmán extrajo de su talego unos trozos de cecina. Un turolense dispuso un queso manchego, descolgó un jamón que pendía de una viga y empezó a cortar y repartir lonchas a saciedad.

Las botas de vino pasaban de mano en mano, en medio de las risotadas de los comensales por los chistes, las anécdotas y las ocurrencias de los más lenguaraces. No habíamos terminado de yantar, cuando la conversación tomó otros derroteros. Habían trabajado cuarenta días la vendimia en el sur y un mes en la cosecha del arroz en La Camarga. Venían con contratos a tiro fijo, en las mismas fincas que en años anteriores. Las mujeres y los niños habían vuelto a España en agosto y solo los hombres viajaron al norte, donde hacía décadas que los belgas ya no venían.

—No echamos raíces en ningún sitio y volvemos cada temporada como golondrinas. Los tres patronos nos conocen y nos llaman. Viajamos los veinticinco como sardinas en lata, en las tres furgonetas que visteis fuera aparcadas, porque son nueve, no más, los que pueden entrar en cada una si no quieres pagar multas a los gendarmes en carretera.

»Hace años era peor. Veníamos en tren de Sevilla a Atocha y de la Estación del Norte a la frontera. Viajábamos en tercera con nuestros bultos, en vagones de madera que te dejaban el culo cuadrado y pelado.

Tomamos unos carajillos y Manuel Alcántara, el más veterano de ellos, contó lo que le había pasado la primera vez que volvió a Málaga en tren, al terminar la campaña de la uva.

—Bajé en una estación a comprar agua, perdí el tren en una estación de mala muerte y me sentí como un náufrago en una isla. Cuando vi el tren desaparecer en el horizonte, me pareció que era España la que se alejaba de mí, dejándome abandonado en esta tierra extraña, con cuyos hombres no sabía entenderme.

Quisimos averiguar sus opiniones políticas.

—Franco caerá antes de que la Tierra dé una vuelta alrededor del sol —dije con pedantería.

—¿Y eso es mucho? —preguntó Alcántara.

—Es un año, Manuel. Piensa un poco —respondió Guzmán, riéndose.

—No me lo creo, ojalá fuera así.

Chacón les habló de España con más juicio que yo, y más convincente con su

deje andaluz. Guzmán no quiso ser menos y dijo en voz alta:

—Pues hace un mes fuimos a una asamblea de setenta temporeros que habíamos convocado en Lens. Hablé yo y recaudamos quince mil pesetas para el sindicato.

Los jornaleros escuchaban atentos nuestra conversación. Unos por verdadero interés, otros por curiosidad y la mayoría como si fuéramos una atracción de feria que desbarataba su aburrimiento. Los cinco turolenses, taciturnos y distantes, nos miraban disimuladamente por el rabillo del ojo. Sabían que, a veces, tras un rostro amigo está el enemigo.

—Ganamos más en los viñedos del sur. Son nuestros racimos de oro —dijo un granaíno—. El franco vale más que la peseta. Es la brújula que guía nuestra vida y hay que seguir su aguja, porque la suerte solo llama a tu puerta una sola vez.

—Salud y pesetas, lo demás son puñetas —sentenció uno de Antequera.

—Aquí hace frío y llueve casi todos los días. El barro nos entierra y el agua nos cala hasta los huesos. Por la mañana todos nos lavamos con jabón y agua fría, desnudos bajo esas tres mangueras —dijo Rosendo Torres, el hermano de Fulgencio.

»Trabajamos a destajo y nos pagan por camión lleno. Cuando llegan las ocho de la noche, si falta un remolque por llenar, nos pagan la chorreá, una media hora más para colmarlo. No salimos de aquí en todo el mes, salvo para comprar víveres y echar cartas a Correos, a diez kilómetros de la finca. Solo falta que nos pongan capucha y nos encierren como frailes en un monasterio.

—Guzmán, nuestro cabezalero, nos vigila para que nadie se escaquee y nos disciplina por el bien de todos. Es el jefe de cuadrilla y está a la vez con Dios y con el diablo —bromeó Eutiquiano Mancheño, el más socarrón de los aragoneses, todos ellos oriundos de Torremocha de Jiloca.

—No os asustéis —nos tranquilizó Guzmán—. Aquí no hay piques, solo cachondeo para pasar el día. Y eso que algunos tenemos mala leche. Lo que pasa es que aquí el patrón es un cenizo. En el sur son más cercanos y nos hemos hecho amigos suyos y de sus familias. Este es más duro; nos prohíbe hablar en el trabajo y si por él fuera no levantaríamos la vista del suelo.

—Así a todos nos duelen los riñones de estar todo el tiempo agachaos. Menos

mal que apenas viene para no mancharse la ropa. Y si viene, nadie habla. To' el mundo callao —aseveró uno de Casabermeja, que tenía la cara arrugada como un higo.

Empezó a llover. Algunos se acurrucaron en un rincón, pegados unos a otros, y se cubrieron de mantas. Era el momento de marcharnos. Con la ayuda de Guzmán anotamos los nombres y direcciones de los más comprometidos. Entre ellos, sorprendentemente, se ofrecieron los cinco turolenses, de los que tres eran hermanos.

Mojándonos bajo el aguacero, sacamos unos paquetes de propaganda y Guzmán se encargó de distribuirlos por la comarca donde, según él, trabajaban unos diez mil jornaleros españoles. Nos despedimos con abrazos, subimos a la furgoneta y tomamos la carretera de vuelta a Lieja.

***

La primavera siguiente, Ángel Rozas nos incitó a viajar a Holanda, donde el Partido le había facilitado algunos contactos. Siguiendo las riberas del Mosa, salimos por la autopista de Maastricht y llegamos a Rotterdam, el vientre de Europa con su puerto descomunal. Por el camino, mirando al cielo, abrimos los ojos como platos al ver un tren de dos pisos que nos adelantaba sobre un dique elevado. En los poblados rodaban las bicicletas, algunas para tres personas. Y en las afueras braceaban las aspas de antiguos molinos, pintados de llamativos colores.

Cien kilómetros al este, llegamos a Eindhoven. En la plaza nos esperaban impacientes Abelardo Cueto y Herminio Vallina.

—Daos prisa. Primero os llevo a mi habitación en la Philips y luego Herminio os acompaña a los Altos Hornos. Tenemos que pillar a nuestros compatriotas en los barracones, justo después de comer.

Llamaban a la Philips la Ciudad Prohibida. Nadie podía acceder si no tenía relación directa con la fábrica de bombillas y de electrónica. Chacón, Abelardo y yo fuimos de bungaló en bungaló, repartiendo propaganda. Las habitaciones

tenían ocho literas y las puertas no tenían cerraduras. Al asentamiento lo llamaban El Prado, y la mayoría de los trabajadores eran extremeños.

—Estos holandeses nos atosigan —denunció uno que atendía la cadena de montaje—. Por todas partes han puesto carteles con sus consignas: “No pares ni un minuto”. “Tienes que hacer más”. “Puedes hacerlo mejor”. Y cuando un equipo baja el ritmo se enciende una luz roja y tienes que acelerar.

Un guardia jurado nos vio de lejos y pusimos pies en polvorosa.

Fuera nos esperaba Herminio, al volante de su Seat español. Con él llegamos a los altos hornos de acero Hooghovens BK. No muy lejos de las chimeneas y del muelle de carga de laminados, los obreros estaban alojados en hoteles flotantes. Varado en tierra, se alzaba un gran barracón prefabricado y amueblado al estilo de un centro español, con carteles turísticos fijados en las paredes y un juke-box que alegraba los corazones con pasodobles y canciones flamencas. Unos cuarenta metalúrgicos jugaban a las cartas o leían periódicos en su hora de asueto.

Herminio dio un palmoteo y nos presentó con su impresionante vozarrón. Como yo era el pico de oro, subí encima de una mesa y les hablé de España y del nuevo movimiento obrero que se estaba construyendo. Mientras tanto, Chacón repartía publicidad y fotocopias del carné de Comisiones, en las que había insertado su dirección de contacto.

Con el paso de los años, en esa empresa llegamos a tener más de treinta afiliados. En 1979, veintiún trabajadores andaluces y sus familias (noventa personas) consiguieron 170 millones de la empresa a fondo perdido para instalarse con ayuda del IRYDA andaluz en una finca de 252 hectáreas en Arcos de la Frontera. Dirigidos por el compañero Antonio Galván, bautizaron la cooperativa con el nombre de La Pequeña Holanda. Exportaban productos hortícolas a toda Europa y también a Holanda, incluidos los bulbos de gladiolo que más tarde plantarían los holandeses.

***

De regreso a Lieja nos detuvimos en Utrecht, ciudad que conocíamos como la palma de la mano. Fuimos al Club Miguel Hernández, un centro obrero en el Canal Viejo. En la planta baja nos acogió un compañero. Nos abrazó y nos dijo:

—Ahí abajo están nuestros amigos de Acción Fuego.

Bajamos al sótano y nos sumamos a una veintena de españoles y holandeses reunidos frente a un estrado. Allí estaban los brigadistas Rin Dijkstra y Piet Larios, respondiendo a las preguntas de los asistentes.

—Queráis o no, todos somos hijos de la guerra: los españoles, de la guerra de España en los treinta; los holandeses, de la Resistencia contra los nazis en la contienda mundial de los cuarenta —decía Rin—. Aquí estamos todos juntos de nuevo. Aunque solo chapurree vuestro idioma, hay una lengua común que comprendemos todos: la del antifascismo. Y en eso fuimos, somos y seremos.

Rin Dijksra, alto y fornido, calvo y barbudo, había combatido de 1936 a 1938 en el Jarama y el Ebro, junto a 628 compatriotas enrolados en la XI Brigada.

—Nací en España con mi primer combate, en esos tres años que cambiaron mi vida. Allí tengo mis raíces. Lo que hice en España fue lo mejor que he hecho en mi existencia —confesó con lágrimas en los ojos.

Piet Larios, pequeño y rebosante de energía, pedía a los jóvenes allí presentes que se apuntaran a su organización, Acción Fuego, para ayudar a los presos antifranquistas. Dos veces herido en los frentes de España, Piet había sido deportado a Sachsenhausen, donde conoció a Largo Caballero en septiembre de 1944.

Al término de la reunión, estalló la primera estrofa del himno al Ejército del Ebro. Los dos viejos se pusieron en pie y cantaron al unísono, cuadrándose y levantando el puño a la sien:

El Ejército del Ebro

¡Rumba la rumba la rum bam bá!

Una noche el río pasó,

¡Ay, Carmela, ay, Carmela!

Subimos las escaleras y tomamos unos vasos de vino en el mostrador. Espoleados por el alcohol, elogiaron a su amigo Raoul Baligand, brigadista, resistente belga, diputado y fundador del Club Federico García Lorca de Bruselas.

****

Nieve en mi memoria. Caen copos suavemente sobre la ciudad y tapizan las calles de blanco. Bebo agua fresca del manantial de mi existencia. Escribo a rachas, al filo de las fronteras, en un mundo de bruma sometido al azar, la aventura y el peligro.

Impulsados por una fuerza superior que guiaba sus vidas, entre 1959 y 1973 dos millones de españoles cruzaron las fronteras, también la que separa la ignorancia de la conciencia de clase. Si algo he aprendido es que la soledad es estéril, mientras que la solidaridad es una fuerza vigorosa. ¡Aquí se ve bien lo insignificante que es un hombre!

Alguien sopla y se apaga la llama en un parpadeo. De mi vida queda sombra, polvo y nada.

Hispano Olivetti tipo Pluma 22

Jordi Amat

Para Joan Coscubiela

Lo que esta vez le piden es distinto. Ya estaba acostumbrado a sus consultas sobre legislación laboral. Porque este era su trabajo y ellos confiaban en él. Este abogado les ha redactado demandas o listas reivindicativas o documentos relacionados con las primas. Así unos y otros se han ido conociendo desde finales de la década de los cincuenta. Y sintonizan. Ni el abogado ni los obreros son jóvenes, pero ni ellos ni él han llegado aún a los cuarenta. En realidad, no tienen edades tan distintas. Mientras Francesc Casares es para ellos un referente de solvencia profesional y compromiso cívico, él los admira por su abnegación, el idealismo y su sentido de la responsabilidad. Son obreros de Montesa. Durante los años oscuros de la industria autárquica, la factoría había empezado a producir motocicletas. Ahora las están produciendo para el nuevo tiempo de la modernidad autoritaria del franquismo desarrollista. Acelera la Brio, corre la Impala, no hay justicia ni libertad y en esa fábrica hay un grupo de obreros que cada mes paga una pequeña cuota. Es más bien simbólica. Más bien una forma de compromiso. Les permite gratificar modestamente al abogado cuando lo necesitan. Pero a Casares, esta vez, le piden algo distinto.

A Josep Pujol Bardolet hace ya un tiempo que Casares lo conoce. Obrero metalúrgico. 35 años. Su cuarto hijo, si no ha nacido aún, no tardará en llegar. Y a la política, como el otro Pujol, ha llegado también desde la fe. La toma de conciencia de Josep, nacido en 1929, la había realizado como miembro de la Juventud Obrera Católica. La religiosidad le fue creciendo en el espíritu con la experiencia de vida y, encarnada en Jesús, la había sentido como una promesa de fraternidad. Porque es obrero y es católico, da el paso. De la JOC pasó a la militancia en un partido socialista catalán (naturalmente clandestino) surgido en las cenizas de la postguerra —el Moviment Socialista de Catalunya— y Pujol

Bardolet también decidió sindicarse en la Unión General de Trabajadores (clandestina por supuesto también). En la onda expansiva de las Huelgas de Asturias, realidad y mito, él y otros han ensanchado la militancia: Alianza Sindical Obrera. Cristianos, socialistas y anarquistas trabajando juntos. Pero una cosa era el trabajo colectivo en la factoría y otra distinta era la política sindical. Mientras en la fábrica puede afianzar la reivindicación con militantes de otros sindicatos, las alianzas orgánicas que pretenden ir más allá son más complejas. A pesar de ello, quieren avanzar en esa dirección.

De eso van a hablarle a Casares. Hace algunos meses que han empezado a discutirlo. Durante el verano él con otro compañero de la ASO (Rica) y también con un responsable sindical del PSUC (Folch). Lo que van a intentar es organizar una reunión a la que intentarán convocar al máximo de organizaciones posibles y cuyo objetivo es desplegar un movimiento sindical amplio. Más amplio que el de la ASO. Tienen contacto con prácticamente todos los grupos, incluidos los comunistas. Un día Pujol Bardolet le comenta a un compañero de fábrica lo que están tramando. “Escucha, Funes, estamos planteándonos organizar una asamblea y no sabemos dónde reunirnos”. “Una posibilidad —le responde a Josep— sería en Cornellà. En la parroquia de Sant Miquel. Mosén Capell es un cura decente”. Y allí, en secreto, se citan el 30 de octubre de 1964. “Todos conocemos las Huelgas de Asturias, cómo las Comisiones han sido las que han activado las reivindicaciones. Nosotros, los que aquí estamos, podemos orientar al movimiento sindical en la misma dirección. La unidad de la lucha sindical podría darnos mayor eficacia y más fuerza que la que hemos tenido hasta ahora”. De eso hablan ese día. Lo comparte gente de diversos sectores. Metal, banca, químicas, construcción, parques y jardines. Y deciden cuál debería ser el siguiente paso: la creación de una comisión mayor para fijar unos puntos básicos de reivindicación.

Ese paso definitivo, que se discute en otras iglesias de barriada (en la del “Cura Dinamita” en Poblenou), lo dan al cabo de menos de un mes. 20 de noviembre. Otro sindicalista —Ricard Clares— conoce a otro cura —mosén Vidal Aunós— y este les deja las llaves de una casa del Señor. Porque será en otra parroquia. Porque el diálogo entre cristianos y marxistas es el cemento de una nueva era. Esta vez la reunión es en la iglesia de Sant Medir. Es una asamblea y asisten 250 personas. Hay policías infiltrados. No lo saben, pero no tardarán en saberlo. Ese día votan constituirse en comisión, se van perfilando los puntos básicos de reivindicación —salario base, escala móvil, derecho a la huelga, libertad sindical — y se decide redactar un documento donde estén incluidos dichos puntos. Pero

ese programa de mínimos podría convertirse en protesta. Por eso van a ver, otra vez, al abogado Casares, pero esta vez le piden algo distinto.

Los conoce de otras reuniones. Han sintonizado. Está Rica, está Coscubiela, está también Pujol Bardolet. Le informan del movimiento sindical que están construyendo. Le piden que les redacte un texto bien fundamentado jurídicamente donde se expongan las demandas que han pactado en sus reuniones previas. Y le piden que ese texto sea, además de preciso, perfectamente comprensible. Una vez que lo tengan redactado, imprimirán miles de copias y así podrán repartirlo por decenas de fábricas para recoger el número máximo de firmas. Casares pide unas horas. No tiene que decidir si se arriesga a escribirlo o no. Para Casares el compromiso, si es razonable, es una obligación. La cuestión es el tono para la voz de la nueva época que debe resonar en ese documento. La mañana siguiente ya lo ha escrito. Lo vienen a recoger y le confiesan qué pretenden hacer con todas las firmas que sean capaces de recoger: entregarlas de manera oficial en la delegación barcelonesa de los sindicatos verticales. Casares, sorprendido, está preocupado. El documento empieza a circular por fábricas y factorías. Conseguirán miles de firmas. Y la protesta no se limitará tan solo a la entrega de firmas. Hay otra acción en marcha. La propagan las octavillas que corren de mano en mano por muchas empresas:

En pie trabajadores de Barcelona contra los salarios de miseria. Por nuestros derechos y libertades. Concentrémonos en la plaza de Antoni López frente a Correos el día 23 de febrero a las 7,30 de la tarde para dirigirnos en manifestación ante el Sindicato. La Comisión Obrera de Barcelona. Comisiones obreras de los ramos metal, agua, textil, construcción, madera, transportes, químicas, banca y empleados municipales.

Tres días antes de que se celebre la concentración, empiezan las detenciones. La Brigada Político-Social está perfectamente informada porque incluso tiene fotografías con el rostro de los participantes en la asamblea de Sant Medir. Uno de los primeros detenidos es Rica. Pujol Bardolet, compañero suyo de la ASO, no ha caído. Asesorado por Casares, decide esconderse. Al cabo de algunas semanas Casares le sugiere a Pujol Bardolet que puede volver a Montesa. La policía lo vigila y espera por si vuelve a reunirse con Folch. Folch es el otro

sindicalista de las reuniones que empezaron hará medio año. Lo asesora el abogado Josep Soler Barberà, que es uno de los alfiles del PSUC. Y el partido, que tiene logística para lograrlo, decide que lo mejor para él será refugiarse en Francia.

¿Qué sabe la policía? ¿Qué buscan? Esta es la hoja de ruta de la Sexta Brigada Regional de Investigación de la Jefatura Superior de Policía cuyo comisario jefe es el torturador Antonio Juan Creix:

Desde mediados del año 1963 venían desplegando una activa labor subversiva en otra organización titulada Alianza Sindical Obrera (ASO) integrada esta por un conglomerado de militantes pertenecientes a la Confederación Nacional del Trabajo (CNT); Unión General de Trabajadores (UGT) y Solidaridad de Obreros Cristianos de Cataluña (SOCC), mediante la difusión de propaganda que lanzaban aprovechando cualquier conflicto laboral con miras a crear un malestar y como consecuencia provocar alteraciones de orden público, como se pretendió hacerlo al lanzar unas octavillas convocando para una manifestación que debía celebrarse en la calle Pelayo el día 26 de mayo del pasado año, secundando las directrices de otras organizaciones entre ellas las del Partido Comunista. Asimismo, difundieron en gran cantidad por los alrededores de las más importantes factorías de Barcelona otras hojas clandestinas tendentes a producir una agitación entre la clase trabajadora perteneciente al ramo metalúrgico, con motivo de la discusión del Convenio Colectivo siderometalúrgico de la provincia de Barcelona. En otras ocasiones se hizo distribución de propaganda, con el pretexto de solidarizarse con los obreros asturianos e incitaban a producir huelgas y paros en el trabajo y, por último, la confección y difusión de unos boletines de información sindical.

La hipótesis de la policía era que toda esta actividad la desarrollaba la Federación Metalúrgica de la ASO. La financiación provenía de sus contactos internacionales. Entre los dirigentes y responsables de propaganda de esa Federación estaba Pujol Bardolet. Por ello es su objetivo. No por Comisiones sino por la ASO. Y cuando la policía constata que Folch se ha esfumado, lo detienen. 8 de abril de 1965. Agentes de la policía llaman a la puerta del cuarto primera del número 3 de la calle Ardilla, de Barcelona. Registran todo el piso.

Se llevan documentación de la JOC. También una máquina de escribir.

Es una Hispano Olivetti tipo Pluma 22. Adaptación de un modelo italiano y fabricada hasta 1963 en Barcelona, valía 5.000 pesetas. La mayoría eran de color verde y podían verse básicamente en oficinas o en despachos. No era muy habitual verla en casas particulares. Y menos en pisos de obreros. Pero esta máquina de escribir sería el instrumento adecuado para mecanografiar de verdad este relato real. Escuchando el sonido seco y acelerado de los dedos golpeando las teclas en una habitación cerrada, se entiende mejor la mecánica de un tiempo cada vez más indescifrable. Un relato escrito con esa máquina para preservar la memoria de una gesta colectiva y que no la devore el olvido. Escribir historia con la Hispano Olivetti tipo Pluma 22 de Pujol Bardolet, con la que tal vez jueguen los cuatro niños en el piso de la calle Ardilla que dejarán de ver a su padre durante medio año. Se va él y se va la Hispano Olivetti. Puede ser la prueba del delito.

Llega detenido a la comisaría de la Vía Layetana. Empieza un interrogatorio que será inquisitorial. De entrada, niega pertenecer a la ASO. Empiezan a torturarle. Y empieza a modificar sus respuestas. Puñetazos y más puñetazos en la barriga. 28 horas en el sótano que es el infierno donde reinan los Creix. ¿Quién será su abogado? Él pide que sea Josep Benet. Este antifranquista, que hace veinte años había presidido el grupo resistente donde Francesc Casares empezó a militar —el Front Universitari de Catalunya—, no es exactamente un abogado laboralista. Es abogado y está comprometido con las reivindicaciones de los trabajadores, pero no es un abogado laboralista. Benet, que viene del activismo nacionalista y católico, es un abogado especializado en casos políticos. Así actuó en consejos de guerra y lo ha seguido haciendo ante el Tribunal de Orden Público. Arriesga con moderada inteligencia. Es capaz de politizar un juicio y conseguir al mismo tiempo que sus defendidos sean absueltos.

Pujol Bardolet le propone la defensa a Benet el 9 de abril y el abogado la acepta como asume también la de otro detenido en esa misma causa: el administrativo José Elhombre Trallero, miembro de la ASO. Lo han detenido el día 8 en su casa en Hospitalet de Llobregat. Elhombre, torturado también, confiesa que Pujol Bardolet le daba unos clichés elaborados con la máquina de escribir. Después él se encargaba de llevarlos a Antonio Martínez Mejías —un amigo que vivía en Mollet— y este, que tenía una multicopista en un almacén de recambio de automóviles, los transformaba en octavillas de propaganda. Entre los detenidos antes de la manifestación abortada y ahora estos últimos, a mediados del mes de

abril la policía cree que ha dado un golpe letal a la ASO. Entonces trasladan a Pujol y Elhombre a la cárcel Modelo de Barcelona. Allí les visita el abogado Benet, por primera vez, el 12 de abril.

¿Es Benet quien politiza el encarcelamiento internacionalizándolo? No sería la primera vez, como hizo con Pujol (el otro) hace cinco años o como hizo cuando el anarquista Jordi Conill fue condenado a muerte. Pero tampoco era necesario que la gestión partiese de Benet. La ASO, a través de la UGT y el sindicalismo católico, tenía lazos internacionales y una de las figuras clásicas del sindicalismo norteamericano no tardó en dirigir un telegrama de protesta. Lo firmaba el anticomunista profesional Irving Brown —una figura clave, en la sombra, de la Guerra Fría, que por entonces era el delegado de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres en las Naciones Unidas— e iba dirigido al todopoderoso José Solís —ministro secretario del Movimiento y delegado nacional de Sindicatos de la dictadura franquista—. Solís, contundente, respondió el 13 de mayo con una carta que incluía esta afirmación torticera: “los sindicatos actuales, que no son del Estado, defienden los derechos de los trabajadores y no se solidarizan con las actividades políticas que se proponen derribar al régimen y traernos una nueva guerra civil”. Mientras tanto Pujol Bardolet seguía en la cárcel en situación de prisión preventiva.

Para Benet sacarlo era la prioridad. El 16 de septiembre, a través de su procurador, hizo llegar esta carta el tribunal que debía juzgarlo.

Cree esta representación que la continuación en situación de prisión preventiva de mis mandantes, hasta la misma fecha de la celebración del juicio, es perjudicial en cierta manera a la defensa de mis representantes, pues puede perjudicarla. Hay que tener en cuenta que, dada la personalidad de mis mandantes como dirigentes de la JOC y de la ACO, muy conocidos en los círculos de Acción Católica de Cataluña y de Madrid, o incluso en algunos del extranjero, la situación de los mismos hasta la fecha del juicio en prisión preventiva, por medio año, parece dar una gravedad a los hechos de que son acusados que, jurídicamente, no corresponde a la realidad del escrito de conclusiones del Ministerio Fiscal. Este hecho puede producir una tensión en ciertos círculos católicos españoles y extranjeros, que podría ser aprovechada y explotada por elementos extraños a la administración de la justicia, como parece que ya se ha intentado hacer en este sumario por algunos extranjeros, con

ignorancia y al margen totalmente de la voluntad de mis representados. Esta explotación y tensión, evidentemente, puede llegar a perjudicar a la defensa.

Era un razonamiento típico de Benet. Ponía en valor la militancia católica de los dos sindicalistas detenidos para mostrar lo contradictorio de que un Estado confesional represaliase a dos activistas que tenían la fe como motor de su actividad. Era precisamente su vinculación con la JOC y la ACO lo que les había llevado a ser conocidos en el extranjero y, siguiendo esa lógica, podría desencadenar protestas internacionales contra la dictadura. Si eso ocurriese, ¿no dificultaría el ejercicio de su defensa? Al mismo tiempo Benet animaba a Jaume Pujol Bardolet —hermano del preso— para que asistiese al juicio cuya celebración no podía retrasarse mucho más. Pujol, que era hermano de La Salle, sufría por si su presencia en el Tribunal de Orden Público podía perjudicar la imagen de la orden religiosa. Benet pensaba exactamente lo contrario. Como sabía que las cartas que se cruzaba con los presos podían ser leídas por los funcionarios de la cárcel, remataba una misiva informando del retraso del juicio con una referencia religiosa: “Este retraso es una lástima, sobre todo ahora que los abogados estábamos ya preparados y muy optimistas sobre el resultado del juicio. Pero estamos convencidos de que esta demora inoportuna no perjudicará el buen resultado que esperamos obtener. Es cuestión de que tengáis unos días más de paciencia… Ofreced esta nueva prueba a Cristo Obrero en bien de la clase obrera”. Lleva fecha del 1 de octubre. Pocas semanas después podrían salir de la cárcel, en régimen de libertad provisional, pero la fianza era excesiva. Así se lo hizo saber Benet a través de su procurador. Eran obreros pobres. No podían reunir la suma solicitada.

Finalmente, esperando el juicio, el 10 de noviembre pudieron salir de la cárcel. Faltaban dos meses y medio para su celebración. El 31 de enero de 1966 empezó el juicio contra aquellos a quienes la policía había descrito como dirigentes de la Federación Metalúrgica de la ASO en Barcelona. La investigación no había progresado durante medio año. Todo respondía a la composición de lugar que la policía de Barcelona se había hecho antes de la detención, a la información que obtuvieron mediante las torturas y no se sumaron más pruebas a la causa. Se les acusaba de propaganda ilegal y asociación ilícita. Si el tribunal los declaraba culpables de ese delito, podían ser condenados a seis años de cárcel.

Para politizar el juicio Benet hizo lo que había hecho y volvería a hacer en otras

ocasiones. Contactar con uno de los portavoces de la oposición democrática: José Antonio Novais. El corresponsal en España de Le Monde —el diario que seguía siendo el más prestigioso de Europa— tenía buena relación con Benet y el 1 de febrero publicó una breve columna siguiendo una de las lecturas que se plantearían durante las sesiones: los cuatro sindicalistas juzgados eran miembros de asociaciones católicas y tenían relaciones con figuras de prestigio del sindicalismo democrático europeo. La propaganda que se presentaba como delito no era política, sino que afectaba solo al mundo del trabajo y parte de esa documentación —Novais quería hacerlo constar para sensibilizar a su lector— se la habían enviado sindicalistas franceses a los acusados.

1-2-64

En Espagne

—

SIX ANS DE PRISON REQUIS CONTRE QUATRE SYNDICALISTES CATHOLIQUES CATALANS

“Six ans de prison requis contre quatre syndicalistes catholiques catalans”, en Le Monde,

1 de febrero de 1966.

Novais era parte de la estrategia de Benet, pero donde brillaba el abogado era en las defensas en la sala del Tribunal de Orden Público. De apariencia débil, allí despliega su fuerza. En esa sala había defendido ya a estudiantes, anarquistas u obreros, pero ahora defendía a unos sindicalistas en los que él mismo podría contemplarse. Podía pensar que él habría sido uno de ellos. En tanto que católico consciente del mal de la pobreza, Benet se había ido configurando como un democratacristiano de izquierdas. Desde esa ideología entendía la necesidad de resolver el conflicto social, era la única manera de construir una sociedad justa. La dictadura era, por su fe y por su ideología, su enemigo principal porque la entendía como una encarnación de la injusticia y allí interpretaba su papel como una forma de coraje inteligente, de justicia y de combate. Lo razona en una defensa que ha escrito a máquina en su despacho.

Benet, alto y delgado, con la voz rota, le dice al tribunal que la acusación incumple la propia legislación del Estado y no calla lo que nadie puede decir en público: las confesiones se obtuvieron torturando a los detenidos. “Algunos de los procesados han manifestado ante este Tribunal que fueron sometidos a coacciones físicas y morales durante las largas horas de su detención. Concretamente han hablado de un sistema de coacción que en el argot se conoce con el nombre de la estatua”. Pero no era solo que los hubieran “estrechado a preguntas”, como podía leerse en el sumario, también debían constatarse los errores de procedimiento. Lo ejemplificaba la Hispano Olivetti tipo Pluma 22. ¿Era del acusado Pujol la que se había expuesto en la sala? No había forma de saberlo. No había control alguno. “Termino de hablar de este capítulo del Sumario que podría ciertamente llevar por título Las andanzas de una máquina de escribir y su enigma”.

Demasiadas cosas habían fallado durante la instrucción. Demasiada ignorancia sobre la realidad sindical como para incluir en el sumario afirmaciones como aquellas que vinculaban la ASO con el comunismo. Y todo ello era suficiente para mostrar la falsedad sobre la que pivotaba aquel juicio. Ese juicio le permitía

denunciar, desde el corazón de la bestia, un sistema represivo que atentaba contra la idea de justicia y, por tanto, contra la fe de un Estado que cubría sus vergüenzas bajo palio y solo era católico de palabra. Contra todo ello se rebelaba Benet a través de Pujol Bardolet.

Señores: todos los tópicos que esconden una realidad social, todas las frases hechas que debemos sufrir, se encuentran en este punto de la acusación del Ministerio Fiscal. Y este letrado se pregunta, y se pregunta con todo el respeto debido pero al mismo tiempo con todo su amor a la verdad, si ¿ya no es hora de desalojar de nuestra mentalidad tales tópicos y enfrentarnos a la realidad, sencilla pero dura, de la vida de los obreros y de los conflictos laborales? Analicemos, pues, esta acusación. En primer lugar, el Ministerio Público afirma que mis acusados han actuado coadyuvando a las consignas del Partido Comunista. ¿A qué consignas? El Ministerio Público no las señala. Pero ¿cómo puede acusar seriamente el Ministerio Público a mis defendidos de ser miembros de la ASO y, al mismo tiempo, acusarles de coadyuvar —o sea, de seguir— las consignas del Partido Comunista? ¿No es público y notorio entre todos aquellos que tienen una noticia elemental de la situación sindical internacional y española que las organizaciones afiliadas a la FIOM y la CIOSL son fundamentalmente anticomunistas como lo son también los sindicatos católicos?

El Ministerio Público no ha aportado prueba eficaz alguna en derecho sobre el pretendido comportamiento de mis defendidos en huelgas, paros, agitación de obreros, etc. Esta defensa, en cambio, ha aportado ante este Tribunal pruebas suficientes de la excelente conducta social y laboral de mis defendidos. Unas proceden de las organizaciones católicas de las que son miembros. Otras de las propias empresas en que trabajan.

Nos encontramos ante unos jóvenes obreros que ostentan importantes cargos sindicales, no en sindicatos clandestinos, sino dentro de la propia organización sindical, la única oficial y legal hoy. Los cargos que ostentan no los deben a favor alguno, ni a componendas ni a recomendaciones ni a burocracia alguna ni a las alturas, sino que son auténticos representantes de la base, de la gran masa obrera. Son de los únicos cargos elegidos por sus compañeros, libremente. Estos jóvenes, formados en organizaciones católicas como la JOC y en la ACO, han recibido una enseñanza social católica a la que quieren ser fieles, a la que son fieles. Varios de ellos han sido o son aún dirigentes de la JOC. Otro ha sido

presidente de la OCO de la Archidiócesis de Barcelona. Jóvenes, como estos, con su madurez, con su espíritu de sacrificio, con su sentido de la fraternidad obrera, con su sentido de la responsabilidad, con su sentido de la tolerancia, tan de acuerdo con el espíritu del Concilio Vaticano II, son, hoy, el orgullo de nuestro país y la mejor garantía de una paz, obra de la justicia, para el futuro de España, que ellos vivirán y dirigirán.

Tenía razón. El 2 de febrero de 1966 Josep Pujol Bardolet fue condenado a seis meses de prisión por asociación ilícita y a seis meses de prisión y el pago de una multa de 10.000 pesetas por propaganda ilegal. Siguió comprometido con el sindicato, sin ejercer cargos de responsabilidad. Pero sacrificios como el suyo construyeron la alternativa más justa a la dictadura. Murió en noviembre de 2019. Tres años antes había fallecido el abogado laboralista Francesc Casares, un ejemplo de dignidad. En 2008 había muerto Josep Benet, pilar del antifranquismo en Cataluña. Uno de los últimos reconocimientos que recibió fue un carné solidario de Comisiones Obreras. Se lo entregaron Ángel Rozas y Joan Coscubiela.

He podido describir la trayectoria sindical de Josep Pujol Bardolet gracias a la tesis doctoral La participación de los católicos en el movimiento obrero de Barcelona (1946-1978) de José Fernández Segura. La reunión de los sindicalistas con Francesc Casares la describe el abogado laboralista en el segundo volumen de sus memorias Compromís amb la justícia. Memòries d'un advocat laboralista (L'Avenç, 2016). La reunión del 20 de noviembre de 1964 en la parroquia de Sant Medir está considerada como el momento fundacional de las Comisiones Obreras en Cataluña. El informe redactado por el comisario Creix se reprodujo en el Boletín de la ASU del mes de octubre de 1965 y en ese mismo número se reprodujo la respuesta de José Solís a Irving Brown. La documentación relacionada con Josep Benet la consulté en su archivo personal, actualmente depositado en el Arxiu Nacional de Catalunya. La transcripción completa de la defensa de los dos pioneros de Comisiones Obreras la reproduje en el volumen Justícia i llibertat que editó la revista Sapiens.

EL ENCIERRO

Martí Domínguez

The history of men's opposition to women's emancipation is more interesting perhaps than the story of that emancipation itself.

Virginia Woolf,

A Room of One's Own

Majo, te la tendrás que preparar tú, le dije. Me miró sorprendido, no tanto porque se tuviese que preparar la cena, sino por mi tono. Aquel majo me había salido del alma. Cuando algo te sale del alma es como si estuviese en cursiva, o en negrita, tiene una fuerza especial, está como subrayado. Mi marido había llegado tarde de la reunión organizada por los trabajadores de la fábrica y me mandó prepararle la cena porque tenía que regresar, y yo le salí con esas. Me miró primero sorprendido, y después su gesto pasó al de desagrado, a algo así como a mí no me hables así, que soy tu marido. La posesión, tú eres mi mujer, dijo. Y también le salió del alma, aquella posesión, y aquel tú, que acompañó señalándome con el índice para que no hubiese duda alguna de quién se trataba. Su mujer, por no decir su esclava. Muy rojo, pero muy machista. Prepárame la cena, Ana; Ana, plánchame la camisa; Ana, no tengo calzoncillos; Ana, ¿dónde está mi abrigo?; Ana, ¿y los calcetines? Todos desparejados, como siempre... Ana estaba allí para servirle, para que él y sus compañeros preparasen la revolución, para que él siempre tuviese un plato caliente a punto, la mesa puesta. Me casé con él muy niña, me encandiló con su mirada, la seguridad que desprendía, y su capacidad de liderazgo, y también, por qué no decirlo, por poder salir pitando de mi casa. Una chiquillada, pero que alegró a mis padres, perder de vista a la díscola, siempre melindrosa. Mi madre limpiaba casas, y mi padre se gastaba el dinero que traía: estaba de baja por una lesión en la espalda, ya no trabajaba de albañil, aunque siempre había sido un desastre. Todo cuanto

él arreglaba en casa era un desastre. Imagino que la empresa se alegró también de quitárselo de encima, a aquel hombre siempre maldispuesto, mal trabajador, de los que escurren el bulto. Mi madre salía de casa a las siete y cuarto de la mañana y regresaba a las tres y pico, y entonces se ponía a preparar la comida. Elena, ¿qué hay para comer?, y mi madre aún no se había quitado el abrigo y ya estaba calentando algo que se había dejado preparado el día anterior, y mi padre rezongaba, cada vez llegas más tarde, decía, parece mentira que te dejes explotar de esa manera, tú deberías, y le explicaba lo que debería hacer, es decir, escurrir el bulto, salir antes, dejarse la faena sin acabar. Recuerdo a mi madre corriendo arriba y abajo, poniendo el mantel de hule, mientras en el telediario el hombre del tiempo anunciaba tormentas eléctricas, rayos y truenos, y mi madre cortando el pan, como una prestidigitadora, mientras mi padre se bebía una cerveza, o quizá su segunda cerveza, con algunas pieles de cacahuetes por el suelo, y mi madre lo regañaba por eso, pero él hacía un chasquido con la lengua, como para recoger algún trozo de fruto seco en algún recoveco de sus encías desgastadas, y mi madre que corría por la casa, porque era más tarde que nunca. Puede que el majo de aquel día contuviese la carga eléctrica de todos estos recuerdos, y puede que por ello mi marido me cogiese del brazo, me agarrase literalmente, porque tras aquel majo, y tras aquel te vas a preparar tú la cena, había algo así como una declaración de guerra. Él podría consentir prepararse la cena, claro que sí, pero tenía que ser una decisión suya, él tenía que decidirlo, yo no tenía en aquella casa ni voz ni voto, no era más que su mujer. Y entonces le expliqué que las mujeres de Motor Ibérica habíamos decidido encerrarnos en la iglesia de Sant Andreu, que íbamos a conseguir aquello que ellos no habían logrado, tras tantos comités y tantas huelgas y tantos despidos, a cada nueva huelga, nuevos despidos. Algo sabía de ese encierro, me dijo para darse aires, pero pensaba que tú no irías. Que no le había consultado. Que no tenía su permiso. Y me miró de soslayo, sin poder contener la mirada fija. Pegué un portazo y me fui, y lo dejé en la puerta de la cocina, mirando al vacío. Comería cualquier cosa, de esa manera que comen los hombres, precipitadamente, como si formase parte de un grupo de homínidos que acaba de dar muerte a un animal salvaje. Sobre la marcha, de cualquier forma, engullendo como un cerdo, llenándose la panza. En aquel momento me importaba un bledo lo que cenase, yo me largaba a la huelga por él, me iba a encerrar para luchar por su puesto de trabajo, pero, al mismo tiempo, mientras caminaba por el barrio hacia la boca del metro, sabía que en aquel acto había el germen de algo más que, en aquel momento, tan enfadada estaba, no alcanzaba a vislumbrar. El vicario de Sant Andreu estaba al tanto y había dado su consentimiento, y entré en la iglesia con otras mujeres de obreros que como yo habían dejado a sus maridos con la boca abierta. La iniciativa había

surgido de nosotras para llamar la atención de la prensa, y poco a poco nos habíamos ido reuniendo, llamándonos las unas a las otras, creando una estructura, una organización, unos deberes. Algunas mujeres se trajeron a sus hijos porque no podían dejarlos con sus maridos, que eran unos perfectos inútiles, dijeron. Casi había tantos niños como mujeres, los maridos eran unos inútiles incapaces, argumentaban para justificar tantos niños reunidos. Ni nosotras sabíamos muy bien de qué trabajaban nuestros cónyuges, ni ellos sabían hacer nada, absolutamente nada, de casa. Y de pronto aquella iglesia se llenó de mujeres y de niños, mujeres riendo, sintiendo una singular sensación de libertad, y niños corriendo entre los bancos, jugando al escondite entre las capillas, mirando los santos con arrobado recato, porque muy pocos de ellos eran de ir a misa. Algunos no estaban ni bautizados y era la primera vez que, por así decirlo, entraban en un templo y miraban aquellos gestos extasiados y compungidos de las figuras sacras. Recuerdo aquel momento con emoción, con la puerta de la iglesia abierta de par en par, cayendo ya la tarde de ese primer día de junio de 1976, y nosotras excitadas por la aventura, aquella decisión en solitario. Maruja, Rosario, Fernanda, Pura, nombres de mujeres de obreros de Motor Ibérica, cada una con su circunstancia, y al mismo tiempo con tantas cosas en común, todas mujeres de. Mi marido no haría por mí lo que yo estoy haciendo por él, me dijo Rosario, porque él es de los que piensan que la mujer es para la casa, para los hijos, y sobre todo para el marido. Y se puso a reír, no sé por qué, y no me atreví a preguntarle, ni tampoco a explicarle que el mío también era así, y de qué modo me había largado de casa. Me gustaría saber si Rosario también le había dicho Majo, hoy te preparas tú la cena, pero ella había venido cargada con dos niños, que enseguida requirieron su atención. Uno de ellos la miraba con preocupación, con miedo incluso, porque todo aquello era extraño y en el fondo deseaba volver a casa. Los niños desean siempre que todo sea como lo han conocido, por muy horroroso que sea eso a lo que se han acostumbrado. Ni por asomo podíamos imaginar entonces que aquella sería la primera noche de muchas otras que vendrían después. Ninguna de nosotras podía pensarlo. De haber sido así, seguro que no habríamos ido al encierro: una cosa era dejar sin cenar una noche a nuestros maridos y otra… Me entra risa… De saberlo, nuestros maridos nos hubieran corrido a bofetones, porque lo poco agrada y lo mucho enfada. Y tienen las manos largas y nos zurran si lo consideran necesario. Algunos más que otros, también hay que decirlo. Aunque nos encerrásemos por ellos. Aunque aquella lucha fuese por ellos. ¿O acaso no era por ellos? Esta era la duda que les carcomía, ¿por qué lo hacíamos? El vicario se llamaba Ignasi, pero muchas lo pronunciaban Ignaci, porque la mayoría de nosotras no hablábamos catalán con soltura. Era un hombre alto y espigado, de barba negra muy poblada, de sonrisa

fácil y mirada divertida. Producía miradas entre las mujeres, llenas de sobreentendidos y risas. El vicario no pensaba que se apuntarían tantas mujeres al encierro, y más que una rebelión parecía una verbena, tantos gritos y tantas risas. En algún momento tuvo que poner orden y decir aquello de estamos en la casa de Dios, pero en cuanto se descuidó habíamos llenado la sacristía de provisiones, de latas de conserva que ocultaban santos y crucifijos. Calderos y paellas. Entre botes de fabada aparecía la cara descompuesta de Cristo. Recuerdo que al ver todas las provisiones preguntó con sorpresa, pero ¿cuánto tiempo piensan quedarse? Y Maruja, una rubia con el pelo ondulado, le contestó, con su acento andaluz, que quién sabe, nene, igual para siempre. Y se puso a reír. Le dijo nene, y su risa movió la risa de todas, casi dos centenares de mujeres con sus hijos, el vicario no recordaba la iglesia tan llena desde, al menos, el funeral de Puig Antich. Imagino que lo dijo para mostrarnos de qué pie cojeaba. Lo acompañaba mosén Camps, el párroco de Sant Andreu, que dirigía a las mujeres e intentaba poner orden en aquel guirigay, y sonreía, porque sabía que tras aquello había mucha más verdad que tras muchas otras obras de la iglesia. Ambos religiosos habían trabajado en América Latina, eran lo que se llamaba entonces teólogos de la liberación, cristianos socialistas. Curas rojos, por así decirlo, algo que siempre me ha parecido una contradicción, aunque quizá no debería serlo. Ahora entiendo mejor las cosas, pero en aquel momento solo pensaba en mi marido, y creo que a muchas de nosotras nos pasaba igual. Me lo imaginaba delante del televisor, pelando cacahuetes, y veía en él algo así como la sombra alargada de mi padre. Imagino que pensaba que por un día no pasaba nada. Yo me había traído su chaquetilla azul del trabajo y tan pronto como pude me la puse. Muchas me imitaron, era una de las consignas, que el mundo nos viese como trabajadoras de Motor Ibérica, aunque no lo fuésemos. De esposas a compañeras, en una metamorfosis insólita para muchos de ellos, que no nos querían como compañeras, sino como esposas, para lavarles la ropa y algo más. Para prepararles la cena y algo más. Recuerdo que se lo comenté a Maruja, y me dijo que las mujeres tampoco existían en los partidos de izquierdas, que eran invisibles, que la dominación masculina era igual que en los partidos de derechas y que las mujeres no formaban una clase, eran casi como los niños, un eslabón más de la pirámide social. Que los hombres, de derechas o izquierdas, en eso siempre estaban de acuerdo, en la dominación machista. Me sorprendió su manera desahogada de hablar y más cuando dijo que nosotras sufrimos dos opresiones, la de la clase obrera y la de ser mujer. Estamos doblemente jodidas. Aquí nos hemos encerrado, dijo a continuación, para exigir la anulación de las sanciones que han sufrido nuestros maridos, para demandar la inmediata readmisión de los despedidos y para conseguir un aumento salarial. Pero,

además, y eso no está escrito en ningún sitio, buscamos nuestra visibilidad, buscamos que se cuente con nosotras, es una lucha feminista. Ella era la cabecilla, con sus bucles dorados y su sonrisa espontánea. Y esa misma noche ya surgieron problemas entre nosotras, y algunas se apropiaron de los colchones y de las provisiones. Maruja mostró sus dotes de mando y recuperó los colchones y se los entregó a los niños, que eran los que más los necesitaban. Aun así hubo comentarios de que aquello parecía una dictadura, hemos pasado de Franco a Maruja, se oyó decir. Yo la apoyé cuanto pude, y de nosotras surgió hacer comisiones, una para la alimentación, otra para la prensa, otra para los niños y sus necesidades. Necesitábamos organizarnos para que no reinase la anarquía, y algunas nos recriminaban precisamente por eso, por nuestros esfuerzos en poner orden y disciplina. El número de mujeres y niños había crecido como la espuma, éramos ya casi trescientos, era difícil de manejar, solo había un cuarto de baño, más bien un aseo, y los problemas surgieron en las colas que se formaban delante del mismo. Para que no hubiese un trato de favor, se establecieron turnos rotatorios en cada comisión. Pero se tuvo que decidir quién cocinaba, quién atendía a la prensa, quién salía por las noches a repartir octavillas, quién se encargaba de temas de salud, de la pequeña farmacia que habíamos ido recogiendo, quién controlaba los suministros y quién fregaba los platos. Lo que había empezado como un simple encierro de unos días de pronto se empezó a prolongar en el tiempo y nadie sabía cuándo acabaría. Cada noche celebrábamos una asamblea general, y se decidía la acción para el día siguiente. El padre Ignasi nos ayudó con la intendencia; había estado en misiones en Chile y tenía capacidad de gestión. Por ejemplo, pensó que necesitaríamos al menos un centenar de barras de pan para cada día. O en la necesidad de aprovisionarse de compresas. Y de medicinas para los niños. En una ocasión Maruja, con su desparpajo, le preguntó cómo había conseguido conciliar el cristianismo con el socialismo y el padre le contestó, con una sonrisa: la lectura del Manifiesto del Partido Comunista tuvo para mí una claridad y contundencia similar a la de los Evangelios. Lo dijo sin más y Maruja le replicó que si todos los curas fueran como él ella sería de misa diaria. El padre Ignasi la detuvo, porque temía que aquella espontaneidad desembocase en alguna blasfemia, e inclinando la cabeza dijo que lo guiaba el siguiente principio: ver, juzgar y actuar. Si se ve, se juzga, y no se actúa no sirve de nada, dijo, con una rotundidad que nos dejó pasmadas. Me salvé de Pinochet por casualidad, nos dijo también el padre Ignasi. Había venido a España para solucionar algunos asuntos privados y decidí prolongar durante unos días mi estancia para descansar un poco, nos explicó. Por eso no me enganchó, aquel asesino, como sí que hizo con otros amigos. Por pura casualidad, repitió, como descubriendo en eso una mano milagrosa. Llevaba

nueve años allí, realizando una lectura del Evangelio desde la lucha de clases, añadió. A un compañero nuestro, el capellán Francesc Puig, más conocido como "Pancho", lo capturaron y lo llevaron al Lebu, el barco que se utilizaba como prisión, y allí lo torturaron. Por suerte el consulado pudo salvarlo en el último momento. No tuvo tanta suerte Joan Alsina, que fue fusilado. Allende se suicidó disparándose un tiro en la barbilla con un fusil que le había regalado Fidel Castro, nos dijo, con una mirada emocionada. La vía democrática hacia al socialismo fracasó, con Nixon y Kissinger como verdaderos ideólogos, personajes siniestros, que espero que algún día ardan para siempre en el infierno, dijo señalando hacia el techo, donde había un fresco representando las llamas eternas. A veces pienso que la familia judía de Kissinger emigró a los Estados Unidos huyendo de la persecución de Adolf Hitler, y pienso lo que Kissinger hizo a los chilenos, promoviendo que aquella bestia fascista llegara al poder, aquel amiguito nefando de Hitler, y pierdo toda esperanza. Suerte que tengo fe y me rehago enseguida, añadió con una sonrisa. Mosén Camps se mostró conforme y comentó que después de Chile vino Uruguay, y tras este muchos otros países. Él también había estado en misiones, en Colombia creo recordar, aunque parecía mucho más quemado que su compañero. Ya entonces nos llamó la atención la relación íntima que mantenía con una feligresa, que lo visitaba casi todos los días. Eso movía las risas y los comentarios, y muchas de nosotras comparábamos a aquellos curas, instruidos, educados y cultos, y sobre todo marxistas, con nuestros maridos, más bien patanes y rústicos, y alguna intentó coquetear con ellos. Hablaban del Che Guevara como si fuese su hermano; y el padre Ignasi era amigo personal de Fidel Castro, y había visitado la isla invitado por el comandante. Hablaban de acción política y social, de fuerzas productivas, de lucha de clases y de alienación. Y, desde luego, actuaban, en todos los sentidos. Todo eso era totalmente nuevo para mí, porque la clase obrera, salvo contadas excepciones, se había mantenido bastante al margen de la lucha antifranquista. La oposición al franquismo era más una revuelta universitaria que obrera, y aquellos curas eran universitarios, se notaba a la legua, por lo que decían y cómo lo decían. Todo eso me fascinaba, así como algunas sesiones que recibimos sobre control de natalidad, con la posibilidad del aborto como opción respetable. Nosotras reíamos, porque bajo aquel Cristo piadoso, pantocrátor que lo veía todo, se nos explicó cómo poner el preservativo a nuestros maridos, a exigirlo, o incluso a utilizar otros métodos más seguros, como la píldora o el DIU. Aquello fue para mí como ir a la universidad, descubrir unos horizontes de libertad que eran absolutamente inimaginables. Por decirlo así, descubrí el poder de las ideas. Ana, siempre has sido una niña rebelde, decía mi madre, con su habitual capacidad para la aniquilación. Ana, obedece a tu marido, insistía mi

madre, mientras mi padre chascaba la lengua. Con el padre Ignasi hablaba en catalán, muy precario e incipiente, e incluso participé en una entrevista que hizo, donde yo aparecí como Anna. El padre Ignasi la envió a diferentes periódicos, con algunas fotografías de nosotras dentro de la iglesia, en el altar mayor con una pancarta, pero nadie quiso publicar aquella información. La prensa seguía ignorándonos; la prensa seguía siendo del movimiento, reaccionaria y rehén del poder económico. Al final, y no sé cómo, la entrevista apareció publicada en Interviú. Recuerdo la portada de aquella revista, con una chica con las tetas al aire y el titular que había puesto el redactor: "Encierro a toda madre". Leí la entrevista, con el corazón palpitante, y yo salía citando a mi marido y diciéndole eso de Majo, hoy te harás tú la cena. Con mi nueva identidad, An-na, con aquella ene de más. An-na. Ya no era la Ana sumisa, sino la An-na revolucionaria. Le oculté la entrevista a mi marido, pero, como no podía ser de otro modo, alguien lo alertó, y un día irrumpió en la asamblea, junto con otros maridos ofendidos, y nos exigieron que volviéramos a casa. Que aquello había llegado demasiado lejos. También estaba el marido de Maruja, que opinaba que no íbamos a conseguir nada y que nos habíamos pasado mil pueblos. Así lo dijo, mil pueblos. Otro marido, indignado, cogió a sus hijos y los sacó a rastras de la iglesia, mientras la madre gritaba, como si los estuviese raptando, y él se defendía diciendo que aquel lugar era un centro de perdición. Aquella iglesia era un antro, añadió, amenazando con denunciar a su mujer por abandono de domicilio. Como así hizo al final, el muy patán. Recuerdo al padre Ignasi atemperando los ánimos de los hombres y diciendo "en Cristo Jesús no hay hombre ni mujer, esclavo ni libre, judío ni gentil; todos somos iguales en Cristo Jesús". Pero los hombres deseaban volver cuanto antes a su rol masculino, por mucho que predicase Cristo Jesús lo contrario. Uno de ellos dijo que el siguiente paso era que todas saliésemos retratadas en Interviú con las tetas al aire, como unas frescas, que qué vergüenza para sus hijos, y la verdad es que a mí me desconcertaba que el padre Ignasi hubiese aceptado publicar la entrevista en esa revista tan verde y que no le turbase ver los desnudos que acompañaban a su artículo. De madres coraje a fulanas, parecía todo aquello. Pero nuestra popularidad fue creciendo, y un día nos visitó La Trinca y otros artistas del teatro Apolo, que se dejaron caer después de acabar la función, es decir, pasadas las dos de la madrugada. Aquella noche nadie durmió y nos propusieron que cuando todo pasase las más desinhibidas de nosotras hiciésemos algún numerito teatral, vodevil de tipo marxista revolucionario y con poca ropa. Por un momento me vi triunfando en el Apolo. Y después protagonizando una portada de Interviú, y todo me dio vueltas. Me planteé qué quería que fuese mi vida. No tenía hijos, aún podía poner remedio. Aún podía encaminar mis pasos. Aún podía ser yo misma. Pero ¿quién era yo?

Entonces aparecía en mi subconsciente la imagen de mi madre, reconviniéndome, pero hija, tu lugar está al lado de tu marido, mientras mi padre asistía en silencio a mi aniquilación, comiendo cacahuetes. Aquel era mi lugar, aquel era mi cometido, al lado de. Mi padre solo quería tranquilidad, no quería que causase más problemas, quería que tuviese claras cuáles eran mis obligaciones. Todos tenemos obligaciones, y miraba a mi madre, que asentía, arrastrando la cadena. Aquellos días de encierro fueron una especie de re-velación, el padre Ignasi decía "queremos un cielo nuevo y una tierra nueva, y el camino es el socialismo", y yo alzaba el puño orgullosa, convencida de que lo conseguiríamos. Me había sorprendido cómo Maruja había empequeñecido ante su marido, cómo este la había reprendido delante de todos, cuando estaba allí por él, cuando ella lideraba todo aquello por ellos. Pero es posible que pensase que no era del todo cierto, que ella buscaba algo más. También el padre Ignasi buscaba algo más, en aquel momento ni él mismo lo sabía. Aquella iglesia era algo así como un gran catalizador de nuestras inquietudes, un desatascador de nuestras incertidumbres, una vía de escape de nuestras almas estremecidas. Alguien me contó que la madre del vicario había muerto en un incendio cuando él era muy chico, ocurrido en una casa de montaña en la que veraneaban, y todo sucedió ante sus ojos y sin poder hacer nada. Aquello lo abocó a la vida espiritual, a un recogimiento atormentado. Mis padres también deseaban que todo aquello acabara cuanto antes, que la broma había durado demasiado. Vinieron a verme un día y me exigieron que regresara con mi marido, antes de que fuese demasiado tarde. Que el tiempo corría en mi contra, dijeron. Llevábamos casi un mes de encierro, y nos había visitado Marcelino Camacho, que se había fotografiado con todas nosotras algo abochornado por situarse en el centro de tanta feminidad. Ahora que veo las fotografías es como si aquella situación no se la tomase totalmente en serio, como si aquella lucha sindical y obrera no fuese más que una patochada, algo no del todo sensato, un espectáculo como el de los enanos del circo. Nosotras éramos unas payasas que servíamos a la gran causa sindical de Motor Ibérica, un recurso más, pero que tampoco era necesario airear demasiado. Cosas de mujeres, podría haber dicho Camacho. Hay que tomar más en serio la huelga de hambre de dos compañeros, parecía decir. Doscientas mujeres contra dos hombres. La empresa había respondido a todas nuestras protestas con doscientos despidos más, que se sumaban a los mil ochocientos anteriores. Y contratando a "esquiroles" para ocupar el lugar de los obreros en paro en la cadena de montaje. El desaliento reinaba entre nosotras, las presiones cada vez eran más fuertes, y aunque la parroquia tenía el derecho de asilo reconocido por el concordato, se respiraba en el ambiente que pronto se produciría algún movimiento. ¿Cedería la empresa? ¿Renegociaría algo? Nos

llegaban noticias en ese sentido, todas queríamos pensar que estábamos ganando la batalla. Pero el viernes 25 de junio, doscientos policías antidisturbios, muchos de ellos a caballo, rodearon la iglesia, y quince agentes de la Brigada Político-Social intentaron entrar por la puerta principal del templo. Reaccionamos con toda nuestra fuerza, y durante doce horas se mantuvo el sitio policial, hiriendo de gravedad a un par de nosotras, que tuvieron que ser hospitalizadas. Aquello produjo aún mayor inquietud, muchas madres empezaron a temer por sus hijos, que se produjese alguna desgracia, que pegaran fuego a la iglesia, que los antidisturbios lanzasen gases lacrimógenos, que muriesen los niños gaseados. La prensa internacional seguía ya nuestro caso, nos habíamos convertido en una noticia mundial, aquellas mujeres encastilladas, mujeres numantinas, leonas guerreras, estos y otros epítetos corrían por los diarios. Vinieron de la televisión sueca a grabar un programa y estuvieron dos días con nosotras, escuchando nuestras quejas y mostrando al mundo nuestra lucha. Nosotras nos decíamos: esto lo están viendo en Suecia. Parecía extraño que a los suecos les pudiese interesar tanto y, en cambio, la televisión española hubiese hecho todo lo posible por ignorarnos. Durante el domingo, se celebró una gran manifestación de apoyo a la huelga de Motor Ibérica, y durante más de veinte minutos las campanas de Sant Andreu voltearon en apoyo de la marcha obrera y sindical. También lanzamos globos de colores desde el campanario. Sabíamos que pronto la policía volvería a la carga, que aquello no podía continuar, que se estaba transformando en un problema de orden público. Pero nosotras no podíamos abandonar sin haber conseguido nada. Nos preparamos para el asalto final y durante tres días nos atamos con cuerdas a los niños para evitar un desalojo violento. Tanto el vicario Ignasi como el mosén Camps nos aseguraban que la policía no podía entrar en la iglesia sin el permiso de la autoridad eclesiástica. Pero todas sabíamos lo que había pasado en Vitoria hacía solo tres meses, cuando la policía gaseó la iglesia y mató a cinco trabajadores e hirió de bala a otros ciento cincuenta. La masacre de Vitoria nos rondaba por la cabeza. Sentíamos que el desenlace estaba al caer, y por la noche poníamos los santos frente a la puerta de la iglesia, atrancándola con sus cuerpos. Si intentaban entrar caerían y nos avisarían. Mosén Camps nos contaba que aquella iglesia había sido destruida reiteradamente, durante el tiempo de los almorávides, durante la Semana Trágica, durante la Guerra Civil. Aquellos muros, derruidos y vueltos a alzar, estaban llenos de historia y sufrimiento, decía el mosén. De allí habían salido los campesinos que desencadenaron el Corpus de Sang, que dio pie a la guerra dels Segadors, también decía el mosén. Todo aquello lo escuchábamos con estremecimiento. Deseábamos hacer historia, deseábamos doblegar a la patronal, para eso habíamos luchado, pero al mismo tiempo temíamos sus consecuencias,

pasar de heroínas a mártires. Veíamos los frescos pintados de la vida de san Andrés, y nos estremecían. Entonces mosén Camps nos explicaba que entre los personajes que aparecían pintados había un condenado con una bufanda del Barça, ya que el sacerdote de entonces, mosén Casanovas, era un culé empedernido. El pintor le gastó aquella broma pesada porque al mosén no le gustaban nada aquellas pinturas, demasiado modernas para su gusto, seguía explicándonos mosén Camps, entre risas. Su amiga la feligresa también reía, y nos miraba como diciendo que aquel cura era la monda, que gastaba un gran sentido del humor. Así se vengó, nos decía mosén Camps, riendo aún más, pintando al culé en el infierno. A veces pienso que es el mismo mosén Casanovas, decía mosén Camps, mientras seguía riendo, y su amiga la parroquiana reía con él, a carcajada limpia. Y el padre Ignasi comentaba que las iglesias estaban llenas de secretos parecidos, de ajustes de cuentas de ese estilo. De odios sempiternos. Dijo sempiternos y movió las manos de manera alusiva a tanto odio. Aquel pintor se había vengado de las constantes interrupciones y quejas del cura Casanovas pintando en el infierno a un seguidor del Barcelona. Un culé de gesto avaro, condenado a arder en el fuego eterno. Y yo entonces pensaba cuál sería nuestra condena, si saldríamos bien paradas de todo aquello, si nos condenarían por altercado público, si no se ensañarían con nosotras. La tensión era cada vez más fuerte, las riñas entre nosotras se sucedían y, al mismo tiempo, la solidaridad del pueblo nos enternecía, gente que no tenía nada y que hacía su donativo, por pequeño que fuera, a veces de una sola peseta. No podíamos abandonar, éramos rehenes de nosotras mismas, no podíamos defraudar a tantas personas que habían creído en nosotras, a tanta solidaridad ilusionada, teníamos que llegar al final, fuese cual fuese este. Y el lunes 28 de junio, a las cinco de la tarde, la policía echó abajo una puerta trasera que daba al patio posterior de la iglesia e irrumpió por sorpresa. Se sucedieron los gritos, la conmoción general, el miedo. Entraron los antidisturbios, insultándonos de la peor manera. A nosotras y a los curas, que tildaron de rojos traidores. Un grupo de madres se protegió tras el altar con sus hijos y comenzaron a cantar No nos moverán, mientras la policía cargaba contra el resto, rompiéndolo todo, en especial las puertas. Tiraron al suelo los botes de conserva, lanzaron por los aires los calderos, destruyeron todo cuanto pudieron, registraron todos los rincones. Nosotras no entendíamos por qué lo hacían, a qué se debía tanta violencia, por qué rompían a patadas las puertas, una tras otra. Habíamos decidido que nos pondríamos la chaquetilla de nuestros maridos, sin ninguna ropa debajo. La policía nos mandó quitarnos de inmediato las chaquetillas y cuando lo hicimos y descubrieron nuestra desnudez entraron en cólera y aún gritaron más, obligándonos a porrazos a ponérnoslas de nuevo, que no podíamos salir así a la

calle, con las tetas al aire. Nosotras gritábamos ¡Libertad! ¡Libertad!, y también ¡Unidas en la lucha, no nos moverán! o ¡Unidas en la huelga, no nos moverán! Y la policía fue sacándonos una a una fuera de la iglesia, alguna había recibido una bofetada, otra un pisotón, o un golpe en las costillas, e iban sentándose fuera, gritando las consignas aprendidas. Nunca me hubiera podido imaginar que pudiésemos concitar tanto odio entre aquellos policías, que pudieran maltratar a mujeres indefensas ante sus hijos, incluso ante sus esposos, muchos de los cuales habían acudido nada más se había conocido el nuevo asalto. Y pienso que nos atizaban no como policías sino como maridos. Todos ellos tenían esposa, todos ellos tenían su criada en casa, y en los palos que recibimos había reconcentrado el odio hacia nuestra causa, hacia nuestra reivindicación obrera y de clase, sí, pero también hacia nuestro sexo. Yo fui de las últimas en salir. Pero ya no era yo. Y fuera de Sant Andreu me sentí perdida, incapaz de regresar a mi vida anterior. De pronto entendí que también debía abandonar mi otro encierro. Y que esa sería una nueva lucha. Una lucha para la que no sabía si estaba preparada. Las mujeres empezamos a recorrer las calles de Barcelona en una manifestación improvisada. Bajamos por la calle de Sant Ferran con el deseo de llegar a la plaza de Sant Jaume. Fuimos cantando, coreando nuestros lemas, con las chaquetillas de Motor Ibérica, como si fuésemos trabajadoras de verdad. La gente nos miraba y nos aplaudía, nos animaba a seguir luchando, era sorprendente la solidaridad que despertábamos. Salvo la de nuestros maridos, que nos seguían detrás, preguntándose qué más queríamos. Los grises nos golpearon en un cruce para permitir el paso de la circulación, y nosotras, entonces, en un quiebro inesperado, nos metimos en la iglesia de Santa Maria del Pi. Entramos en silencio, porque estaban en plena misa, pero en seguida los feligreses se volvieron hacia nosotras y nos animaron a seguir luchando. Asistimos al final de la misa, y desde fuera se oía a la policía increpar a unos y otros y amenazar con entrar a desalojar el templo. Pero no se atrevieron. Estaban furiosos por no haber previsto aquella situación. También nuestros maridos estaban inquietos, asombrados de nuestra lucha, de nuestra lucha por ellos. Hablaban con los policías y les aseguraban que estaban igual de sorprendidos. Estos contestaban con un rictus sonriente y burlón. Cuando acabó la misa, hicimos una asamblea. Yo propuse continuar allí con el encierro, prolongar la lucha hasta que hubiésemos conseguido algo. Porque no habíamos logrado nada. La asamblea se alargó, porque la mitad de nosotras quería seguir con el encierro y la otra buscaba regresar a casa y continuar la lucha de otra manera. Nadie sabía cuál era esa otra manera, pero eso decían. En el fondo sabían que tan pronto regresasen a sus hogares volvería a ser la mujer de. Que las atarían en corto. Ahora teníamos la posibilidad de seguir gozando de nuestra libertad, y además en una iglesia tan

popular y céntrica como la del Pi. Eso doblegaría a Motor Ibérica, dije. Esa sería nuestra gran victoria. Incluso propuse quedarnos al menos una noche, para forzar a la prensa a seguir nuestra reivindicación. Algunas alegaron, con razón, que no teníamos comida, ni la más mínima infraestructura, que qué hacíamos con los niños, que corría la posibilidad de que más maridos denunciasen a sus esposas por abandono del domicilio. Esta sombra agitaba la imaginación de muchas mujeres, perder a sus hijos. Quedar ante la justicia, rancia y machista, como unas fulanas que durante un mes habían abandonado el domicilio familiar. La justicia ignoraría los motivos del abandono, decían. Solo irían a los hechos. Obviarían que lo habían abandonado por los maridos, por sus puestos de trabajo. Maruja, con su voz cascada de tanto gritar y cantar, intentó convencerlas de que era absurdo, de que el mundo se revolvería contra los jueces. Pero en el fondo nadie se lo creía, los jueces también eran maridos y seguro que tomarían cartas en el asunto. Aquello ya no era una movilización obrera y sindical, sino que tomaba camino de convertirse en algo muy distinto, en una revolución feminista. La noche había caído y seguíamos discutiendo. Los niños tenían hambre, y desde fuera se oían algunos gritos de nuestros maridos animándonos a abandonar la lucha. Alguna hacía el gesto de ladear la cabeza indicando cuál era la opinión de ellos. Y Maruja contestaba que ellos podían decir lo que quisieran, pero que era cosa nuestra. En el templo gótico resonaban las voces de unos y otros, amplificándolas. Miré la talla de piedra que representa a la Virgen con el Niño. Según la tradición, apareció en la base de un pino que un pescador quiso cortar para construirse una barca. Como consecuencia, construyeron la iglesia. La típica historia de la imagen sacra escondida y milagrosamente descubierta. Una imagen de mujer pasiva, resignada, dócil, dispuesta a aceptar su inverosímil destino. Un destino decidido por los hombres, pensé entonces. Podemos ser unas santas, pero también podemos ser algo más, y así lo dije. Pero nadie me entendió. Aquello sonó a exabrupto, casi a blasfemia. Solo quedaba votar y así se procedió, democráticamente, poco antes de las once de la noche. Maruja hizo el recuento y anunció el resultado. Salimos una a una de la iglesia, decididas, o más bien resignadas, a afrontar nuestro destino. Nuestros maridos nos esperaban. Aún no habían dado las doce.

Este relato está basado en el encierro improvisado que mantuvieron durante un mes trescientas mujeres y niños en junio de 1976, en la parroquia de Sant Andreu de Palomar. Eran las parejas e hijos de los trabajadores de la fábrica Motor Ibérica del Poblenou, a quienes la empresa quería recortar el sueldo o

despedir. Tuvo gran repercusión en los medios de comunicación extranjeros y nacionales y fue una de las primeras veces en las que el liderazgo de una acción de protesta por motivos laborales correspondió a las mujeres.

Titi en el mundo de las palabras incomprensibles

Marta Sanz

1

Atardecer en una periferia urbana. Muy urbana. Azoteas con alambicadas antenas y cuerdas para tender la ropa. Edificios de cuatro plantas sin ascensor. Ladrillo visto. Fachadas sin balcones. En los bajos, la panadería. Frente al portal, casi siempre pretencioso, un kiosco de prensa. Tebeos, fascículos y cigarros sueltos. Marca, Diario 16, Zipi y Zape, Interviú.

—¡Titi! No te quedes ahí mirando. Cierra la boca que pareces lelo, hijo…

Descampados para echar partidos de fútbol. Patatales. Niños con lesiones incógnitas en las rodillas, que aparecerán al intentar marcarse un “fiebre del sábado noche” en mitad de la pista de la disco infantil. Luces estroboscópicas y bolas de cristalitos.

—Titi… ¿Qué ha sido ese crac?

Lejanos proyectos de parques con columpios. Locales de asociaciones vecinales. Las niñas hacen test del Lily arracimadas en los bancos de madera. Forman corros inexpugnables para que nadie pueda entender qué pasa dentro. Al otro lado de sus espaldas. Elige un paisaje y lee la descripción de tu personalidad. Contesta estas preguntas. ¿Mayoría de A? Eres tímida y dulce: has de soltarte un poco la melena sin renunciar a tu dulzura. ¿Mayoría de B? ¡Hija, qué carácter! Baja esos humos o te quedarás para vestir santos. Risotadas. Todas se sienten precoces y son soñadoras.

—¿Y tú qué miras, Titi? Anda, tú a lo tuyo, que no le das a la pelota ni por casualidad…

Lo cierto es que Titi no es un gran futbolista. Pero se le dan bien las palabras porque no las entiende casi nunca y eso hace que se interese por ellas y por sus tripas. Con la seguridad de que, gracias a ellas y a sus misterios, desentrañará el mundo.

2

Titi ha oído: “Te quedarás para vestir santos”. No entiende, pero siente el pellizco, la chispita eléctrica, del que no sabe y quiere saber. Titi se coloca sobre la cabeza apepinada, a causa de los esfuerzos del parto de su madre, el salacot de los exploradores. Ya conoce el significado del nombre “salacot” porque lo leyó en un diccionario y ha visto salacots en infinidad de tebeos y películas. De modo que ahora la preocupación de Titi es otra: “Para vestir santos”, ¿qué santos?, ¿tienen cuerpo los santos?, ¿los vestirán con túnicas?, ¿qué tiene de malo vestir a un santo? Si acaso, desvestirlo… A veces, lamenta que sus padres no les den importancia a estos asuntos. Dicen que son agnósticos y Titi llega a la conclusión de que ser agnóstico es que te dé lo mismo que tu hijo haga lo comunión o no la haga. Él la hizo porque todos los de su clase la hicieron, pero tampoco ha logrado entender, ni siquiera en las clases de catecismo, qué demonios es aquello de la Santísima Trinidad. Uno y trino. Será una contraseña. Misterio. Ábrete, Sésamo. Y se rompe el grano de la especia que adorna el panecillo de las hamburguesas. Titi es un fantasioso. Un entomólogo para el que cada palabra es una mariposa. Entomólogo, ictiólogo, radiólogo y espeleólogo son términos de profesiones científicas que Titi se aprendió de una tacada. Los términos aislados son más fáciles de desentrañar que las combinaciones de palabras y los refranes antiguos que esconden secretos y códigos desconocidos. “Te quedarás para vestir santos”. ¿Pero qué santos?, se pregunta Titi. Frente a sus ojos se alza la ilusión de un convento y de unas yemas de santa Teresa. La boca se le hace agua y el culo zarzaparrilla, y justo en ese momento a su equipo le meten un gol. Después se pone a llover y Titi se va a casa. Mañana será otro día. Y este dicho a Titi le parece una gran redundancia y una solemne gilipollez. Como su madre le lea los pensamientos, le parte la boca.

3

La lluvia convierte el descampado en una plancha de arcilla. Contra ella se juega al peligrosísimo juego de lanzar un palo metálico para clavarlo en la tierra.

—Titi, te he dicho mil veces que eso es muy peligroso. A ver si te vas a clavar el puto hierro en el ojo y luego a ver qué hacemos…

Robertito, alias “Titi”, lleva pantalones cortos y sale disparado al oír el grito de su madre que vuelve del mercado con un carrito cargado de acelgas y coles con las que, por la noche, toda la casa olerá a pedos que él se tendrá que comer para cenar.

—Sí, Titi, tenemos coles de Bruselas. No me mires con esa cara que no te vas a librar. ¡Si son de Bruselas, hijo! ¿Qué más quieres?

Titi no tiene ni idea de dónde está Bruselas, pero al llegar a casa se va derecho a la estantería del salón donde estaban la enciclopedia, el atlas, el diccionario y las novelas de Julio Verne que su padre guarda de cuando era pequeño. Primero localiza Bruselas en el mapa político de Europa y luego busca la entrada en la enciclopedia. Ni que decir tiene que Titi lleva gafas de culo de vaso.

—Bruselas, capital de Bélgica. Bruselas, capital de Bélgica. Bruselas, capital de Bélgica.

Repite tres veces para que no se le olvide nunca que Bruselas es la capital de Bélgica. Y luego escribe una ficha con algunas informaciones complementarias. “Informaciones complementarias”, caligrafía con letras de molde. Subraya la expresión con una regla. “Informaciones complementarias. Dos puntos. Manneken Pis. Grand Place. Mejillones con patatas fritas. Les Marolles. Atomium. La Bolsa”. Sin entrar en los enigmas de las lenguas extranjeras. Titi va a lo más inmediato: “La Bolsa” ¿de qué? Vuelve a tener un problema porque para él una bolsa es un objeto en el que se meten cosas distintas que incluso pueden mezclarse: la bolsa de la compra, la bolsa del pan, la bolsa de pipas… ¿Alimentos, siempre? Su padre, que trabaja en una empresa de import-export, le ha explicado que no: “¿Te acuerdas de la tía Luisa?”. Titi se acordaba. “Bueno, pues la tía Luisa tiene bolsas debajo de los ojos”. De repente Titi tuvo un

estremecimiento y comprendió la verdadera dimensión de las ojeras inflamadas de su tía Luisa. También le extrañó que su padre no le hablase de la bolsa de valores que para él seguía siendo un enigma, bolsa de valores, ¿qué escondería esa bolsa? Así que hoy el problema seguía siendo “los valores” y no “la bolsa”, que era, con toda claridad, un recipiente o un contenedor.

—¡La bolsa o la vida!

—La bolsa, la bolsa…

Titi visualiza el saco con el que el ladrón sale de las mansiones después de haber robado la plata y la cubertería y los trofeos deportivos de los señores marqueses. Se concentraba mucho cuando hablaban de Telefónica y Eléctricas en la televisión. Pero se perdía entre enteros, devaluaciones y caídas. ¿Adónde?, ¿de qué? A Titi le aguarda un prometedor futuro como hombre de letras.

4

—Bruselas, capital de Bélgica. Bruselas, capital de Bélgica. Bruselas, capital de Bélgica.

—¿Y la de Francia? ¡París! Allí me iba yo ahora mismo a comprarme un modelo de Dior y a beberme una copita de champán.

La madre de Titi es una soñadora. Su marido se lo decía todo el rato:

—Bego, eres una soñadora.

Y Bego no decía nada. Y se quedaba con las ganas de ir a París. Titi busca en el atlas la ciudad de París para corroborar que su madre no estaba equivocada porque el niño lexicógrafo no se fía ni un pelo de su madre. Porque su madre es de esas personas que ponen “Sus labores” cuando rellenan un documento y eso se parece mucho a no ser nada. De hecho, Titi no entiende la expresión “Sus labores” igual que no entiende palabras como “cortafríos” o combinaciones de ellas como “bote salvavidas”, “partido político” o “Comisiones Obreras”. ¿Por

qué a los bollitos que se rellenan con fiambre en los cumpleaños se les llama "medias noches"? Tampoco sabe Titi, ahora que acaba de leer la entrada de París, qué quería decir aquello de que "París es la ciudad de las luces". ¿Una ciudad llena de bombillas, farolas y farolillos? ¿Una ciudad donde todas las bombillas eran de cien vatios? ¿Una ciudad en la que hay que andarse con pies de plomo, porque en cuanto la pisas, te electrocutas? "Andarse con pies de plomo" tampoco es una frase fácil de entender. A Titi le conduce al mundo de la robótica y la ciencia ficción. Seres de plomo y cristal. Los pechos fuera de Afrodita A. Titi se hace las representaciones mentales de estos vagones enganchados de palabras y llega a extravagantes conclusiones: un cortafríos es un abrigo posiblemente corto; un bote salvavidas, un antídoto contra la picadura de serpiente metido en una lata de tomate; el partido político, como no era de fútbol ni de balonmano, no le entra en la cabeza; y lo de las Comisiones Obreras debía de ser, sin duda, el resultado de una errata. Para Titi, es mucho más fácil interpretar "comisiones de obreras", porque ha buscado en el diccionario "comisión": "Conjunto de personas elegidas para realizar una determinada labor en representación de un colectivo.". Así que, Titi, un buen analista morfológico, pasa la palabra del singular al plural e introduce entre las "Comisiones" y las "Obreras", la preposición "de".

—Los análisis morfológicos son investigaciones. Son las genealogías de las palabras y también el instrumento que nos permite comprender cómo unas palabras se pueden vincular con otras a través de unos hilos invisibles.

La maestra de Titi aún no tenía mucha información sobre las nuevas tecnologías ni la telefonía móvil ni las cadenas de ADN, pero era una mujer imaginativa y con visión de futuro. Titi, como era normal, estaba un poco enamorado de su maestra.

—A, ante, bajo, cabe, con, contra, de…

—Magnífico, Titi.

Titi recitaba de memoria las preposiciones y también sabía lo que eran las obreras: las veía salir todos los días de la fábrica "La Algarabía: productos derivados de la carne". En otro momento reflexionaría detenidamente sobre si algo puede derivarse de la carne o la carne es en sí y punto. Las derivaciones le sonaban a una matemática incompatible con los cerdos y terneras. Pero, de pronto, un chorizo le atravesó la mente y Titi comprendió. Al contrastar el

chorizo con las coles que hierven en la olla de su madre, Titi quiere llorar. Pero ya no tiene edad.

—No llores, Titi. No llores.

Su maestra le consolaba cuando sus amigos se burlaban de él. Había decidido que nunca más les iba a contar sus inquietudes ni sus dudas lingüísticas.

—Es que este niño es idiota, seño…

—Este niño llegará a grandes cosas. No como vosotros, pandilla de mamelucos.

—¿Mama Lucas? ¿Papa Lucos? ¿Mama Lucos? ¿Papa Lucas?, ¿mama qué? ¡Mamarracho!

Titi no pudo evitar saltar:

—¿Veis cómo pasan cosas raras?, ¿lo veis?

—Tú sí que eres raro, Titi, titiritero, tartamudo, tiritiriri, trompetero, tití, monito, ¿queres ma asúca? Ti, ti, ti, el mongolo cuatro ojos dice ti…

“Hijos de puta”, pensó Titi, que ya estaba enterado de que los mongólicos no eran subnormales, sino que padecían el síndrome de Down. Como Titi había empezado ya con el inglés, dedujo rápidamente que el síndrome de Down era el síndrome de Abajo: tampoco la solución anglosajona le pareció muy respetuosa. La maestra se lo llevó de allí y le dio un beso. Ahora, en casa, entre los libros abiertos, Titi se lleva la mano a la mejilla:

—¿Te has lavado las manos después de estar tocando mierdas toda la tarde, Titi?

Se mira las manos para ver si dan el pego. Pero no. Están mugrientas y ásperas. El niño va al cuarto de baño y se lava las manos con fruición. En realidad, lavarse las manos no es tan desagradable. Antes de la santa limpieza, Titi hace algo que le encanta. Deja huella. Planta la mano bien sucia detrás de la puerta del comedor. Su marca. Roberto, la mano negra. Quizá Titi no es trigo limpio. Su abuelo Román a veces lo mira de reojo:

—Hijo, tú llevarás gafas, pero no eres trigo limpio.

Se lo dice sin sorna. Titi no le hace ningún caso porque su abuelo trabaja en una fábrica y qué va a saber él de trigos, de trigos limpios o sucios, de campos o espantapájaros. El caso es que, si su madre lo pilla, le va a meter un guantazo que se le quita de golpe toda la tontería. Pero de momento Titi es un rebelde, un ilegal, un descontento, que a la hora de la cena se zampará un plato hondo de coles de Bruselas bien cociditas. Aunque ponga cara de angustia. Se las va a zampar.

5

—¿Ves, hijo? Si no están tan malas… Y tienen muchos minerales.

“Y son de Bruselas”, piensa Titi mientras hace bola verde dentro de la boca e imagina el color y la consistencia de la masa que va a tragarse en un par de segundos. A Titi que los alimentos sean ricos en minerales no le parece un argumento para hacerlos apetecibles. Ya en el siglo XXI, Titi disfrutará de las esferificaciones, polvos, licuefacciones y liofilizaciones de los mejores restaurantes. Pero, hoy por hoy, Titi es un atormentado que va enquistando su rencor.

—¿Ves, hijo? Si están de chupa pan y moja…

Aquello era demasiado para la racionalidad y el sentido cronológico de Titi. La lógica de las palabras. ¿Primero chupa el pan y luego moja?, ¿qué tipo de cerdada es esa?, ¿no deberíamos pensar un poquito más en lo que decimos?, ¿cómo casa este asunto con la obsesión del lavado de manos? Chupar pan y mojar le parece una acción, no estimulante, sino más bien disuasoria para comer coles de Bruselas. Incluso para comer espagueti con tomate que son su plato preferido. El Titi de nueve años, protohombre de las letras hispánicas, se encastilla en la idea de que el orden de los factores sí altera el producto.

—Come, hijo, come, que están de chupa pan y moja…

Una náusea contrae el estómago del niño.

—Pero qué melindres eres, Titi.

No va a entrar hoy en los melindres. Titi es un atormentado con cara de angustia que ignora que su angustia va a ser mucho peor en cuanto su padre entre por la puerta. Muchísimo peor.

6

De camino a casa, Mateo no encuentra las palabras para contarle a Bego lo que había pasado. El cabeza de familia hace previsiones que pasan por dejar de pagar la hipoteca del piso y volver a casa de sus padres. Mudanza y rabo entre las piernas. Proyectos de vida, truncados nada más empezar, del motorizado joven hombre nuevo de la democracia naciente. Vergüenza. Fracaso absoluto del self-made man. Mateo prevé malos momentos entre su madre y Bego. Reticencias. Putaditas. Discusiones por la cantidad de leche para cuajar la bechamel de las croquetas. Pero ¿podrán comer croquetas? De engrudo. Mateo también teme por el derrumbamiento de su vida sexual y de su intimidad. Vuelve a la adolescencia. Le pide la paga a sus padres que son pensionistas. No tiene dinero para comprarle unos zapatos a Titi y muchísimo menos un diccionario. No tiene dinero para comprarle a Titi un CinExin ni un Magia Borrás ni una colección de libros ilustrados de Bruguera. Ni el diccionario de la RAE que le había prometido para Reyes. A la mierda el cochecito y las vacaciones en la playa. La gasolina está por las nubes y los apartamentos, alquilados por quincenas, ni te cuento. Se acabaron las cervezas de los fines de semana y las aceitunas rellenas de anchoa. De las gambas con gabardina que tanta gracia le hacían a Titi, en fondo y forma, ya ni hablábamos. Mateo se ríe recordando a su hijo buscando a los flamencos, muertos o vivos, bajo el empanado del flamenquín. A los soldaditos bajo el rebozado de la fritura de bacalao. ¿Los buscaría enteros y vestidos, o en lonchas canibalizadas? A Mateo la sonrisa se le clava en las comisuras porque su situación le nubla la vista en forma de precariedades: se acabaron los trajes bien planchaditos para ir a trabajar y el Varón Dandy.

Mateo se mira las manos y asiste a la transformación monstruosa de sus cuidadas uñas de oficinista, de sus palmas sin callosidades, en áspero y sucio amasijo. El despido ha sido fulminante. Sin finiquito ni hostias. La empresa de import-

export se evapora para solidificarse en otro lugar más propicio. Se acabaron las celebraciones de cumpleaños y poner los pies encima de la mesita baja para ver el programa de Íñigo. Precisamente, Mateo echa mano de las películas que ha visto en la tele y valora la posibilidad de comenzar con…

—Cariño, vamos a tener que posponer un poco nuestro viaje a París…

A partir de ahí, Bego se olería la tostada. Mateo, al pensar en “se olería la tostada”, se representa a su hijo Titi, un niño muy parecido a él cuando era pequeño, comentando:

—Pero la tostada solo huele si se quema, ¿verdad, papá?

—Sí, hijo…

—Entonces, si alguien se huele la tostada, es que ha pasado algo malo, ¿verdad, papá?

—Sí, hijo…

—Pero ¿algo malo relacionado con cualquier cosa o solo con el fuego? Incendios y cosas así, digo.

Por quien más sentía lo del despido era por su hijo Titi. La tostada que se había quemado esta vez era la del trabajo de Mateo. Despedido. Que, por cierto, en inglés se decía fired. Del caño al coro y del coro al caño. Qué oportuna era la lengua del imperio. La verdad es que la cosa no tenía gracia. Cuando Mateo introduce la llave en la cerradura y le da la vuelta, aún no había decidido cómo abordar la cuestión.

—¿Otra vez coles? ¡No me jodas, Bego!

Es una reacción instintiva. Mateo empieza muy mal este diálogo.

—Titi, cuando seas mayor, vas a estudiar Filología y te vas a hacer como el señor de La bolsa de los refranes.

A Titi el señor de La bolsa de los refranes le recuerda a un búho. No por casualidad el búho, que acompaña a Palas Atenea, es símbolo del saber. Titi se está metiendo en el laberinto mitológico y, por eso, lejos de sentir temor a causa de su metamorfosis plumífera, ya se ve a sí mismo con un traje. Es más. Siente que tiene derecho a lucir un traje muy elegante. Mientras, su madre sigue pelando patatas en casa y dándole a la cabeza. Bego tiene calado a su hijo.

—No te me vuelvas un estirao. Que te estoy viendo, Titi.

Titi se turba como si su madre le hubiera sorprendido desnudo en la bañera. Hace un par de meses que Titi se baña solo. El abuelo Román ha trabajado toda su vida en una fábrica de coches y Bego está orgullosa de su padre que se ha ganado el pan con el sudor de su frente y siempre ha sido buen compañero y amigo de sus amigos.

—Con el sudor de su frente.

En cuanto puede, Begoña se jacta de los trabajos y la dignidad de su padre. Titi, que ya no tiene cinco años, ha corregido la imagen de que el abuelo Román embotellaba el sudor para comerciar con él y sus poderes mágicos. Su madre le ha explicado que lo del sudor de la frente viene de la Biblia que es otro libro mitológico. Y que trabajar cansa y, entonces, se suda.

—Vale.

Contesta Titi con cara de “ya no me digas más”, aunque sigue sin convencerle, desde un punto de vista estrictamente gastronómico, la combinación entre pan y sudor. El abuelo Román, en cuanto Mateo se casó con su hija, le dijo que se afiliara al sindicato.

—Pero si yo no soy un obrero, Román.

—Tú déjate de leches. Que uno nunca sabe.

Román habría preferido alguien menos lechugino que Mateo para su Begoña María. Porque la lista de la casa es Bego. Titi lo corrobora cada vez que se acuerda de aquella tarde mítica.

8

—¿Otra vez coles? ¡No me jodas, Bego!

Su madre se pone como una fiera corrupia por lo de las coles y su padre poco a poco va achicándose. De repente, empieza a llorar y las coles, por muy de Bruselas que sean, pasan a un segundo plano. Luego confiesa y se presenta a sí mismo como un hombre sin futuro. Sin oficio ni beneficio.

—Soy un hombre sin futuro. No tengo oficio ni beneficio.

Titi anota la expresión en una libreta que acababa de empezar aquella misma tarde.

—Se acabaron las gambas con gabardina, Titi. Y la universidad.

Mateo Salgado pintó, frente a los ojos de su mujer y su hijo, un destino de beneficencia.

—Titi irá a la universidad como yo me llamo Begoña María Martos.

Mateo, imbuido en su ombligo y su dolor, no oye a Begoña. También se le nublaba la vista entre las lágrimas y el imaginario humo de los insustanciales sopicaldos que se les avecinan. Sin dinero para medicamentos y sin calefacción central. Muertos de artrosis a los cincuenta y dos años.

—Nos tendremos que ir a vivir a casa de mis padres. Porque en casa de Román no cabemos, Begoña. No cabemos.

—Eso ni muerta.

Todo está conectado. La universidad, las gambas con gabardina, el tercer mundo, los cortafríos, las Comisiones Obreras, el cuento de La Fosforerita, la Navidad, Marcelino y Josefina en su piso modesto, la calefacción central, la gente que, cuando no está sola, hace más fuerza, el futuro, los supositorios para el dolor de cabeza. Qué paradoja incomprensible para Titi. El cráneo, el culo.

—Pero ¿tú no tienes el carné del sindicato? Mañana te vas a Oficinas y Despachos, y a ver qué te dicen…

9

Todas las palabras sin sentido ni orden se ponen en fila para organizar la existencia de la familia de Titi. Despido improcedente. Indemnización. Bolsa de trabajo que no es lo mismo que bolsa de valores. Titi tacha la proposición “de” que había escrito entre “Comisiones” y “Obreras”. Borra de su mente la imagen de un grupo de obreras de La Algarabía, derivados cárnicos, que baila una sardana. Pese a todo, no le convence la posibilidad de que su papá sea un obrero. Porque su papá es un oficinista y, en casa, tienen televisión y cada vez más libros en la estantería.

—¡Papá, tenemos una biblioteca!

Titi se limpia las gafas mientras ojea su nuevo diccionario de la RAE encuadernado en piel de cerdo. Este detalle le produce cierta grima; sin embargo, comienza a comprender lo que significa el concepto “clase media”. Incluso ya ha entendido que el tercer mundo no es un destino al que se llega en nave espacial, enfundado en un traje blanco de astronauta, después de haber atravesado el primero y el segundo: el tercer mundo es más bien un mundo de tercera categoría como los trenes con vagones de primera, segunda y tercera. Como el añojo de tercera, que no es ni más ni menos que la peor carne de vaca que se desangra sobre el mostrador de mármol blanco del señor José Ángel, el carnicero del mercado. Allí su madre le enseña a Titi lo que son los filetes de la contra, el rabillo y la tapilla, así como su lejanía semántica con tapaderas y rabos. Cada vez que va a la compra con su madre, Titi se percata de que el trabajo de su madre es importante. Y piensa que un día va a ir a decírselo a las Comisiones Obreras a ver si piensan algo para que Bego no le pida a Mateo las perras para todo. Porque ella los cuida y porque ella es la que soluciona, en casa, todas las catástrofes. Cuando Titi crece, piensa que su madre ya no tiene solución. Su felicidad está en la casa. Se olvida de ella. A veces aún resuenan las palabras sencillas de aquella mítica tarde en que su padre fue despedido de la oscura oficina de import-export.

—Y no me vengas con lo de las coles, Mateo. Que tienes que dar ejemplo a tu hijo.

Todas las palabras sin sentido se ponen en fila en la mente de Titi. Su madre. El abuelo Román. El truncado futuro de un hombre que no estaba solo. El nuevo trabajo de su padre. La clase media. Las Comisiones Obreras.

10

El doctor en Filología Hispánica, experto lexicógrafo, Roberto Salgado Martos no olvida nada mientras vuelve a poner los sintagmas en orden dentro de su memoria y mira a través de la ventana de su despacho en la universidad. En el túper, otras coles de Bruselas le ponen ojitos. El doctor Salgado se quedó con las enseñanzas vegetales frente a los derivados cárnicos. Ahora come quinoa. Y chía. Muchísima chía. Y alfalfa y zanahorias crudas.

—Siempre has sido un exagerado para todo, hijo mío.

Da lo mismo que Bego le recuerde su naturaleza omnívora.

—Y un poquito gilipollas también has sido siempre, hijo mío. El idiota de la familia, que diría Sartre.

Bego ha leído muchísimo a lo largo de estos años. Siempre anda metida en algún club de lectura. Por eso, le recuerda otras cositas a Titi que ya está capacitado para comprender incluso ciertos dichos basados en escenas del catolicismo mitológico:

—Ya te acordarás de santa Bárbara cuando truene, Titi. Ya te acordarás.

Su encanecida madre, moviendo la mano, le hace a Titi estas advertencias mientras el hijo sigue escondido entre palabras bajo las que se esconde para no ver. Como si viviese bajo una manta.

—No hay más ciego que el que no quiere ver, hijo de mi vida.

Naturalmente, hoy por hoy, Titi no está sindicado porque no es un obrero, vota al centro y está seguro de que a él ciertas cosas nunca, nunca, le van a suceder.

De Lloviendo piedras a Los lunes al sol

Andy Robinson

Hechos del mejor estaño británico, réplicas en miniatura de las famosas linternas Davy que iluminaban los pozos infernales en tiempos de Dickens, los llaveros de solidaridad con la huelga minera pesaban mucho. Los alumnos de la academia de inglés —jóvenes catalanes que esperarían a Lloviendo piedras para conocer la verdadera tragedia de la british working class— no mostraban demasiado interés. El llavero resultaría incongruente en las viejas fábricas textiles reconvertidas en bares de disseny y clubes de bacalao en las afueras de la ciudad. Pero los profesores —casi tan jóvenes como los alumnos— los comprábamos como si fuera un deber moral, un bulto algo molesto en el bolsillo para no olvidarnos de lo que dejábamos atrás. Las chapas de Coal not dole —carbón sí, paro no—, también. Éramos todos solidarios con los mineros. Tal vez nos sentimos culpables de habernos marchado de Inglaterra en medio de la huelga más simbólica de todas. La última lucha.

Fue el invierno de 1985 y la escuela de idiomas, alojada en un bloque minimalista en el centro de Sabadell, se abastecía de una oferta inagotable de profesores de lo más cotizados: auténticos native speakers. Ya éramos unos cuarenta y cada trimestre llegaban más. Jóvenes recién salidos de las universidades británicas aterrizaban en Barcelona como refugiados de un país en guerra. No éramos, por supuesto, las víctimas directas del programa de “racionalización” y “desnacionalización” del gobierno de Margaret Thatcher, tal vez el primer experimento neoliberal del mundo que arrasaría la siderurgia, la minería de carbón, los puertos y los astilleros, la industria del automóvil (al menos la de marca británica) y mucho más. Todo con el fin de acabar con la militancia sindical. Éramos, eso sí, daños colaterales. Entendíamos lo que se estaba destruyendo y lo que se avecinaba. Habíamos escuchado a The Mekons y a The Clash en aquellos momentos efímeros de plantar cara y cerrar filas. Pero ahora, envueltos en largos abrigos grises comprados en la tienda Oxfam, escuchábamos lóbregamente las baladas suicidas de Joy Division y The Smiths.

Y huimos a España con Escondido de Ronald Fraser metido en la mochila.

El fin de la industria pesada británica y de sus combativos sindicatos fue una operación planificada con esmero por el Gobierno conservador. Eso lo supimos de antemano. El llamado Plan Ridley, un dosier secreto que explicaba con pelos y señales la estrategia de desmantelamiento, privatización y provocación, fue filtrado a la revista The Economist a finales de 1978, seis meses antes de la victoria de Thatcher. Aconsejaba al equipo conservador, acólitos de las nuevas teorías de Milton Friedman y la Escuela de Chicago, provocar, en primer lugar, enfrentamientos en "una industria no estratégica donde podamos ganar […] por ejemplo, la siderurgia". Acto seguido se debía preparar un conflicto en la vital industria minera donde el sindicato nacional de trabajadores de la minería, el NUM, había sido la némesis hasta la fecha invicto de los gobiernos conservadores. Como preparativo para esa batalla decisiva, Ridley recomendó ir acumulando existencias de carbón, así como formar "un equipo de policía amplio y fácilmente desplazable, bien equipado para defender la ley".

Y efectivamente, meses después de la victoria electoral de Thatcher en el otoño de 1979, el Gobierno eligió la industria del acero —golpeada por la competencia alemana y asiática tras décadas de desinversión— para la primera ofensiva. Nombró como consejero delegado de la siderúrgica estatal, la British Steel Corporation, al azote de los sindicatos Ian MacGregor, de origen escocés pero estadounidense de espíritu, especializado en el capitalismo más darwiniano, un ejecutivo que, tras liquidar activos y destruir empleo en el sector metalúrgico estadounidense, fue fichado por el banco Lazard Brothers en Wall Street. MacGregor anunció un aumento salarial tan modesto para los 160.000 trabajadores de la British Steel —el 2% en tiempos de inflación de dos dígitos— que una huelga era inevitable. Serviría para alimentar a los tabloides con la narrativa ya esbozada en el Plan Ridley, de sindicatos avariciosos y egoístas dispuestos a sacrificar miles de empleos con tal de engordar sus paquetes salariales. Ya antes del inicio de la huelga, MacGregor había cerrado plantas en el norte de Gales, una de ellas en Shotton, cuya pluma de humo blanco había convocado extrañas criaturas en mi imaginación infantil, algunas premonitorias, cuando pasábamos delante en el coche familiar camino a las playas de la isla galesa de Anglesey a dos horas de Liverpool.

La huelga de la British Steel empezó en enero de 1980. De acuerdo con el Plan Ridley, otros trabajadores del sector público —mineros, ferroviarios— considerados un hueso más duro de roer, recibirían aumentos de salario mucho

más generosos. Esa batalla se dejaría para más adelante. Después de tres meses de huelga en las acerías, MacGregor concedió un aumento del 18%, una aparente victoria para el sindicato. Pero acto seguido, la dirección de la siderúrgica estatal anunció 11.000 despidos. Ya en 1983, cuando MacGregor abandonó la British Steel para incorporarse al mando de la British Coal, la empresa estatal de minas de carbón —y el próximo blanco de la ofensiva antisindical—, la siderurgia pública solo empleaba a 77.000, menos de la mitad que dos años antes. Pronto, grandes partes de la industria se venderían a los nuevos actores de la economía del futuro: empresas pantalla, sociedades fantasma y multinacionales de sede offshore especializadas en destripar activos. Hasta se cerraría la acería de Ravenscraig en Glasgow, el orgullo de la industria escocesa. Entre tanto, de acuerdo con el guion, MacGregor provocaría a principios de 1984 la huelga en la industria minera tras acumular millones de kilotoneladas de existencias, entrenar a un ejército de policías antidisturbios, envalentonar a sus caballos y adiestrar a sus perros de presa.

En aquellos meses yo terminaba la carrera en Londres y contemplaba los escombros de la economía británica desde la perspectiva privilegiada de los estudios universitarios. Pero incluso para mí, la seguridad del pasado se desvanecía en aquel ajuste thatcheriano, iniciado con una recesión brutal inducida mediante subidas disparadas de los tipos de interés que frenaron la economía en seco y desataron una subida terrorífica del paro. El cambio de zeitgeist fue vertiginoso. En 1979 escuchábamos al grupo pospunk XTC cantar su crítica cáustica al conformismo de la clase media, Haciendo planes para Nigel, con el estribillo: “Tiene su futuro en la British Steel”. Pero solo cinco años después la siderúrgica estatal no garantizaba trabajo para sus directivos, y el futuro, hasta para los universitarios, estaba en entredicho.

El colapso se hizo más evidente en el norte industrial donde la ciudad de Liverpool había sido seleccionada para “un declive gestionado”, según la frase lapidaria del ministro de Hacienda, Geoffrey Howe. Los fantasmas ya recorrían las grúas oxidadas del astillero Cammel Lairds en Birkenhead a escasos kilómetros de los suburbios arbolados donde pasé mi infancia. Poco después se escenificaría la derrota de los estibadores del puerto de Liverpool. Pero Londres tampoco sería un refugio de la tormenta. Amigos ya afincados en la capital buscaron, pero no encontraron trabajo pese a sus títulos universitarios. Dos de ellos se resignaron a fregar platos en un bistró del gentrificado Covent Garden, el mal llamado “Tourment d’amour” donde ya disfrutaba las cartas pre-theatre la nueva generación de yuppies, muchos integrantes de la única fuerza de trabajo

que crecía en la capital: los brokers de la City londinense expectantes ante el inminente Big Bang de las finanzas thatcherianas.

A mí tampoco me resultaba fácil llegar a fin de mes conforme los alquileres subían en la capital. En 1982, mientras los disturbios se extendían desde Brixton, me hice okupa con dos amigos en las ruinas de un bloque de apartamentos de la fracasada escuela Le Corbusier. Aprovechaba el largo abrigo post-Joy Division para robar lo necesario, desde latas de alubias en salsa de tomate a los ensayos de la bibliografía universitaria. Hasta que un día fui aprehendido in flagrante en la librería Dillons de Bloomsbury con un ejemplar de Vigilar y castigar de Michel Foucault en el bolsillo interior, un delito que supuso varias horas en el calabozo y un juicio posterior en el que el juez respondió con cara de póquer a mi defensa de que el delito fue un homenaje a la obra. Vencido, empecé a fregar platos también en un nuevo wine bar cerca de la City con su propia clientela yuppy en cuya sórdida cocina se guisaba a fuego lento la resentida conciencia de clase de aquellos tiempos de impotencia. Dave, el cocinero, hijo de marineros de Portsmouth, daba instrucciones para no escurrir del todo los riñones de vaca para así "amarillear" el steak and kidney pie, y en momentos de insumisión total se subía a un taburete para echar pedos al chili con carne. Esta clase de gamberrismo de clase fue sustituyendo la lucha del derrotado movimiento sindical y alcanzaría su apoteosis con la acción directa del grupo anarquista Class War en el flamante distrito de apartamentos de lujo, faux bistrós, wine bars y sedes de bancos internacionales en las docklands bajo el eslogan: Mug a yuppie! ("atraca a un pijo").

Ni con la ayuda de Foucault podía defender semejantes tácticas de lucha, en parte porque yo mismo me permitía el lujo de ir una vez al mes a un nuevo bistró seudoparisino instalado debajo de un viejo puente de ferrocarril en Hackney. Pero hice todo lo posible para solidarizarme con la clase obrera en la guerra contra Thatcher. Participaba en las recolectas de alimentos para los mineros en Yorkshire, los estibadores en Liverpool y los trabajadores del acero en Gales en sus respectivas huelgas. Me desplazaba en autocar a los puntos calientes de las huelgas como Mansfield, aunque, como los oficiales y caballeros de la batalla de Waterloo, los estudiantes normalmente nos quedábamos en la retaguardia. En una ocasión un grupo de trabajadores del acero se alojó con mi hermano en su casa de pino lijado del barrio de Hackney, ya en vías de gentrificación, y contaron, en una sesión de siete u ocho pintas en el pub local, las durísimas tácticas empleadas contra los transportistas esquiroles: "Nos metemos en los puentes que cruzan la autopista y, cuando pasan por debajo, dejamos caer un

ladrillo”.

La violencia crecía como la espuma en Inglaterra conforme Thatcher deshilaba el tejido social y el paro alcanzaba niveles inimaginables desde la Gran Depresión. Todos los viernes en el pub The Crown del deprimido East End londinense donde los estudiantes ocupábamos casas condenadas a la demolición, algún vecino posobrero acabaría provocando una pelea a botellazos con derrames de cerveza y sangre. Una fiesta estudiantil se convirtió en una batalla campal. Quien asistiera a un partido de fútbol se arriesgaba a sentir el golpe neumático de una bota Doctor Martens en los riñones.

Pero nadie estaba preparado para la orgía de violencia protagonizada por los policías de los añejos condados de Yorkshire y Nottinghamshire en la huelga de los mineros. Siguiendo el guion Ridley, MacGregor había declarado la guerra mediante el cierre de decenas de pozos productivos. Los mineros se declararon en huelga en marzo de 1984 y el paro fue secundado por todas las regiones mineras del país con la excepción crítica de Nottinghamshire. Allí se escenificaron piquetes masivos y la contundente respuesta de las fuerzas de seguridad que pronto se convertiría en una ocupación policial de las regiones mineras. A los huelguistas se los detuvieron en las salidas de sus pueblos o en las autopistas, y los que llegaban para unirse a los piquetes en Nottinghamshire se encontraban con miles de policías armados con bastones de intransigente roble inglés. Los accesos a los pueblos mineros fueron cerrados con controles policiales y toques de queda nocturnos permitían detener a cientos de vecinos como en una de esas películas que tanto gustaban a los ingleses de la posguerra en las que se especulaba sobre qué habría pasado si los nazis los hubiesen logrado invadir.

La batalla que transformó definitivamente nuestra percepción de la democracia inglesa y de aquel desenfadado bobby británico ocurrió en junio de 1984 en Orgreave, una planta de coque en el condado de Yorkshire que abastecía lo poco que quedaba de la industria del acero tras el paso de MacGregor por la British Steel. La dirección del sindicato de mineros —brillantes oradores y astutos estrategas como Arthur Scargill y Peter Heathfield— había decidido desplazar los piquetes hasta Orgreave para golpear la industria del automóvil. No contaban con que, bajo directrices del Gobierno, la policía desplegaría una auténtica caballería medieval compuesta por cientos de efectivos montados y equipados con lanzas de dos metros. Estos cargaban contra los piquetes seguidos de jaurías de perros salvajes. Detrás, llegaba la infantería policial dando bastonazos a

diestro y sinestro. Al final de la jornada, cientos de mineros yacían en la pradera verde de la campiña inglesa con sangre manando de la cabeza. Parecía una reconstrucción cinematográfica de aquella Inglaterra de la batalla de Agincourt de Enrique V o de Ricardo III caído al suelo y lamentando: "¡Mi reino por un caballo!". Pero los mineros heridos ya eran los enemigos de dentro, el enemy within según el término churchilliano rescatado por Thatcher para demonizar a los sindicatos. Según un reportaje sobre la policía de Yorkshire publicado en The Guardian años después por David Conn, cronista de obreros y de fútbol, diecisiete mineros murieron en los meses y años posteriores como consecuencia de las heridas sufridas aquel día.

Todo eso traumatizó hasta a los universitarios como yo. De modo que servidor y uno de esos queridos amigos de la infancia en Liverpool decidimos marcharnos cuanto antes de Inglaterra. Y Barcelona —tan necesitada de native speakers— no parecía un mal destino. Ya superado el susto de aquel intento de golpe del 23-F, tres años antes, la España de Felipe González se presentaba como un país moderadamente socialdemócrata y a todas luces más civilizado que la Gran Bretaña de Thatcher. A diferencia del norte de Inglaterra, por donde un nuevo Estado policial extendía sus tentáculos, el pueblo español había recuperado su libertad tras la larga noche franquista con el apoyo solidario de la Unión Europea. Era un país libre y valiente, personificado en nuestra fecunda imaginación juvenil por la bella andaluza interpretada por Laura del Sol en la recién estrenada road movie de Steven Frears The hit, que mordió la mano de su secuestrador (John Hurt) y escupió la carne arrancada como si fuera la cáscara de una pipa. Teníamos 23 años y España sería una alternativa vital. Barcelona ya se convertía en la esperanza del mundo posindustrial, un emblema de la modernización socialdemócrata europea, del urbanismo progresista y de estéticas minimalistas humanizadas por guiños a Gaudí y chistes de Javier Mariscal. Cuando cogimos el ferry desde Dover en agosto de 1984 y luego un tren de bajísima velocidad destino Portbou, dejábamos atrás esa lucha épica de la clase obrera británica en busca de un futuro más alentador. Jamás pudimos imaginarnos que las mismas escenas de batalla por la supervivencia de la industria, de los sindicatos y de las comunidades obreras ante el mismísimo proyecto de desindustrialización neoliberal pronto se repetirían en España. Y menos que décadas más tarde la alcaldesa de Madrid decidiría inaugurar una plazuela en el centro de la capital española con una placa que anunciaba "Plaza Margaret Thatcher".

***

Después de publicar el primer reportaje titulado atrevidamente “Dels Beatles a la bancarrota” en el que se describió con abundantes, tal vez excesivos, detalles personales la agonía de la ciudad de Liverpool bajo el yugo thatcheriano, el director de la revista nos propuso otro reportaje de violencia y luto, este más próximo, al menos geográficamente, a la nueva tierra adoptiva. Tendríamos que desplazarnos al frente principal de la conflictiva reconversión industrial española, Reinosa, una modesta ciudad siderúrgica perdida en los húmedos valles de Cantabria. La muerte del joven trabajador de una fábrica de laminación y afiliado de Comisiones Obreras, Gonzalo Ruiz —asfixiado por gas lacrimógeno después de que una bala de goma le rompiera la nariz—, había convertido las protestas contra un duro ajuste de plantilla en la acería Forjas y Aceros y el cierre de la empresa de ingeniería pesada Cenemesa en noticia nacional. Fue mayo de 1987 y durante los ratos libres tras las clases de inglés había iniciado mi carrera periodística de forma inverosímil con una serie de colaboraciones en el semanario catalán El Mon escritas a medias con un amigo y compañero de la academia de idiomas que generosamente traducía mi aportación del inglés al catalán. Tras la morriña catalanizada del reportaje de Liverpool, Reinosa sería el regreso al futuro del que intentaba escaparme.

El viaje desde Barcelona en un 4x4 Lada Niva de fabricación rusa nos transportó a un paisaje que no podía sino evocar el campo verde de Yorkshire durante la huelga minera. Aunque ni en Orgreave había sido testigo de una escena tan tétrica como los cientos de ataúdes chamuscados apilados en la calle tras un incendio en una funeraria alcanzada por las bombas de gas policiales, al igual que el garaje donde se refugiaba Gonzalo Ruiz. Eso no era la tristeza de Ken Loach sino de Berlanga. Y si las escenas de aquella caballería de bobbies armados con lanzas habían cambiado para siempre mi percepción del consenso y la moderación británicos, en Reinosa miles de guardia civiles equipados con botes de gas y balas de goma, el tricornio intacto tras una década de transición miedosa, propinaron el primer golpe a mi inocente idea de que España había superado su pasado.

Lo cierto era que en Reinosa se juntaron el futuro y el pasado de una democracia patológicamente insegura y una imposible adaptación a los requisitos de una tecnocracia europea que solo toleraba la industria periférica como un apéndice

de la máquina manufacturera alemana. Así parecía, al menos, conforme el Lada Niva dejaba atrás la Seat de Volkswagen en la Zona Franca de Barcelona para atravesar el árido interior castellano hasta los lluviosos campos de batalla de la reconversión. Quedaba tan claro en Cantabria como en Yorkshire que ese no era el camino a la anhelada convergencia por mucho que lo repitieran los portavoces de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA), el primer mercado único europeo creado por De Gaulle y Adenauer en 1950 que se convertiría en el prototipo de la Comunidad Económica Europea y todo lo que vendría después. En los primeros tiempos del CECA tal vez algún joven trabajador de la siderurgia en Cantabria —acaso un afiliado clandestino de Comisiones Obreras o del Partido Comunista— albergaba alguna esperanza de que Europa interviniera en favor de la democracia española. Pronto aprendería que haría falta una larga travesía del desierto, la construcción laboriosa de espacios democráticos, sin apoyo alguno de las potencias europeas. Pero todavía en 1987 España se agarraba a las estrellas blancas con fondo azul como a un clavo ardiente. Pronto me daría cuenta al incorporarme al emporio mediático del grupo Prisa, la piedra angular de la hegemonía del PSOE, que ni en la prensa de centroizquierda se permitía cuestionar los planes modernizadores de los eurotecnócratas en Madrid y Bruselas. Europa se disfrazaba de alternativa a la derecha anglosajona de Thatcher y Reagan y nadie quería ver al emperador desnudo. Pero en las batallas de Reinosa aquel mayo del 87 era obvio que los planes de la consensuada socialcristiana democracia europea tenían más en común con los de Margaret Thatcher de lo que jamás reconocerían Felipe González y Carlos Solchaga. Al igual que los mineros de Orgreave, esos tozudos trabajadores cántabros de ropa trasnochada y olor a cerveza eran un estorbo para un proyecto que —bien fuera mediante la Internacional Socialista, el Parlamento Europeo o el instituto Adam Smith en Londres— parecía tener el mismo objetivo: recuperar el poder del capital.

Eso sí, pese a los ataúdes calcinados y las filas de guardia civiles vestidos de Robocop, la reconversión española era más suave, más dialogante, que la británica. Aunque el fin era el mismo, las formas tenían que ser distintas en un país que acababa de recuperar la libertad sindical. En España se pactarían prejubilaciones o al menos despidos debidamente indemnizados en vez de dejar un escueto aviso de despido en el buzón de correo. El PSOE y sindicatos cada vez más institucionales rendirían homenaje a los amigos y compañeros caídos a diferencia de aquel enemigo interno de Thatcher. Claudio Aranzadi, ingeniero vasco y ministro de Industria, evitaría las provocaciones de un Geoffrey Howe o un Ian McGregor. En España, el talante sería más negociador y a Reinosa se le

ofrecería compensación. De los 465 puestos de trabajo que se eliminarían en Forjas y Aceros —de un total de 1.700— la mayoría serían mediante prejubilaciones. 89 trabajadores de más de 52 años de edad acudirían al fondo de promoción del Gobierno hasta que pudieran jubilarse a los 60. Si en Inglaterra, ante un proyecto tan abiertamente antagónico como el de Thatcher, la mitad del país se solidarizaba con los mineros, en España todo parecía tan inevitable como la siguiente victoria electoral de Felipe González. En Barcelona, donde las viejas fábricas de Poblenou yacían allanadas por el buldócer olímpico, pocos entendían por qué los cántabros —y los asturianos y los vascos— se empeñaban en defender el pasado. En Sabadell los titulares de la prensa sobre los trabajadores heridos y muertos en Reinosa producían la misma reacción que aquellos sobredimensionados llaveros de las linternas Davy. Pero en Reinosa, al igual que en Yorkshire, se entendía la verdad: que se jugaba el futuro de todos y que, tarde o temprano, los modernizadores vendrían a por ellos también. El acuerdo de prejubilación "solo va a tapar el agujero momentáneamente; vamos a perder puestos de trabajo para siempre y la crisis de la comarca se agravará más", nos dijo Venancio Diego, el secretario regional de Comisiones Obreras en Cantabria.

Otra justificación del desmantelamiento de la industria pesada en el norte de España y el norte de Inglaterra fue la llegada de Asia a la economía ya globalizada. Era imposible —decían los cabezas parlantes de la BBC y la Euronews— competir con las acerías coreanas, taiwanesas, chinas. Pocos se detuvieron en el hecho de que la clave de la competitividad de los tigres asiáticos y, posteriormente, de China fue precisamente la intervención del Estado plasmada en políticas industriales que protegían a sectores considerados estratégicos, como la siderurgia y los astilleros, de las presiones competitivas internacionales. Asia sería el taller del mundo con el alto valor en Hamburgo o Múnich y al resto nos quedarían los servicios. Un museo del esclavismo en Liverpool; un Guggenheim en Bilbao. Los desindustrializadores —bien fueran los de la escuela de Nicholas Ridley o de la nueva generación socialdemócrata de González, Blair o Schröder— siempre achacaban el auge de Asia a aquellos salarios de sacrificio, la ausencia de sindicatos y la confuciana ética de trabajo. Pero los que lo estudiaban más de cerca entendían la importancia crítica de las políticas industriales. Larry Summers, entonces secretario del Tesoro de Bill Clinton, resumió la cuestión cuando le hice una pregunta en un briefing en Washington sobre el famoso informe del "milagro asiático" del Banco Mundial que él mismo había coordinado. "El milagro es un poco como Rashomon de Kurosawa: ves lo que quieras ver", dijo en una respuesta que solo los cinéfilos de la prensa internacional supieron interpretar (el asesinato en la película

japonesa tiene cuatro responsables dependiendo del testigo). Lo innegable era que sin las decisiones estratégicas de apoyar a las industrias pesadas en Asia no habría habido milagro ninguno. Tal vez otra película, Los lunes al sol, tenía la mejor respuesta: “No me habléis más de los coreanos; este es suelo que vale una pasta al lado del mar; aquí quieren construir hoteles y luego vendrán los coreanos de vacaciones a reírse de nosotros”, ironiza el extrabajador de los astilleros gallegos interpretado por Javier Bardem antes de tomar la cuarta copa en aquel bar de los sueños rotos.

Al igual que en las steel towns de Inglaterra, todas las perversiones de la nueva economía de humo, pelotazos y fraude tributario nacían en las ruinas de Reinosa. Fuimos a hablar con Bernabé Ruiz y Carlos Romero, representantes respectivos de Comisiones Obreras y la UGT en el comité de empresa de Cenemesa, que fabricaba maquinaria de tracción. Explicaron una historia sacada de los manuales de la nueva economía casino del thatcherismo. Tras ser adquirida por la multinacional estadounidense Westinghouse, Cenemesa había sido vendida a Arbobyl, una compañía pantalla (sin nada detrás), con sede en el paraíso fiscal de Seychelles. “Arbobyl no ofrece ninguna garantía”, dijo Ruiz mientras apuntábamos los detalles de una derrota anunciada. Los dos pedían inversiones públicas en la red ferroviaria para crear demanda de los motores de Cenemesa. Pero España ya era Europa y Siemens y Alstom se habían hecho con los contratos para la primera línea de alta velocidad de Madrid a Sevilla, cuyo estreno simbólico coincidiría con la Expo del 92. Los dos sindicalistas insistieron en la competitividad de su tecnología, pero hasta yo intuía el voluntarismo de su plan alternativo. Era obvio que las batallas en las calles servirían solo para amortiguar el golpe, lograr mejores subsidios para la reconversión y mejores indemnizaciones para aquellos “lunes al sol” que esperaban a los prejubilados y despedidos.

Pero no faltaba sentido de humor en aquel cerrado valle cántabro donde Reinosa desaparecía lentamente en la niebla de la historia. “Oye, vosotros sois muy catalanes, la verdad es que sí”, dijo uno de los dos militantes sindicales, no recuerdo cuál. “Pero aquel rubio es el más catalán de todos”, añadió señalándome con la mano. Todos nos reímos. Pero el sindicalista se equivocaba. Olvidado el optimismo preolímpico de Barcelona, los recuerdos de Shotton, Orgreave, Ravenscraig, Birkenhead, caían en cascada en mi memoria. Ya me sentía mucho más cerca de casa en los agonizantes valles de Cantabria de lo que ellos pudieron imaginarse.

TRAGEDIA EN CUATRO ACTOS

Ana Iris Simón

1. CE-CE-O-O

El jueves 20 de junio de 2002 yo iba a quinto de primaria pero no me llevaron al colegio. Aquello me valió una discusión con mis padres, porque era el penúltimo día de mi penúltimo año antes de pasar al instituto y Eva la tutora nos había dicho que nos echáramos bañador y chanclas a la mochila que íbamos a hacer guerra de agua. A mí me daba un poco de vergüenza quedarme en bañador delante de los de mi clase porque me estaban empezando a salir las tetas, pero más vergüenza me daba ser la única que faltaría a clase aquel día.

Mi padre trató de explicarme la necesidad de esa falta. Me contó de Aznar, de quien ya sabía bastante porque una de mis estrategias para ser tomada en serio y venderme ante el mundo como una adulta era leer El País, especialmente el Semanal de los domingos, y me habló de derechos laborales y de atropellos —esto último sin concretar mucho— y de esquiroles, ¿y no querrás tú ser una esquirola?, eso me dijo para rematar. Y no, yo no quería ser ninguna esquirola, aunque tampoco quería perderme la guerra de agua a pesar de mi vergüenza a quedarme en bañador.

El caso es que el jueves 20 de junio de 2002 no fui a clase, y el viernes, que nos daban las notas, descubrí que no había sido la única. Que mis padres tenían razón: más de la mitad de mis compañeros también se habían perdido los manguerazos y los globos de agua, lo que generó que el último día de clase los de quinto B nos dividiéramos en dos bandos enfrentados: los que llamaban al resto pringaos por no haber ido a clase el día anterior y no haber visto a Leti la del A en bikini y los que llamábamos esquiroles, término que habíamos aprendido el día anterior, a estos primeros, en una bonita escenificación infantil

de las dos Españas.

Cuando, en octubre de ese mismo año, Urdaci dijo aquello de ce-ce-o-o en el Telediario y mis padres lo convirtieron en burla hogareña, en meme de andar por casa antes de que llamáramos a las parodias memes, tuvieron que explicarme que Urdaci se refería a esa jornada y al tratamiento informativo que le habían dado en TVE a la huelga general. Aquel día me explicaron, por primera vez en mi vida, lo que era un sindicato. Y por última, por qué eran importantes.

2. PRIMAVERA DE 2011

En junio de 2009, siete años después del año en que aprendí lo que era un sindicato y que no pasaba nada por quedarse en bañador delante de los compañeros porque siempre habría alguien con las tetas más gordas, trabajé por primera vez. Fue de cartera y durante un mes, con los 18 recién estrenados. Tres meses después, en septiembre, entré a la universidad y me di cuenta entonces de que había quienes podían elegir muchas cosas, quienes podían elegir dónde vivir, subvencionados, claro, por sus padres, o si ir a clase en coche o en metro. Por haber había incluso quienes podían escoger su ideología.

En el otro lado estábamos, como aquel último día de quinto de primaria solo que en una versión mucho más realista de las dos Españas, los que podíamos elegir menos. Yo, por ejemplo, no podía escoger no trabajar. Poder podía, vaya, podía pedirles a mis padres el dinero que no tenían para costearme el abono de transportes y la ropa y las cervezas de los fines de semana, pero no era de ley. Así que me puse a trabajar como azafata de promociones y me recorrí casi todos los centros comerciales de la Comunidad de Madrid repartiendo a los domingueros jamón o fotografías impresas hechas con el último modelo de Samsung, lo que procediera.

En una de ellas, una Navidad, me tocó una promoción que consistía en jugar con niños en el edificio que Telefónica había abierto en Gran Vía y al que habían llamado flagship store porque la manera que tenemos de ser modernos en España es la de hacer el gilipollas, o igual es que no hay otra manera de ser moderno.

La flagship store de Telefónica no era una tienda más sino una especie de museo de consumo en el que fardar más de poderío que de I+D y de blanquear los precios y la usura de la compañía con funciones para niños en vacaciones y consolas con las que todo el mundo podía jugar libremente.

Un grupo de unos diez chavales subcontratados se ocupaban de guiar a los clientes por el enorme emporio de César Alierta según quisieran comprar o bien un iPhone a plazos o bien humo, si es que no son una y la misma cosa. Si elegían esto segundo, ese grupo de universitarios que echaban horas allí les hacían una guía por "la casa domótica" o les ayudaban a jugar un rato en una tablet enorme que tenían cuando aún no había una en cada casa.

Después de aquella promoción le caí en gracia a la de la subcontrata y me ficharon como trader, que era como se denominaba a ese grupo de chavales joviales que recibían al cliente en vaqueros, deportivas y sudadera corporativa para hacerle ver al mundo que Telefónica era una empresa en la línea de los gigantes de la tecnología yanquis: no había salido de un garaje, pero lo aparentaba, que parecía que empezaba a ser lo importante. Empecé a trabajar entonces los fines de semana mientras entre semana iba a la universidad. Mi hermano, que es diez años menor que yo así que tenía entonces ocho o nueve, me venía a ver mucho con mis padres y me decía que aquel era "el trabajo más guay del mundo".

Después de un año jugando a la Play con chavales de viernes a domingo, a los que trabajábamos solo los fines de semana nos echaron e hicieron que los que podían ir entre semana doblaran turnos. Era 2011 y Madrid era una hoguera. En la Puerta del Sol, a pocos metros de la Gran Vía, donde trabajaba, y a otros pocos de la plaza de los Cubos, donde nos hicieron ir a firmar la conciliación del despido improcedente, miles de jóvenes acampaban porque ni tenían curro ni casa ni tendrían, llegado el momento, pensión. Después algunos llegaron al Congreso y tuvieron curro y casa y parece que se les olvidaron aquellos días en aquella plaza y que la mayoría de los que les llevaron a las Cortes siguieron igual o peor, pero esa es otra historia.

En el verano de 2011, con el papa de visita en Madrid y la Puerta del Sol aún de resaca, con unos coreando "Benedicto-equis-uve-palito" y otros "PSOE, PP, la misma mierda es" yo acudí por primera vez al SMAC y firmé mi primer despido. Lo hice sin leer ni la letra pequeña ni la grande, sin saber si podían o no hacer aquello y si era justa o no mi indemnización, que era de poco más de 2.000

euros y que a mis 19 años se me hacía un mundo. Lo hice —lo hicimos, porque fuimos varios, todos como pollitos en fila al SMAC sin tener mucha idea de qué era el SMAC— sin saber si yo tenía algo que decir al respecto, si teníamos algo que decir al respecto o algún derecho más allá de percibir esos 2.000 euros brutos. Y sin siquiera cuestionárnoslo.

3. CUANDO MILEURISTA DEJÓ DE SER UN INSULTO

Después del despido en Telefónica y coincidiendo con mis últimos años de universidad encontré trabajo en una tienda de Desigual, una empresa cuyo lema era “La vida es chula”, igual que sus camisetas a 40 euros, que le flipaban a las profesoras de universidad de mediana edad. Igual de chula, también, que su costumbre de contratar para las medias jornadas a chavales muy jóvenes, pero nunca por más de un año —dos renovaciones de seis meses—, vete tú a saber por qué triquiñuela fiscal.

Al terminar la carrera, con mi finiquito del Desigual firmado tras un año doblando y alarmando camisetas pajareras y vendiéndoles muchas de ellas a rusos, una comunidad de cuya querencia por los colorines y la purpurina hasta entonces no tenía noticia, encontré unas prácticas. Fue en una de las empresas periodísticas más grandes a nivel nacional, donde me ofrecieron hacer o bien información económica o bien artículos sobre cocina y niños en una reputada revista femenina. Elegí la segunda porque, aunque mi experiencia con los críos se ceñía a mis primos y a un hermano pequeño y apenas sabía hacerme unos macarrones con tomate decentes, lo otro era peor: había aprendido a hacer ecuaciones a duras penas en la universidad para aprobar la asignatura de Economía.

A 300 euros el mes, me pasé unos cuantos escribiendo sobre los trajecitos de los hijos de las casas reales europeas y haciendo recopilaciones de camisetas talla 5 años en rebajas. Y aprendí. Aprendí mucho, al contrario de lo que pensaba cuando entré allí, con mi lado derecho de la cabeza rapado y mi pendiente septum de la nariz escondidos, con mi puñado de prejuicios y entre poca y ninguna humildad, mirando por encima del hombro a las que consideraba unas pijas corruptoras de la sociedad, que acabé reconociendo como grandes

profesionales y compañeras. Aprendí entonces algo evidente pero en lo que hasta entonces no había caído: que la mayoría de la gente no trabaja donde quiere sino donde puede. Antes de llegar a esa redacción intuía que el trabajo, que para algunos de mi edad era una opción pero para otros como yo no, me enseñaba cosas que no podían aprenderse en ningún otro lugar, ni mucho menos en una clase. Cuando pasé unos meses editando noticias que en la vida habría leído lo confirmé.

Tras medio año como becaria me ofrecieron contratarme como redactora de estilo de vida, que es como se le llama a la sección de cultura en las revistas de tendencias, y se le llama así en lugar de cultura porque muchas veces es una amalgama de consumo compulsivo de ocio más que otra cosa. La vacante había quedado libre porque habían echado a una mujer tras dar a luz. El puesto requería viajar, andar de allá para acá haciendo horas sin sentir que eran horas sino oportunidades para conocer lugares y gente maravillosa y, sobre todo, supongo que para el puesto se exigía no protestar. Y se ve que yo daba mucho más el perfil, y además era más barata.

Los tres años siguientes me los pasé, además de aprendiendo y quitándome un puñado de prejuicios de encima, viajando de allá para acá. La sección de estilo de vida englobaba los viajes, así que entre los 24 y los 27 cogí una media de dos aviones por mes, a veces para ir a Bilbao, otras a Singapur o a Nueva York o a Tailandia. Cada vez que me mandaban lejos mi abuela me preguntaba que “si tenía que irme tan largo” y yo me reía con condescendencia pensando que sí, que claro que tenía que irme tan largo, que tenía que ver mundo y descubrir otras culturas y comer otras comidas y oler otros olores, y trabajar ahí era la única manera en la que podía hacerlo. Años después me di cuenta de que no, de que no tenía que irme tan largo: todo lo que importaba estaba en ella, en mi abuela o a su alrededor, pero esa también es otra historia.

El caso es que mi puesto como redactora de estilo de vida, que me reportaba poco más de 1.000 euros al mes pero mucho andar de allá para acá, era mucho más de lo que tenían la mayoría de los de mi generación porque “era de lo mío”. Porque era, incluso, porque existía, con buena parte de los de veintipocos recién salidos de la universidad y apuntados ya al paro.

En aquellos días parecía casi que tenía que dar las gracias por ser mileurista, un término que quedó en desuso en los dosmil y pico porque dejó de ser un insulto para pasar a ser un logro. “Como no te pongas las pilas vas a ser mileurista”, me

decía mi padre en mis primeros años de instituto, cuando empezaba a hablarse de esos jóvenes con su carrera, su puñado de títulos de la escuela de idiomas e incluso su máster currando como camareros ante el desencanto de sus padres con aquello por lo que habían sustituido a Dios tras la muerte del Caudillo: el progreso.

También tenía que dar gracias, claro, porque mi trabajo me reportara experiencias que de ninguna otra manera iba a vivir, aunque no me diera para pagar un alquiler para mí sola y tuviera que compartir piso. Una vez me invitaron a viajar a Tailandia y pernocté en un hotel de seis estrellas en el cual había un operario contratado únicamente para darle al botón del ascensor. Me dio vergüenza estar allí, aunque me pagaran por ello, como me daba vergüenza estar en muchas cenas de varios tenedores y varias cucharas en las que no solo no sabía usarlas, sino que tenía mucho más que ver con los camareros que con los comensales. A veces me reía sola pensando que, después de toda esa pompa y de todo ese boato me tocaba coger el metro y después el Cercanías camino a Aranjuez, que era donde vivía con mi madre y mi hermano, para compartir cuarto los tres porque mi madre estaba ahorrando para hacer obra y hacernos uno propio.

Fue en esa redacción, que pertenecía a una de las empresas de comunicación más grandes de España, donde viví mi primer y mi segundo ERE, unas siglas que me habían sido ajenas hasta los 25 años, y aquello también fue un aprendizaje. Me salvé, seguramente porque era barata, pero por el camino aprendí muchas cosas, entre ellas la importancia de la estabilidad. En mi casa siempre la habíamos tenido, siempre habíamos sido igual de pobres, porque tanto mi madre como mi padre eran carteros. Pero nunca habíamos tenido incertidumbre.

Me pasé buena parte de la adolescencia y la primera juventud, como tantos otros, renegando del funcionariado y de la triste, gris y monótona vida de los funcionarios. Pero en el primer ERE en aquella moqueta, en aquella redacción, al vivir los nervios de mis compañeras con críos, al sentir su incertidumbre por no saber si en un par de meses podrían pagar la hipoteca, empecé a cambiar de idea. Las negociaciones de ambos me pasaron silbando: solo me enteraba de lo que ocurría a través de un compañero, Sergio, que además de diseñador gráfico era representante sindical.

Él me hablaba de reuniones eternas y de tensión y de apretar a la empresa para que quien tuviera que irse lo hiciera en las mejores condiciones posibles. Un día

me insinuó que me metiera al comité y yo, que había dormido en la Puerta del Sol en mayo de 2011 y que hablaba cada vez que tenía ocasión de la precariedad en la que mi generación vivía instalada, me limité a reírme. Valoraba mucho su labor, que en los meses que duraron las negociaciones quedó patente en sus ojeras, pero pertenecía a esa generación que había crecido escuchando que los despachos de los sindicatos tenían moqueta y olían mucho a tabaco y a Brumel, no como los del Campus Google que acababa de abrir en Madrid, que estaban relucientes y contaban con pelotas de yoga para descansar la espalda, futbolines para echarse una partida cuando tocaba hacer horas y mujeres con cargos en inglés de allá para acá.

4. 33 DÍAS POR AÑO TRABAJADO

Donde también había un futbolín era en las oficinas de la segunda revista en la que trabajé, una empresa internacional que no era de tendencias femeninas sino juveniles. Presumían de tenerle tomado el pulso a la juventud y a la contracultura, pero también de estar en los rankings que cada año elaboraba dios sabe quién sobre “las empresas a nivel mundial en las que todo el mundo quiere trabajar”. Allí llegué después de leer una oferta de trabajo que publicaron en Facebook, hacer una entrevista y dejar la redacción de la revista femenina por otra mucho más vanguardista en la que no escribíamos sobre trajecitos de ninguna casa real sino de prostitutas que ofrecían servicios solo a personas no cisheterosexuales, de las fiestas más salvajes de cada momento y de la música que había que oír si quería uno ser considerado un urbanita de bien.

Lo de que todo el mundo quería trabajar ahí no era del todo verdad, porque había mucha gente que no conocía la revista, pero tenía algo de verdad. Si en mi primera experiencia laboral “de lo mío” cobraba mil y pocos pero viajaba más que el baúl de la Piquer, como me decía mi padre, en esta segunda el salario en especie era literalmente molar entre la gente que más molaba. Y la empresa, claro, se aprovechaba de ello.

Seguía, por supuesto, sin poder irme a vivir sola porque el sueldo no me lo permitía, pero eso no parecía importarles a los que la votaban para entrar en esos rankings de empresas deseables. Allí aparecía rodeada de grandes tecnológicas

como Spotify o Apple, cuyas oficinas seguramente se parecerían mucho a la de mi empresa: grandes ventanales, leches vegetales de todos los tipos, tazas con su nombre impreso para cada empleado, fiestas a todo trapo en Navidad… Sus salarios eran de miseria para la mayoría de empleados, pero tu taza y molar no te lo quitaba nadie.

Muchos se la llevaban cuando eran despedidos, porque en el último tiempo que trabajé allí muchos fueron despedidos. Sucedía generalmente los viernes, y entonces todos nos poníamos a googlear sobre la situación financiera de la empresa a nivel internacional y a rajar sobre de qué poco servían los protocolos inclusivos y las charlas sobre igualdad —siempre de género, nunca salarial, no fuera a ser— que nos daban con una mano mientras que con la otra ponían en marcha lo que parecía un ERE por goteo. A veces también llorábamos un poco por el compañero que se iba y nos preguntábamos quién sería el próximo.

Cuando empezamos a olernos la tostada algunos barajamos la posibilidad de sindicarnos y otros no gritaron anatema, pero poco les faltó. Cuando el asunto salía a colación siempre había quien hablaba de cómo eso “solo podía embarrar las relaciones con la empresa” o contaba una mala experiencia sindical de su primo segundo y que invalidaba cualquier labor sindical. Yo pensaba entonces que los sindicatos debían de ser como la Iglesia en particular y como el mundo en general: habría allí gente mala y gente buena, pero la primera no podía suponer una enmienda a la totalidad. El caso es que los comentarios y experiencias de nuestros compañeros generaban siempre que los que teníamos la iniciativa nos achantásemos: los primeros en sindicarse a nivel mundial en nuestra empresa habían sido un grupo de compañeros de Londres, y la empresa los había puteado durante todo el proceso.

Los movimientos eran cada vez más extraños, cada vez echaban a más gente y cada vez el ambiente era más raro. Hasta que un día, en mitad del confinamiento, nos citaron a una videollamada liderada por el jefe de Recursos Humanos y nos informó en inglés porque no sabía castellano de que nos íbamos todos a la puta calle. La empresa cerraba en España y arrancaba entonces el proceso de despido colectivo, el mío y el de todos mis compañeros. Tras las declaraciones del capo de Recursos Humanos, un francés de origen africano, dieron paso a una conexión especial desde Barcelona cuyo ponente sí hablaba en castellano: era el abogado de la empresa, empleado júnior de uno de los más grandes despachos de laboral en España. Nos explicó, por videollamada, mostrándose muy empático en todo momento y mostrándonos también un reloj en su muñeca derecha que

debía de costar lo que dos meses de alquiler de mi piso, los pasos que debíamos dar a partir de entonces. Lo imaginé partiéndose el culo por dentro ante nuestras caras al otro lado de la pantalla, cada uno en nuestra casa y con gesto de liebre a la que le dan las largas de madrugada en una comarcal.

Recuerdo que pensé entonces en Up in the air, en George Clooney y en si las buenas personas podían aguantar mucho en esa clase de curros deshumanizadores, por mucho que se soplaran, como imaginaba que se soplaba ese chaval de mi edad, que no llegaba a la treintena, más de 3.000 al mes. También pensé, cuando dijeron que dado que no estábamos sindicados había que crear un comité de empresa, en lo de que sindicarse "embarraba las relaciones con la empresa" y en mi amiga Cynthia, la única persona de mi edad y sindicada que conocía, que para animarnos a hacer lo mismo nos hablaba de un pueblo de vacaciones al que podías ir si te afiliabas a Comisiones llamado Morillo de Tou.

Lo que vino después fueron meses de nervios, incertidumbre y descubrir cómo funcionaba realmente una empresa. Los compañeros dejaron un poco de ser compañeros para ser números: algunos, cifras desorbitadas, otros, de miseria. Junto a seis de mis compañeros fui elegida como parte del comité que llevaría las negociaciones con la empresa. La sensación general era que a nadie le apetecía participar en aquello, que todo dios quería lavarse las manos, que a nadie le placía pasarse mes y pico recopilando papeleo y conociendo los secretos mejor guardados de la empresa, que resultaron no ser pocos, mientras se ponía a plantearse su futuro y a empezar a buscar curro.

Lo primero que tuvimos que hacer, después de formalizar el comité, fue ponernos a buscar abogados. Los elegidos fueron una pareja catalana de una cooperativa con mucha experiencia en el terreno laboral y los medios de comunicación. Junto a ellos descubrimos que nuestra empresa tenía un entramado fiscal por el cual no podía justificar nuestro despido masivo, ya que le resultaba imposible acreditar que fuéramos independientes del resto de oficinas de Europa y del mundo: operaban con lo que se denominaba caja única. Pero claro, para plantear esto habría que ir a juicio.

Las negociaciones y las reuniones giraron, para disgusto del pobre abogado júnior de la empresa y del socio que le acompañaba, en torno a eso. Más que sobre la indemnización que nos darían, sobre la imposibilidad de cerrar la empresa. Me pasé las reuniones analizando los gestos del júnior, que capeaba como podía los envites de Paco, uno de nuestros abogados, y me dio mucha

rabia no haber estudiado Derecho, que era lo que me recomendaba mi padre que estudiara, para poder ser Paco.

En mitad de las negociaciones hubo que consultar a nuestros compañeros, al resto de la empresa, si querían o no ir a juicio. Si nos conformábamos con nuestros 33 días por año trabajado y con un lineal de 3.000 euros que le pediríamos a la empresa por no hacer sangre o queríamos ir a juicio y pedirles cuentas por su caja única, por sus entramados fiscales y porque aquel despido no podía ser.

Tan solo dos votamos ir a juicio. Dos de los que llevábamos meses dándole la chapa a nuestros compañeros para sindicarnos. La votación fue a mano alzada y no pude evitar odiar un poco a más de uno y a más de dos: había tenido acceso al listado de sueldos, que por supuesto no respondía a tabla salarial ni a convenio alguno. Sabía de las diferencias abismales entre lo que se llevaban los curritos, que encima eran los que más horas echaban y los que más trabajaban, y las abultadas nóminas de los que tenían cargos en inglés muy grandilocuentes en las firmas de sus mails, que curiosamente siempre eran los que más le reían los chistes al jefe y los que llegaban a la oficina cuando les daba la gana.

Recordé también una charla que nos dio el jefe —CEO, se autodenominaba— en la que presumía de tener una plantilla liderada por un judío —él— y en la que la mitad eran inmigrantes. Inmigrantes, eso sí, con sus másteres y sus casas en Malasaña y en el Borne. Y me reí un poco acordándome de aquello, que de poco sirvió: al final nos fuimos a la calle todos, españoles y no españoles, mujeres y hombres, cisheterosexuales y no cisheterosexuales. Pero eso sí: un negro anunció nuestro despido de una multinacional liderada por una mujer, y el judío, que era el CEO, no formó parte del proceso de despido sino que la empresa negoció con él aparte. Con él, cuyo sueldo triplicaba y cuatriplicaba el de muchos curritos, claro. La transversalidad era esto, y la habían hecho los otros, los dueños del capital.

En la última reunión con la empresa firmamos el acuerdo por el que nos llevamos nuestro lineal y nuestros 33 días por año trabajado, no sin pelear porque a algunos compañeros no les querían reconocer toda su antigüedad: estábamos en los rankings de las empresas en las que todo el mundo quería trabajar, pero también en esas que nunca se publican y en las que figuran los malnacidos que tienen a media plantilla como falsos autónomos. Decidí aquel día que a partir de entonces, en mi currículum y en la biografía que me pedían a

veces para dar charlas como periodista, figuraría siempre un dato, junto con mi fecha y mi lugar de nacimiento y los sitios en que había trabajado, incluida la Telefónica y el Desigual: que con 28 años había sido testigo de tres ERES. Porque aquel dato no solo me retrataba a mí sino a toda mi generación.

Y, a pesar de todo, había tenido suerte: nunca me había faltado trabajo, había "currado de lo mío" aunque fuera por 1.000 euros, no había sido falsa autónoma, no había tenido que pasar ni frío ni miedo como los riders, nunca había estado en el paro. Eso es lo peor: que, a pesar de todo, la mía era la historia de alguien con suerte.

Carne picada

Luisgé Martín

1

Roy no va a hacer la huelga y no ha explicado a ninguno de sus compañeros las razones de esa traición. Nadie lo entiende. Habitualmente se pasa el tiempo despotricando contra el trabajo, contra su salario y contra las condiciones laborales de mierda que tiene. Acaba de cumplir 30 años, pero aún se ve obligado a compartir piso con su hermano mayor —que a veces incluso tiene que ayudarle con el alquiler— y con dos amigos más. Hace un mes se ha separado de Rosa, su novia de los tres últimos años, porque ella no estaba preparada para vivir en ese alambre de la miseria. La Rosa quiere viajar, le contó Roy a su hermano, y yo no tengo pasta para hacerlo. Quiere ir a los festivales de música este verano y divertirse un poco, dice que la tengo atada como a un perro.

Desde que está sin Rosa, Roy es un alma en pena. Cumple con sus obligaciones, pero sin ángel de la guarda. Algunos días se va a trabajar sin haberse duchado, y cuando regresa, después de once horas, apesta a desolación y a sudor. El día de libranza no sale de la cama, se queda dormitando mañana y tarde y lee algunos cómics de Jorge, uno de sus compañeros de casa. Ya nunca cocina: come lo que han cocinado los otros o encarga pizzas por teléfono. Ha engordado mucho en los últimos tiempos. No quiero ir al gimnasio a estas horas, dice cuando llega a casa ya con noche cerrada. Y mañana no voy a madrugar para hacerlo.

Cuando se convocó la huelga, Roy no participó en las reuniones. A Ángela, la delegada, le extrañó su silencio y fue a hablar con él. Estuvieron bebiendo en uno de los bares del polígono —en el más barato— hasta medianoche: les echaron para cerrar. Qué te pasa, Roy, le preguntó Ángela. Tú siempre tienes el

puño cerrado y arriba, y ahora te veo con las manos en los bolsillos. Roy no le dio muchas explicaciones. La vida es una puta mierda, dijo. Ni siquiera soy capaz de que mi chica me quiera. Y estos cabrones nos van a joder hasta que gritemos. Mi hermana es psiquiatra, le dijo Ángela, te voy a traer pastillas para que te tranquilices. Y cuando él hizo ademán de enfadarse, herido en su orgullo, Ángela le cogió de las manos y le dijo que ella las tomaba desde hacía tiempo. No es una cosa para locos, Roy, es una cosa para gente con vidas chungas, como nosotros.

Cinco días después, cuando Roy le confirmó que no iba a ir a la huelga, Ángela se quedó quieta, mirándole como si mirara un cuerpo vegetal. Tú sabes lo que quieren hacer con nosotros, chaval, dijo. Con nosotros no quieren hacer nada, respondió Roy. Les damos igual. Les da igual lo que nos pase, como si nos meten en una máquina de carne picada y nos convierten en hamburguesas. Eso es justamente lo que somos. Carne picada. Tú te has vuelto loco, le dijo Ángela. Mírate las manos, mírate ese cuerpo: ¿es carne picada? Roy se miró las manos. Primero el dorso y luego las palmas abiertas. Cerró los puños y los apretó. Entonces se puso a llorar como si fuera un niño.

****

Llega a la primera dirección a las nueve de la mañana. Llama al portero automático y espera hasta que le abren. Podría meter el paquete en los buzones, que tienen boca grande, pero ese día ni se lo plantea. Le abre una señora mayor de cincuenta y muchos años, bien vestida y maquillada. Buenos días, le dice, traigo un paquete de Amazon. Pero se queda quieto, no le alarga el paquete. La mujer le mira con curiosidad. ¿Puedo saber qué es?, pregunta Roy. Ella se desconcierta y empuja un poco la puerta, como si se hubiera asustado instintivamente. No responde. Roy entonces rompe la cinta adhesiva y lo abre con rapidez, antes de que ella tenga tiempo de reaccionar. No se preocupe, no lo voy a estropear. Dentro del embalaje hay otra caja pequeña. Es un pelador de patatas. ¿Por qué hace eso?, pregunta ella con un gesto que se parece más al estupor que al enfado. Roy responde con otra pregunta: ¿No hay ferreterías en este barrio? Yo conozco varias, es mi barrio de reparto. Estos chismes los venden en las ferreterías. La mujer está paralizada, atónita. ¿Me deja pasar?, dice Roy. Y

enseguida añade: Para charlar, nada más, soy un buen tipo. Deme el paquete y váyase, dice ella. El rellano de la escalera es grande y solo hay otra puerta más. No se escuchan ruidos, a pesar de la hora que es. En vez de entregarle el pelador de patatas, Roy saca del bolsillo trasero del pantalón un papel doblado y se lo alarga. Lea esto, por favor. La mujer no lo coge. Tengo que marcharme a la oficina, por favor, dice. Deme el paquete. Es solo un minuto, responde Roy con dulzura. Mire esto, es mi nómina. La mujer duda, pero al final coge el papel, lo desdobla y lo lee. ¿Sabe cuántas horas trabajo?, le pregunta Roy. Yo no, a veces pierdo la cuenta. Diez horas diarias, a menudo más. Dando vueltas entre el tráfico, subiendo escaleras, llamando a los clientes que no están en casa, buscando a un vecino al que dejarle el paquete y volviendo otra vez al tráfico. Una entrega, dos entregas, diez entregas, cien entregas. Y usted es muy agradable, permítame que se lo diga, pero hay muchos clientes repugnantes, que te miran por encima del hombro como si fueras un vasallo suyo. Le entiendo muy bien, dice ella con una cierta condescendencia, y le devuelve el papel. Vivimos en un mundo difícil y todos estamos un poco jodidos. Roy se queda callado durante un instante. Todos no, señora, dice en voz muy baja. Todos no, repite. Unos estamos jodidos y otros están felices. ¿Me da mi paquete, por favor?, pide ella, que empieza a impacientarse. Piénselo, dice Roy, tiene derecho a devolverlo sin ningún coste. Puedo decir que usted lo ha rechazado, que en realidad no lo había pedido, y esta tarde, cuando vuelva de trabajar, pasa por la ferretería y compra un pelador allí. A dos manzanas de aquí hay una muy grande, seguro que la conoce. Tienen instrumentos de cocina, los he visto en el escaparate alguna vez. La mujer le interrumpe ahora con brusquedad: Deme el paquete o llamo a la policía. ¿A la policía por qué?, pregunta Roy con inocencia. No estoy haciendo nada malo. Por última vez, deme el paquete. Roy la mira con tristeza y renuncia: levanta la caja del pelador y se la entrega mansamente. La mujer cierra la puerta de golpe. Antes de irse, Roy se da cuenta de que tiene todavía en la mano el embalaje que cubría el paquete. Lo deja con cuidado encima del felpudo y después baja por las escaleras.

Como los dos siguientes destinatarios no están en casa, deja los paquetes al conserje, decepcionado. Luego le recibe un adolescente que no sabe qué contiene el envío. Lo habrá comprado mi padre, dice. Está todo el día comprando por Amazon. ¿Y a ti eso te parece bien?, le pregunta Roy. No te rayes, tío, responde el chico. A mí déjame en paz, que bastante tengo ya con aguantarle, añade, y cierra la puerta antes de que Roy pueda continuar.

Después visita a una anciana que tampoco sabe lo que contiene el paquete, pero

que le invita a tomar un café con unas pastas. Le cuenta que su hijo se acaba de divorciar y que con su sueldo no le alcanza para pagar la pensión de su exmujer y un alquiler decente, de modo que se ha vuelto a vivir con ella provisionalmente. Roy le enseña su nómina, pero la mujer no se compadece: Mi difunto marido trabajaba en un bar de sol a sol y nunca pudimos ahorrar, le explica. Pero tuvieron ustedes un hijo, responde Roy. Sí, eso sí, admite ella. Y lo criamos bien.

El café con la señora le ha entristecido. Al salir de la casa está a punto de renunciar a todo, de comenzar la huelga en ese momento, aunque sea ya a deshoras. Siente ganas de llamar a Rosa para saber cómo está. Hace casi quince días que no tiene noticias de ella, y se siente otra vez culpable. Pero se fuma en la calle una colilla grande que tenía preparada y se tranquiliza.

Ahí mismo, en la esquina, hay una librería, le dice a su siguiente destinatario, que vive en uno de los edificios más lujosos del barrio. Yo no soy muy de leer, pero parece una librería muy buena. ¿No puede comprar los libros ahí? El hombre le mira con perplejidad. Parece tímido, se ruboriza, no sabe qué responder. En las librerías no tienen todos los libros, dice al final, como si pidiera disculpas. Pero se lo pueden encargar, ¿no?, replica Roy. Seguro que en dos o tres días se lo traen. O antes, como en las farmacias. En las farmacias traen todo rapidísimo. Lo encargas por la mañana y por la tarde ya lo tienes. El hombre asiente. Sí, tal vez, concede. Hay un silencio durante unos instantes y luego pregunta: Pero si yo compro los libros en la librería, usted pierde su trabajo, ¿no es así? Entonces quizá yo podría trabajar en la librería, dice Roy. O en una ferretería, porque ya le he dicho que no soy muy de leer. Le da al hombre el papel de su nómina y él lo examina con curiosidad. Es muy poco dinero, dice. Roy se encoge de hombros. ¿Quiere usted devolver el libro?, pregunta. No tendría gastos. ¿Devolverlo?, se extraña el hombre. Ya lo ha abierto. No se preocupe, insiste Roy, diré que fue un error, que usted quería pedir otro libro. No hay que dar explicaciones. Lo devuelve y mañana va a la librería a comprarlo. El hombre titubea, pero al final, temeroso, acepta. Roy entonces le da un abrazo y se marcha. Mientras baja por el ascensor examina el libro: un manual de espiritualidad.

Durante el resto del día entrega paquetes a una mujer hippie que le echa el humo en la cara, a un gay que coquetea con él y le invita a pasar a su casa, a dos asistentas que no tienen ninguna capacidad de decisión sobre los pedidos, a un hombre mayor que viste chaleco y fuma en pipa, como un personaje antiguo, y a

un chico que se sonroja y le arranca de las manos la caja cuando va a abrirla. No consigue que nadie más devuelva el envío, pero en aquellas viviendas en las que no le ha abierto nadie, él toma la decisión de fingirlo. En total anula o invalida nueve expedientes: el libro del hombre tímido y otros ocho que ni siquiera sabe qué son.

Regresa a casa a las diez de la noche, exhausto. Ha comprado una pizza y se sienta a comerla en la cocina para no molestar a su hermano, que está en el salón viendo la televisión con su novia. Por primera vez en todo el día, abre un navegador de internet en el teléfono móvil y busca noticias sobre la huelga. Un éxito. Un fracaso. Carne picada, piensa, mientras mastica la pizza. Se abre otra cerveza. Cuando termina de cenar, llama a Rosa, que no le coge el teléfono. Se acuesta temprano y, aunque se duerme enseguida, tiene un sueño turbulento y convulso.

***

Ángela está furiosa. Le cuenta a Roy que, al parecer, va a haber represalias por la huelga. No renovarán el contrato a los eventuales y están haciendo la vida imposible a algunos de los fijos, con cambios de turnos, reestructuración de tareas y aplazamiento de vacaciones. Bezos es un hijo de puta, dice mientras mete las monedas en la máquina del café. Un hijo de puta. Toda la pasta para él. Quiere que arrastremos la lengua por el asfalto para limpiarle el paso. Pero no se va a salir con la suya. Lo juro, por mis ovarios.

Me voy a Holanda, dice él de repente. ¿A qué?, pregunta ella. Me voy a currar, dice Roy. Ángela se sorprende. Sopla el café sin dejar de mirarle. Me han contado que a los repartidores de allí les pagan una pasta. Es un país cojonudo. Y además Rosa quería irse de España. Pero ya no estás con Rosa, dice Ángela. Roy agacha la cabeza. Si nos vamos juntos a Holanda, a lo mejor se atreve a volver conmigo, dice. Ella me quiere, pero no aguantaba mi mierda, por eso me dejó. Pero me quiere. Hace una pausa y empieza a hablar varias veces sin atreverse a arrancar. ¿Tú puedes ayudarme, Angelita? Tienes buen rollo con los jefes. Ya no tengo buen rollo con ellos, quiero matarlos, dice Ángela. Bueno, ayúdame a que me manden a Holanda y luego los matas, cuando yo ya esté de camino. ¿Pero

estás hablando en serio?, pregunta ella bebiendo el último sorbo de café, todavía caliente. Completamente en serio, dice Roy. Esto es un infierno. Se me van a romper las pelotas si sigo un mes más así. Necesito irme, añade con cara de desamparo, los ojos húmedos.

Ángela habla con el director de Recursos Humanos y le pide que transfiera a Roy a los almacenes de Países Bajos. Es un buen chico, dice. Se muerde un poco la lengua y añade: Ni siquiera hizo la huelga el otro día. ¿Y por qué quiere irse?, pregunta el director. Por razones familiares, responde Ángela. Creo que su novia se marchó allí y quiere juntarse con ella. No es un buen momento, dice el director, tú lo sabes bien. Necesitamos personal. A Ángela se le hinchan las venas de las sienes, se clava las uñas en los muslos por debajo de la mesa. Necesitas personal porque estás cancelando contratos de gente absolutamente preparada. Lo dice con suavidad, no quiere ser agresiva porque ha ido ahí a pedir un favor para Roy, no a pelear. Gente absolutamente preparada para ser marqueses, no para trabajar en Amazon. Y los marqueses a mí me la sudan. Yo vengo de un barrio obrero y sé lo que es tener que trabajar treinta horas por día, diez días por semana y sesenta semanas por año. El director de Recursos Humanos es así: le gusta presumir de la pobreza de sus padres y del esfuerzo que ha tenido que hacer para llegar donde está. Si quieres, puedes conseguirlo, suele decir, pero si te comportas como un maricón no hay nada que hacer. Roy es un buen chico, dice Ángela, que tiene ganas de abofetearle e irse de allí. Está siendo servil, pero la humillación al menos da sus frutos: Dile que venga a verme, dice él. En Holanda necesitan mucha gente. Como en todos los paraísos fiscales, piensa Ángela, pero no se atreve a decirlo. Se levanta con una sonrisa, le da las gracias y sale del despacho resollando.

Esa misma tarde, cuando Roy se sienta frente a él, el director le pregunta por qué quiere irse a Países Bajos. No, yo quiero irme a Holanda, responde él, creyendo que hay un error. El director le mira con condescendencia. ¿Por qué quieres irte a Holanda?, corrige la pregunta. Porque quiero tener experiencia y aprender bien el inglés. Porque he visto varios documentales sobre Ámsterdam y me flipa la ciudad. Y porque mi novia quiere irse de Madrid, está un poco harta de esto. Después hace una pausa y se da cuenta de que ninguna de las razones está bien expuesta. Quiero crecer profesionalmente y conocer bien la empresa. Me han dicho que en Holanda se aprende mucho de las claves del negocio.

El director tiene delante de él, en la pantalla del ordenador, la ficha de Roy: 30 años, ninguna baja médica, sin advertencias disciplinarias ni sanciones. ¿Por qué

no hiciste la huelga?, pregunta. Muchos de tus compañeros la hicieron. Roy traga saliva y habla con una voz tartamuda de la que se avergüenza: No me gustan las huelgas. Al final se va todo al carajo y perdemos todos. Al director le gusta la respuesta. ¿Y no estás contento con tus condiciones?, pregunta, acosándole después de comprobar que tiene ganada la pelea. Sí, dice Roy. Son justas, pero me gustaría mejorar. Quiero tener un hijo con mi novia y ya sabe usted lo que cuestan los niños.

Le promete que estudiará su solicitud: va a llamar a la central de Países Bajos para que le den información de los recursos que necesitan. De Países Bajos no, de Holanda, por favor, dice Roy. Sí, perdona, me he vuelto a equivocar, responde el director.

2

En el aeropuerto no le espera nadie. Tiene un mensaje en el teléfono móvil que le advierte de que su contacto no podrá ir a recogerle y tendrá que viajar por sus propios medios a la residencia, donde le están esperando. En el mensaje hay varios links con las indicaciones que debe seguir para llegar hasta allí. Roy, abatido y cansado (ha tenido que coger un vuelo con escala que salía a las seis de la mañana, el más barato), busca la parada del primer autobús, que le lleva hasta una estación de Róterdam en la que espera dos horas y media hasta que sale el segundo. En él llega al pueblecito más cercano al almacén, donde va a pasar los próximos meses, quizá los próximos años. ¿El resto de su vida? Ya es tarde y no hay demasiada luz, pero el lugar le parece agradable: con Rosa puede imaginar una vida feliz en una de aquellas casitas de dos plantas, con un jardín pequeñísimo delante.

No encuentra la parada del tercer y último autobús, de modo que trata de preguntarle a un vecino que hay en la calle. El hombre no le entiende. Después de varios intentos, le da unas indicaciones extrañas que Roy tampoco entiende bien, aunque asiente sonriendo como si lo hiciera. Camina hacia donde el hombre le ha señalado y da varias vueltas por las calles, arrastrando la maleta. Vuelve a preguntar, pero tampoco consigue entender con precisión. Al final ve un taxi y le pregunta al conductor. Doscientos euros, le dice. Roy duda. No lleva

demasiado dinero, nunca consiguió ahorrar y ha tenido que pedirle prestado a su hermano y a Rosa. Está muy cansado, han pasado quince horas desde que se levantó por la mañana para el viaje. Mete el equipaje en el maletero y acepta el trato.

Quince minutos después, el taxista le deja en la puerta de un camping. Wrong adress, le dice Roy en inglés, pero el taxista insiste en que esa es la dirección correcta. Antes de que terminen de aclararse, una chica joven se acerca al coche y golpea en la ventanilla. ¿Eres Roy?, pregunta en español. Ya estábamos preocupados por tu retraso. Roy la mira con incredulidad. Ella abre el maletero, saca los bultos y arranca a andar hacia la entrada del camping mientras Roy paga al taxista.

En la recepción le hacen la ficha y le explican el funcionamiento. El alojamiento cuesta ciento treinta euros a la semana y debe pagar por adelantado dos semanas. Dormirá en una tienda de campaña compartida con otra persona, pero las tiendas son grandes y tienen una separación intermedia para garantizar la privacidad. Hay una caseta higiénica por cada cuatro tiendas y cuatro edificios de duchas —dos para hombres y dos para mujeres— en todo el complejo. Allí mismo, junto a la recepción, hay un comedor grande con servicio de restaurante y una cocina común que puede usarse libremente. Se puede entrar acompañado, pero a las diez de la noche se cierran las puertas y todo el mundo que no esté alojado en el camping debe salir. Por la mañana, a las siete y media, hay un autobús de la empresa que lleva hasta el almacén gratuitamente. Más tarde hay otros dos, para los diferentes turnos, y a partir del mediodía hacen el trayecto de regreso cada hora, parando en el pueblo para quien quiera quedarse.

Roy no discute nada. Rellena sus datos, muestra el pasaporte y le entrega a la mujer su tarjeta de crédito para que haga el cargo de las dos primeras semanas. La chica que le ha recogido está esperando a su lado, y cuando terminan los trámites le acompaña hasta la tienda. ¿Te gusta esto?, pregunta. No me esperaba algo así, responde Roy, decepcionado. Nadie me dijo que era un campamento. Es muy cómodo, dice ella, ya verás. Y lo pasamos muy bien. Hay gente de todas partes, muy buen rollo. ¿Tú de dónde eres?, pregunta Roy. De Asturias, de Langreo. Llevo aquí ya cinco meses. Vamos a trabajar juntos, por eso me pidieron que te esperara hoy. Roy siente alivio: la chica parece simpática y amable. Ya hemos llegado, dice ella, tu tienda es esta. Te toca un compañero búlgaro un poco arisco, pero es buen chico. Hablan aún unos minutos y luego se despiden hasta la mañana siguiente. Ella le alarga la mano: Me llamo Vero, para

lo que necesites. Roy se la estrecha con agradecimiento y luego entra en la tienda, en la que no hay nadie todavía. Ocupa la zona libre. Deshace el equipaje, coloca las camisetas en unas baldas que hay para ello. Se queda dormido antes de terminar de ordenarlo y no oye nada cuando entra su compañero búlgaro.

Yo antes trabajaba en Amazon, le dice a Vero, que se ha presentado por la mañana con puntualidad para acompañarle hasta el autobús. ¿Y por qué lo dejaste?, pregunta ella. Bueno, es una historia complicada, responde Roy. Me echaron porque pedí el traslado aquí, a Holanda. ¿Y por qué querías venirte a Holanda?, vuelve a preguntar Vero, que no entiende nada. Roy duda qué responder. Quiere hablarle de sus miserias, del sueldo que ganaba, de la casa compartida, de las horas gastadas inútilmente. Pero acaban de conocerse y no se atreve a desnudarse tanto. Fue por mi novia, quería venirse a Holanda. ¿Y dónde está ella?, insiste Vero. Roy aprieta las mandíbulas para que no se le salten las lágrimas. Nos separamos, dice al cabo de unos segundos, con la voz quebrada. Se gira hacia la ventanilla para que Vero no le vea los ojos. No vuelven a hablar durante el resto del trayecto.

****

Ha ido a preguntar cuánto costaría dormir solo en una tienda. Está harto de Krasimir, que gruñe por cualquier cosa, deja su ropa desordenada a la entrada de la tienda, ronca por las noches y tiene una higiene cuando menos dudosa. El espacio huele a sudor y a semen. Roy no aguanta más esa convivencia forzada. Le han dicho que cuesta el doble: doscientos sesenta euros semanales, no hay descuento. Pero hay tiendas vacías, dice Roy. La mujer se encoge de hombros: ella no sabe nada, son las normas. Roy regresa desesperado. Ha buscado casas en el pueblo, pero los precios son inalcanzables. Hay mucha demanda y poca oferta. El camping le atormenta. Y Krasimir le inspira sentimientos violentos.

El trabajo, además, es una mierda pinchada en un palo. O en un sueldo. Peor que el que hacía en Madrid, más aburrido. Trabaja durante turno y medio para poder ahorrar algo de dinero, aunque apenas podría pagar ahora su billete de vuelta y la fianza de un piso en Madrid. A veces habla con su hermano, que le asegura que puede volver a la casa cuando quiera: han alquilado la habitación, pero no

tendrían problema en echar al inquilino.

Desde que ha llegado a Holanda ha follado una sola vez. Con una chica croata que trabaja con él en el almacén. Pero el resultado fue espantoso: en la tienda, a oscuras y casi en silencio para no ser escuchados. Además no consiguieron entenderse, ni la croata ni él hablan bien inglés.

Come mal: sándwiches, pizzas y hamburguesas. Ha engordado cuatro kilos, a pesar de que el día que libra sale a correr por los alrededores del campamento durante dos horas.

La única persona con la que tiene una relación agradable es Vero, pero la semana anterior se echó una especie de novio holandés, de ojos azules, y desde entonces apenas la ha visto. Se pasa las horas tumbado en la tienda, viendo capítulos de series de Netflix. Muchos días se echa a llorar por la noche, también en silencio para que el búlgaro no se dé cuenta. Ha empezado a tomar benzodiacepinas para curar el insomnio, y en alguna ocasión ha tenido que llamar a un taxi para ir al almacén porque se quedó dormido y perdió el autobús. Se ducha un día de cada tres.

3

Durante varios días duda si comprarle un regalo de Reyes a Rosa, pero al final decide hacerlo. Con el poco dinero que le queda, va a una tienda de ropa y elige una camiseta de las que le gustan a ella. No ha querido verle desde que ha vuelto a España, pero está seguro de que si le dice que quiere darle un regalo aceptará una cita.

Llega a la reunión del sindicato con el paquete debajo del brazo y las manos congeladas por el frío que hace en Madrid. Ángela está empezando ya las explicaciones. Van a decir que somos unos cabrones y unos desalmados por dejar a los niños sin sus juguetes, advierte, tenemos que estar preparados para eso. Pero solo queremos dejar sin juguetes a los jefes y a los dueños. A los que se quedan nuestro dinero. A los que se aprovechan del desempleo para convertirnos en chatarra humana. A los que abusan de la precariedad para no

pagar salarios dignos ni impuestos.

Después de la arenga, hace un reparto de tareas para el día de la huelga. Desde las seis de la mañana hasta la medianoche. El centro de operaciones estará en el almacén, dice. Mi teléfono y el teléfono de los seis delegados lo tenéis en la hoja de papel que os han repartido. Tenéis que avisarnos de cualquier incidencia.

Cuando se deshace la reunión, Roy se queda esperando a Ángela. Salen juntos. ¿Crees que tengo posibilidades de que vuelvan a contratarme?, pregunta. Ella se encoge de hombros. Si te dejas ver mañana por allí, no muchas. No les gustan los revoltosos. Caminan en silencio durante un rato, hasta la parada de autobús de Roy. ¿Me recoges en casa entonces?, pregunta él. A las cinco y cuarto en punto, dice ella. Ni un minuto más. Roy asiente. Hasta mañana, dice.

Nada de lo contado aquí es verdad, pero todo es verdad.

Los trabajadores de Amazon llevan años denunciando la precariedad de su trabajo y el empeoramiento de las condiciones laborales en el almacén de San Fernando de Henares, el mayor de la compañía en España.

Miles de españoles han viajado a Países Bajos para trabajar en el negocio de la logística, seducidos por buenos salarios y por condiciones dignas que finalmente resultaban ser falsas y que en muchos casos les dejaban atrapados allí.

El 4 de enero de 2019, en vísperas de la festividad de Reyes, los trabajadores de Amazon hicieron una nueva huelga, secundada por más del 60% según los cálculos sindicales.

Seguimos recordando sus nombres

Olga Rodríguez

¿Hay victoria posible si por el camino hacia ella se producen enormes pérdidas?

¿Hay objetivos cumplidos si en el trayecto la violencia nos quiebra?

"Hay dos clases de personas: las que han vivido una guerra y las que no", dice uno de los protagonistas de la película Las flores de Harrison. No existe imaginación capaz de hacerse una idea del antes y el después que puede marcar la violencia arrasadora en un ser humano.

¿Cuánto se pierde con cada persona sacrificada? ¿Se evita la tragedia no haciendo nada, no decidiendo nada, no movilizándose, no comprometiéndose? No. Toda postura es una toma de partido, incluida la de mero espectador.

Pero… ¿Qué es un logro si por el camino se quedan compañeros y compañeras asesinados y su muerte nos ha cambiado tanto? ¿Qué es una victoria si el miedo y el llanto se incrustan cotidianamente en nuestra piel?

***

La Semana Negra de enero de 1977 es un capítulo trascendental de nuestra historia reciente, y sin embargo apenas se estudia en escuelas e institutos. No ha recibido la divulgación que merecen las víctimas y el país, puesto que lo que ocurrió durante esos días fue clave para entender aquel presente y los caminos emprendidos a continuación. Tampoco ha obtenido la justicia precisa.

La violencia que mató a Mari Luz Nájera y a Arturo Ruiz por manifestarse y la

brutalidad de la extrema derecha que asesinó a cinco abogados e hirió a otros cuatro en la masacre de Atocha 55 el 24 de enero de 1977 condicionaron aquellos días y el devenir de los acontecimientos políticos. Los pistoleros que entraron en el despacho de Atocha querían arrebatar las posibilidades de democracia y perpetuar las estructuras del régimen dictatorial. Fueron meses de enorme tensión, con manifestaciones, arrestos, heridos, muertos y una enorme impunidad.

La vida de los supervivientes de la masacre de Atocha se vio abruptamente interrumpida por la violencia. Ya nada volvería a ser igual para ellos porque la experiencia de la brutalidad expulsa a la víctima de su trayectoria: la excluye, la detiene, la reconduce.

Dice Alejandro Ruiz-Huerta, único superviviente vivo de la masacre de Atocha, que siente cerca todas las violencias, aunque se produzcan en Kosovo, en Irak, en Ruanda. Quienes han padecido en su propia piel la inimaginable magnitud de la violencia perpetrada por el ser humano saben bien cuán importante es defender la no violencia y sienten lo lejano como algo casi propio.

La vida es una sucesión de instantes, escribió Ruiz-Huerta en su libro La memoria incómoda. La vida es eterna en cinco minutos, cantó Víctor Jara antes de que lo asesinaran. En alguno de los recovecos del espacio tiempo sigue siendo siempre 24 de enero de 1977. Hay quienes pensaron que sería mejor borrarlo, olvidarlo, no reivindicarlo. Sin embargo, ese 24 de enero que truncó la vida de cinco personas y cambió la de otras cuatro para siempre fue también trascendental para el curso del país entero.

En algún lugar de la línea del tiempo estará siempre esa sala pentagonal, gris pero con luz, donde fueron asesinados los llamados “abogados de Atocha” por disparos de tres integrantes de la extrema derecha española. En un punto de la historia sigue siendo 24 de enero de 1977, sigue habiendo una puerta en el piso tercero de Atocha 55 con un letrero en el que se lee Abogados y, detrás de ella, esos sillones rojos con flores blancas bañados en sangre. Hay un lugar en la memoria colectiva donde siguen resonando los disparos de los asesinos.

***

Mil novecientos setenta y siete. En un escenario de gran impunidad, con la extrema derecha moviéndose a sus anchas y un aparato estatal puramente franquista, quienes militaban en partidos o sindicatos clandestinos, quienes se manifestaban, quienes defendían a los trabajadores frente a la patronal se enfrentaban a multas, cárcel, apaleamientos o incluso la muerte. Atrás habían quedado registrados algunos terribles capítulos, como el asesinato del estudiante Enrique Ruano en 1969 a manos de integrantes de la policía política secreta del régimen franquista.

En el momento de su muerte Ruano era pareja de Dolores González Ruiz, Lola, una de las abogadas que sobreviviría tiempo después a la masacre de Atocha, en enero de 1977. Ese día Lola, embarazada, perdió de nuevo a su pareja, en este caso el abogado Francisco Javier Sauquillo, acribillado a balazos por los pistoleros de extrema derecha que irrumpieron en el despacho de Atocha. González tuvo que ver cómo su marido, con quien compartía militancia y trabajo, agonizaba lentamente a su lado hasta la muerte. Ella misma quedó malherida, con la mandíbula destrozada por un balazo. El ataque le provocó también la pérdida del bebé que esperaba. Necesitó novecientos días seguidos de tratamiento médico, y a lo largo de su vida tuvo que someterse a varias operaciones quirúrgicas.

La historia no esperó a que Lola se recuperara de sus heridas en 1977. Siguió su curso inexorablemente, sin detener las agujas del reloj, sin rumiar lo acontecido, sin impulsar un duelo colectivo más duradero. Había que seguir, no se podía perder tiempo. En el documental Éramos pocas, realizado por estudiantes de la Universidad Complutense a principios del siglo XXI, Lola González Ruiz recordaba aquello formulando una pregunta: “¿Para qué hemos muerto?”.

¿Qué ganan quienes se quedan por el camino? ¿Qué obtienen quienes se rompen en el trayecto? ¿Qué ganó Lola González?, le preguntaban en ese documental. “¿Qué he ganado yo? ¿Confort? Pues un poco. He perdido mucho más de lo que he ganado”. Las piezas dañadas, perdidas, sacrificadas, en la partida del ajedrez: “Yo estuve muchos años enferma, con independencia de haber estado medio muerta. Y mataron a mi marido a mi lado, eso es terrible, no se te olvida nunca”.

La masacre

24 de enero de 1977, pasadas las diez de la noche. Está finalizando una reunión de sindicalistas del transporte en el despacho de los abogados de Atocha 55. Joaquín Navarro, vinculado a CCOO, pieza clave de la huelga que ha tenido lugar en esos días, invita a la gente a ir saliendo porque en breve comenzará otra reunión. Van vaciando la sala, se despiden, se van. Han llegado ya algunos de los abogados convocados al encuentro de las diez de la noche, todos ellos vinculados a las asociaciones vecinales, a los barrios, al movimiento ciudadano. Todos son integrantes del Partido Comunista o de Comisiones Obreras, ambos aún ilegalizados.

Están Alejandro Ruiz-Huerta, Lola González Ruiz, Francisco Javier Sauquillo, Enrique Valdelvira, Luis Javier Benavides, Miguel Sarabia, Luis Ramos Pardo, también Serafín Holgado, un joven que acaba de licenciarse y está de aprendiz, y Ángel Rodríguez Leal, que ya se había ido pero regresa a coger un ejemplar de Mundo Obrero.

En esos días la huelga del transporte ha movilizado a muchos trabajadores, los barrios bullen, se suceden las manifestaciones pidiendo amnistía y libertad. En las últimas horas han muerto dos jóvenes que participaban en las protestas. El primero de ellos, Arturo Ruiz García, es asesinado de un tiro en la espalda a manos de un pistolero de la extrema derecha, cuando huye de una carga policial en el transcurso de una manifestación. La segunda, Mari Luz Nájera, estudiante en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Complutense, de 20 años, ha muerto en otra protesta a causa de las heridas provocadas por un bote de humo lanzado por los antidisturbios. Otro estudiante, Francisco Galera, ha resultado herido de gravedad, pero logra salvarse.

Hace solo unas horas los Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre (GRAPO) han secuestrado al teniente general Emilio Villaescusa, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar. Además, mantienen en su poder desde el 11 de diciembre a Antonio María de Oriol y Urquijo, presidente del Consejo de Estado.

En el despacho de Atocha, Alejandro Ruiz-Huerta ofrece un mordisco de un bocadillo a sus compañeros. Conversan relajadamente mientras esperan a los que aún no han llegado. Transcurren los minutos, ya son más de la diez y media de la noche. Hasta que alguien llama a la puerta. Abre Luis Javier Benavides, quien

regresa amenazado, con los brazos en alto, seguido de dos tipos que le apuntan con sus armas.

La vida es una sucesión de instantes. En solo unos segundos pasan de la alegría al miedo, del bienestar a la amenaza, de las ideas a la conciencia de la extrema vulnerabilidad. En solo un instante el pensamiento se hace trizas, aplastado, pisoteado por la brutalidad de la violencia. La muerte inesperada siempre desconcierta y duele. Pero cuando además es provocada por la acción humana el dolor es insoportable, irreparable, incomprensible.

Hay dos clases de personas en el mundo: las que han experimentado en su propia piel las consecuencias de la violencia humana y las que no. Alejandro Ruiz-Huerta, Carlos Sarabia, Luis Ramos, Lola González, Luis Javier Benavides, Francisco Javier Sauquillo, Enrique Valdelvira, Ángel Rodríguez Leal y Serafín Holgado levantan las manos y se juntan, por indicación de los pistoleros que les apuntan. Uno pregunta por Joaquín Navarro, el líder sindical del transporte, el militante que ha sido muy activo en la huelga. “No sabemos de quién habláis”, dice Francisco Javier Sauquillo, según recordaría posteriormente Alejandro Ruiz-Huerta.

Se oyen ruidos procedentes de otra habitación. Después, suena un disparo. Es otro pistolero, que está arrancando teléfonos para que nadie pueda comunicarse con el exterior y se le ha disparado sin querer una bala, que le ha rozado el brazo. Regresa al salón donde están todos, muy nervioso, y dispara. También lo hace su compañero. Comienza una lluvia de balas. Más de veinte disparos sobre los abogados, el impacto a tan corta distancia desplaza varios cuerpos: Enrique cae sobre Alejandro, Francisco Javier se desploma junto a Lola, Luis Javier se desmorona muy cerca, Carlos, Luis, Ángel y Serafín también se derrumban. Se para el tiempo en la sala. Las agujas del reloj se detienen. No volverán a marcar el mismo ritmo. Afuera, en la calle, la vida sigue, ajena al dolor.

Los primeros segundos tras la muerte

Son más de la diez y media. Una vecina de la calle Atocha 55 oye disparos, telefonea a Francisco García, dueño del hostal Sara, para preguntarle si él

también lo ha escuchado. No ha percibido nada, pero se asoma para indagar. En las escaleras se encuentra con un barrendero y un policía que están subiendo al tercer piso. El ascensor está estropeado. En esa planta hay un despacho de abogados laboralistas vinculados al Partido Comunista de España, aún ilegalizado. Los lunes, miércoles y viernes aquel lugar suele ser un ir y venir continuo de gente: trabajadores que acuden a asesorarse, pensionistas que buscan consejo sobre cómo asegurarse una pensión, integrantes de asociaciones de vecinos, participantes en huelgas y manifestaciones. Atocha 55 es una de las teselas que conforman el movimiento ciudadano de Madrid que trabaja contra las estructuras del régimen franquista. Es un lugar de encuentro y activismo, de abogacía y compromiso: un escenario en el que aquellos que lo visitan cotidianamente han tejido un modo de vida, una forma de estar en el mundo, un proyecto colectivo.

Francisco García, el barrendero y el policía llegan a la puerta. En ella, una placa: Abogados. La empujan, pero no se abre. Llaman. Una voz contesta desde dentro diciendo que esperen un momento. Es Alejandro Ruiz-Huerta. Está herido, tiene varios balazos en la pierna y una ha rebotado en el bolígrafo que lleva en el bolsillo de su camisa. Probablemente eso le ha evitado heridas de mayor gravedad o incluso le ha salvado de la muerte. La vida es un cúmulo de casualidades a menudo absurdas. Una suma de instantes. ¿Qué habría pasado si Ángel, acribillado a balazos minutos antes, no le hubiera dejado ese bolígrafo? ¿O si él no se lo hubiera colocado en ese lugar, junto al corazón? ¿O si se hubiera movido un poco más a la izquierda o a la derecha?

Alejandro se arrastra por el suelo, convertido en un enorme charco de sangre, hasta llegar a la puerta para quitar el pestillo. Francisco, el barrendero y el policía la empujan y ante ellos aparece una imagen perturbadora. Ruiz-Huerta les pide por favor que atiendan a sus compañeros, que él aguanta. “Nos encontramos con un cuadro fatídico, feísimo, terrible”, recordaría el dueño del hostal Sara posteriormente. “Era como la imagen del fusilamiento del 3 de mayo, unos encima de otros, todas las paredes llenas de sangre, tuvimos que ir sorteando la sangre, horroroso”.

Alejandro Ruiz-Huerta, único superviviente vivo en este 2021, cuando escribo estas líneas, lo narraría así posteriormente: “Están pasando los segundos, estoy vivo, no puedo entenderlo. A mi alrededor la vida se va, impresionando mi pupila ante una violencia infinita de un brutal dolor. Percibo tres, cuatro corazones que ya no laten, latían hace un segundo. Siento el vacío absoluto a mi

lado. Levanto el cuerpo de Enrique, que ha muerto. Estoy bañado en sangre. Es nuestra última reunión, a vida y muerte. Tanto vivimos en común que compartimos la muerte. Oigo el timbre de la puerta, trato de llegar a ese sonido nuevo. Somos restos de nosotros mismos, escombros de vida. Me arrastro para llegar a ella”.

El antes

Madrid bullía en 1976. Los barrios se organizaban en torno a las asociaciones vecinales, los trabajadores reivindicaban sus derechos, había protestas y huelgas. Abogados laboralistas y de barrios intensificaron su compromiso en un formidable tejido colectivo de solidaridad y lucha. El despacho de Atocha 55 era un hervidero donde se reunían trabajadores para reivindicar sus derechos con el asesoramiento de un grupo de abogados comprometidos, militantes del Partido Comunista Español.

Alejandro Ruiz-Huerta recuerda un día especialmente caluroso de verano, probablemente del año 76, en el que él y otros dos compañeros se rociaron de agua en una fuente situada en la plaza Santa Ana, de camino al despacho: “Teníamos tanto calor que no pudimos evitarlo. Cuando llegamos al despacho, este era un horno. Al estar mojados, el contraste fue mayor aún”. Llegaron unas doscientas personas, trabajadores de una empresa que llevaban dos meses sin cobrar su salario. Con la ayuda de los abogados habían impulsado una comisión obrera dentro de la propia compañía, en la que las mujeres de muchos empleados también trabajaban desde sus casas.

Se agolparon en una de las salas más grandes y la temperatura se hizo insoportable, así que los tres abogados invitaron a los trabajadores a bajar a la calle y a colocarse bajo uno de los balcones, desde donde ellos fueron atendiendo una a una las demandas. La escenografía ofrece una idea de cómo aquel lugar era escenario de un trasiego continuado de trabajadores y activistas con muchas ganas de cambiar las cosas, de conquistar derechos, de trazar democracia. Se vivía al límite, con un enorme compromiso, con el convencimiento de que se podía acabar definitivamente con el régimen, con el deseo y la necesidad de construir sobre la solidaridad y desde la colectividad.

“Vivíamos al límite y morimos al límite”, dice Alejandro Ruiz-Huerta en conversación telefónica. “Nunca me olvidaré de Rafaela, la primera persona a la que atendí en ese despacho. Era trabajadora de la limpieza, cordobesa como mi madre, yo llevaba Córdoba en el centro de mi alma. Ella quería tener información para su pensión, me tocó trabajarlo y lo sacamos adelante. Rafaela. Seguro que está en los papeles del despacho su caso, tiene que estar por ahí”, rememora.

En 1974 más de la mitad de las familias madrileñas vivían en condiciones inadecuadas y existían cerca de 50.000 infraviviendas o chabolas. Los abogados de Atocha, como otros muchos, empezaron a trabajar con las asociaciones vecinales que reivindicaban derechos fundamentales: una vivienda digna, agua, luz. Algunos de los letrados de Atocha acudían diariamente a una casa de planta baja en Palomeras, sede de la asociación del barrio, para atender a las 30.000 familias que podían quedarse sin hogar en esa zona.

Tetuán, Orcasitas y el Pozo del Tío Raimundo fueron otros de los escenarios donde constructoras y autoridades pretendían expulsar a la gente de sus casas para trazar planes urbanísticos de los que extraer rendimiento económico. Buena parte de las personas afectadas eran migrantes procedentes de Extremadura o Andalucía que habían llegado a Madrid tiempo atrás para desempeñar empleos por los que cobraban poco y en los que trabajaban demasiado.

Los sectores interesados en desmantelar esos barrios usaban a menudo la palabra “erradicar”. Hoy, más de cuarenta años después, sigue empleándose ese término para defender el fin de los asentamientos donde residen personas migrantes que se dedican a la recogida de productos del campo de forma temporal. Son mano de obra esencial para los empresarios, pero se las condena al chabolismo. Son imprescindibles para la productividad del campo, pero su pobreza está normalizada y legitimada.

Los abogados de Atocha asumieron un enorme compromiso con las asociaciones vecinales y con los trabajadores de empresas pertenecientes a sectores como el de la construcción, uno en los que más explotación se registraba. “Exigíamos que se pudiera regular en sus nóminas la realidad de su trabajo, incluidas las horas extras. Cuarenta años después las cosas han cambiado poco en ese sentido. Hay un muro implacable que va siendo derribado muy poco a poco, gracias a los sectores de la izquierda”, asegura Ruiz-Huerta.

Lucharon por conseguir una alternativa para las personas que se verían afectadas por el plan parcial para “erradicarlas” de su sitio, por asesorar a los vecinos ante los problemas urbanísticos. Fue una batalla colectiva, una suma de compromisos individuales conectados, coordinados, ensamblados. En la memoria de quienes formaron parte de aquello permanece la imagen de lo comunitario, de lo grupal, de lo compartido, de lo convivido, por encima de las individualidades.

También se ocupaban de las personas represaliadas de forma cotidiana por participar en huelgas, en protestas, manifestaciones o simples reuniones. Los propios abogados fueron perseguidos por problemas “de orden público”, alguno era detenido de vez en cuando, otro multado, sus reuniones suspendidas. Pero seguían, en un engranaje que funcionaba, a pesar de tantas dificultades, a pesar de las persecuciones, a pesar de los riesgos.

El después

Noche del 24 de enero de 1977, casi ya 25 de enero. La noticia de la masacre corre de boca en boca como la pólvora, la conmoción se extiende por todo Madrid, el país entero contiene el aliento. Tras la confusión inicial, se confirman los nombres de las víctimas. Tres han muerto en el acto en el despacho. Otros dos, durante su traslado. Sobreviven Lola González, Miguel Sarabia, Alejandro Ruiz-Huerta y Luis Ramos, que requieren atención hospitalaria.

Los pistoleros, tras huir por la calle Atocha, siguen sueltos. Se quedan en Madrid, no huyen, convencidos de que son intocables. Los floristas de Madrid entregan flores gratis a todas las personas que deseen colocarlas a la puerta del despacho de la masacre. Algunas personas militantes del Partido Comunista, de CCOO o de asociaciones vecinales deciden esconderse durante unos días, por temor a ser también objetivos de nuevos atentados de la ultraderecha. El miedo y la incertidumbre invaden el ambiente.

26 de enero de 1977. Los cadáveres descansan en la sede del Colegio de Abogados, que se muestra a la altura de las circunstancias. La profesión letrada vela por turnos a los compañeros asesinados y se une a la manifestación convocada. El cortejo fúnebre sale a la calle para iniciar su recorrido hasta el

cementerio del Este. La inmensa protesta de duelo se mantiene en un silencio elocuente, es un grito mudo, una catarsis colectiva, un ejemplo de respuesta serena y pacífica frente a la provocación de los asesinos y de aquellos que los impulsaron a matar. Medio millón de personas toman las calles madrileñas para expresar su repulsa a la violencia, para mostrar su solidaridad, para unirse, brazo con brazo, en un inmenso manto colectivo frente a la represión, frente a la barbarie.

Los supervivientes no pueden acudir. Alejandro Ruiz-Huerta se recupera de sus heridas en el hospital Primero de Octubre, donde pocos días después recibirá un mensaje anónimo en el que alguien le amenaza de muerte. El odio de la ultraderecha, el empeño por intentar frenar el proceso político hacia la democracia y la libertad, sigue acechando. Cuando en 1980 se celebra el juicio contra los siete fascistas detenidos en marzo de 1977 acusados de la masacre y Lola González nombra a algunos de sus compañeros asesinados frente al juez, alguien entre el público grita: “¡Cinco cerdos!”.

La impunidad

El juicio condena a ciento noventa y tres años de cárcel a dos de los acusados, ejecutores materiales de los asesinatos: José Fernández Cerrá y Carlos García Juliá, condenados por asesinato con alevosía y premeditación y terrorismo. El tercer cómplice, Fernando Lerdo de Tejada, huye de España gracias a un inexplicable permiso otorgado por el propio juez, Gómez Chaparro. Otros cuatro colaboradores directos e indirectos, algunos integrantes del Sindicato Vertical del Transporte, son sentenciados a penas menores.

El proceso está lleno de tensión. Entre los asistentes, algunos insisten en mostrar falta de respeto hacia los muertos. “Y parecía que los acusados éramos nosotros: el asesinato, una hazaña; los inculpados, ídolos; y nosotros acusados de defender lo indefendible: el trabajo, la vida”, escribió Alejandro Ruiz-Huerta en su libro. Se permite la presencia de ultraderechistas en la sala del juicio.

El juicio termina, pero quedan incógnitas pendientes, lagunas, dudas. El juez Gómez Chaparro no indaga ni profundiza en la relación entre los acusados,

integrantes de sectores de la extrema derecha, con las redes policiales que estaban vinculadas a esta. Posteriormente se sabrá que un informe reservado del Comité Ejecutivo para los Servicios de Información y Seguridad italianos, organismo dependiente de la Presidencia del Consejo de Ministros de Italia, implica en la masacre de Atocha al fascista italiano nacionalizado español Carlo Cicuttini, refugiado en España desde 1972.

Cicuttini estaba vinculado a la red Gladio, un grupo de asesinos a sueldo y grupos paramilitares terroristas formado en Italia y otros países de la OTAN, promovido por la CIA, para, en teoría, hacer frente a una invasión del Pacto de Varsovia. En la práctica, la red actuaba, presuntamente, para impedir el acceso del comunismo al poder. España nunca investigará estos vínculos y hasta la fecha solo Italia, Suiza y Bélgica —escenarios donde también actuó la red— han impulsado investigaciones parlamentarias sobre el asunto.

En 1991 uno de los condenados, Carlos García Juliá, se fuga de España tras conseguir la libertad condicional. Permanece huido de la justicia española durante más de dos décadas y pasa un periodo encarcelado en Bolivia por un delito relacionado con el narcotráfico. En 2018 es detenido en Brasil y en 2020 extraditado a España, donde está menos de un año en prisión, a pesar de que le quedan por cumplir más de diez de condena. La Fundación Abogados de Atocha trata, sin éxito, de detener su excarcelación. “¿Por qué la Audiencia Nacional se gastó tanto en traerlo a España, para tenerlo luego solo unas semanas en prisión?”, se pregunta, con impotencia, Ruiz-Huerta.

La impunidad que a día de hoy sigue afectando a los crímenes del franquismo operó también en varios asesinatos durante la transición, ante los que la justicia actuó a medias o tarde o mal. A día de hoy la familia de Arturo Ruiz, aquel estudiante asesinado en una manifestación un día antes de la masacre de Atocha, sigue reclamando investigación y justicia. También se pasó página sin condena a los responsables del asesinato de la estudiante Mari Luz Nájera, muerta en la mañana del 24 de enero en aquella fatídica Semana Negra.

Nuestro país conoce bien las terribles repercusiones de la violencia ejercida por la banda terrorista ETA, pero sigue ocultando hasta qué punto el terrorismo ejercido por la extrema derecha y por el propio Estado campó a sus anchas, condicionándolo todo, tratando de impedir el avance hacia la democracia. Ni el poder político ni el judicial han reaccionado del mismo modo ante un terrorismo y otro. La impunidad sigue presente a día de hoy. Y con ella, el olvido, la

ignorancia de lo que fuimos, de lo que somos. Un país sin memoria no puede tener un civismo sano, escribió el poeta Juan Gelman.

La búsqueda

En la primera mitad de la década de los ochenta, cuatro o cinco años después de la masacre de Atocha, Alejandro Ruiz-Huerta acude una noche a una fiesta ambientada en los años sesenta en un pueblo de la Sierra de Gredos, donde sigue buscando respuestas. Allí se encuentra con una mujer extremeña, enfermera, con quien establece un vínculo sentimental durante un tiempo. Ella le cuenta que le cuidó cuando estaba malherido, en el hospital Primero de Octubre, tras la masacre de Atocha. El trayecto emprendido el 24 de enero de 1977 cierra su primer círculo con ese encuentro, con ese afecto. El capuchón del bolígrafo que salvó a Alejandro de heridas de más gravedad, aquel que le había entregado poco antes el malogrado Ángel, termina en las manos de esa mujer, entregado como regalo.

La historia de nuestro país no es solo la de las elecciones de 1977, ni los movimientos políticos que las precedieron, ni la lucha de tantas personas que sacrificaron sus vidas por la democracia, ni el intento de golpe de Estado de 1981, ni los comicios posteriores. Nuestra historia también reside en aquella necesidad de los supervivientes de Atocha de alejarse durante un tiempo. En su reacción ante las primeras elecciones, ante la tensión en las calles y después ante el olvido rápido, ante el empeño por pasar página. La historia no es solo la que se desarrolla en los grandes despachos. Está también en ese pueblecito de Ávila que Alejandro Ruiz-Huerta había conocido tiempo atrás, con su amigo Luis Javier Benavides, y en el que se refugia para buscar su identidad perdida en la masacre. Está en la decepción de la abogada Lola González Ruiz, a quien nada ni nadie le compensará tanta pérdida.

Nuestra historia son también sus obstáculos, sus duelos, su casi muerte, su búsqueda, su esfuerzo por reconstruir la vida, su lucha. Sus preguntas. ¿Para qué morimos? ¿Quiénes somos? ¿Dónde quedó aquel despacho de Atocha 55, aquella ilusión, aquel compromiso, aquella construcción de lo colectivo? ¿Por qué el olvido? ¿Qué provoca la impunidad? ¿Qué somos?

En un lugar de la línea del tiempo sigue esa sala pentagonal, gris pero iluminada, donde fueron asesinados los abogados de Atocha por los disparos de tres pistoleros de la extrema derecha española. En un espacio de la historia sigue siendo 24 de enero de 1977. En la memoria transmitida de madres a hijos, de padres a hijas, seguimos recordando sus nombres. En un pliegue del espacio-tiempo paramos el reloj con ellos, para dolerlo, para compartirlo, para agradecérselo. Para tomar el relevo, para perseguir sus sueños.

Este relato está inspirado en los testimonios de los supervivientes de la masacre de Atocha. Recoge datos aportados en el libro La memoria incómoda, de Alejandro Ruiz-Huerta, en los documentales Lunes Negro, Atocha 55 y Éramos pocas, y en varios artículos de prensa publicados entre 1971 y 1990.

SOBRE LOS AUTORES Y LAS AUTORAS

Daniel Bernabé

Nació en Madrid en 1980. Escritor y periodista. Ha publicado libros como Ya estábamos al final de algo, La distancia del presente y La trampa de la diversidad. Colabora habitualmente con medios como Público, Infolibre o la Cadena Ser.

Nativel Preciado

Se inició como periodista en el diario Madrid. Fue cronista parlamentaria durante la transición. Ha trabajado en múltiples medios de prensa, radio y televisión. Actualmente escribe columnas y participa en seminarios, conferencias y programas de televisión. Autora de más de veinte novelas y ensayos. Le han otorgado numerosos premios periodísticos y literarios.

Aitana Castaño Díaz

Nació en Langreo en 1980 y pronto decidió que quería ser periodista. Se licenció en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid y comenzó trabajando en el diario asturiano La Nueva España, seguido de La Cuenca del Nalón, La Voz de Asturias y, actualmente, en los servicios informativos de TPA. Además, colabora con el programa La radio es mía de RPA y La Ventana de la Cadena Ser. Junto al dibujante Alfonso Zapico ha publicado Los niños de humo (Pez de Plata, 2018) y Carboneras (Pez de Plata, 2020).

José Manuel Fernández

Licenciado ingeniero en Física Atómica por la Universidad de Lieja.

Funcionario en el Parlamento Europeo (1989-2000) y en el Congreso de los Diputados (2000-2011). Exconcejal y alcalde de Bustarviejo (2004-2011). Hijo de exiliado político en Bélgica.

Jordi Amat

Es filólogo y escritor. Su principal línea de investigación ha sido la reconstrucción de las culturas democráticas durante el franquismo. Ha publicado biografías y ensayos. Su último libro es la novela de hechos reales El hijo del chófer.

Martí Domínguez

Nació en Madrid en 1966. Es escritor y articulista. Doctor en Biología, profesor titular de Periodismo de la Universidad de Valencia desde el año 2002 y director de la revista Mètode desde 1998. Una parte de sus artículos está recogida en los libros Bestiari y Històries naturals, y fruto de su trabajo como periodista recibió el Premio Nacional de Periodismo en el año 2007. Es autor de la trilogía Las confidencias del conde de Buffon, El secreto de Goethe y El regreso de Voltaire (Premio Josep Pla). También ha publicado las novelas El fracasado, La siega y El espíritu del tiempo (Premio Omnium, 2019). Como ensayista ha escrito El sueño de Lucrecio (Premio Carles Rahola, 2013).

Marta Sanz

Nació en Madrid en 1967. Es doctora en Filología y ha publicado cuentos y novelas como Los mejores tiempos (Premio Ojo Crítico de RNE, 2001), Susana y los viejos (finalista del Premio Nadal 2006), la trilogía del detective Arturo Zarco —Black, black, black, Un buen detective no se casa jamás y pequeñas mujeres rojas, aparecida en 2020— o Farándula (Premio Herralde, 2016). Su trabajo en poesía está representado por Perra mentirosa, Vintage (Premio de la Crítica de Madrid) y La vida secreta de los gatos. Destacan sus ensayos Éramos mujeres jóvenes y Monstruas y

centauras (Premio CEGAL, 2018).

Andy Robinson

Nació en Liverpool en 1960. Ha vivido en Londres, Sabadell, Barcelona, Nueva York y Madrid. Fue corresponsal de La Vanguardia en Nueva York. Trabaja actualmente como corresponsal de este periódico en América Latina. Sus libros son Un reportero en la montaña mágica (Ariel, 2013), Off the road (Ariel, 2016) y Oro, petróleo y aguacates (Arpa, 2020).

Ana Iris Simón

Nació en Campo de Criptana en 1991. Cursó Periodismo y Comunicación Audiovisual en la Universidad Rey Juan Carlos mientras trabajaba como guía en el edificio de Telefónica de Gran Vía o alarmaba camisetas en el Desigual de Fuencarral. Su primera casa fue la revista Telva y después trabajó como redactora en Vice España. Actualmente trabaja como guionista para Playz de RTVE y acaba de sacar su primer libro, Feria (Círculo de Tiza, 2020).

Luisgé Martín

Nació en 1962 y ha publicado tres volúmenes de relatos y ocho novelas, la última de las cuales, Cien noches, obtuvo en 2020 el Premio Herralde. Ha publicado también el ensayo El mundo feliz y el libro confesional El amor del revés, en el que cuenta su batalla de autoaceptación desde que supo que era homosexual. Colabora en diversos periódicos y publicaciones periódicas.

Olga Rodríguez

Es periodista y escritora. Especializada en Derechos Humanos y Oriente Medio, ha cubierto varios conflictos bélicos en esa región. Autora de libros

como El hombre mojado no teme la lluvia (2009) o Yo muero hoy. Las revueltas árabes (2012), ha sido galardonada con varios premios periodísticos en reconocimiento a su compromiso con los derechos humanos.

Índice